

Trabajo Fin de Máster

Los orígenes de España y la construcción de la
identidad colectiva española:
una actualización historiográfica

*The origins of Spain and the construction of the Spanish
collective identity: An historiographical update*

Autor

David Palacios Mayoral

Directora

María Luz Rodrigo-Estevan

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
2019-2020

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	4
1.1. Sobre los orígenes de España y la construcción de la identidad colectiva española: una aproximación general	4
1.2. La herencia recibida: patriotismo étnico y giro lingüístico	9
1.3. Estado de la Cuestión	12
1.3.1. Sobre la situación historiográfica al respecto	12
1.3.2. Sobre propósitos, límites, limitaciones y metodologías	14
2. EL SUJETO DE LA ACCIÓN HISTÓRICA. CUESTIONES CONCEPTUALES PREVIAS	17
2.1. La ambigüedad del lenguaje.....	17
2.2. El concepto de nación en la historia: de la concepción histórica al significado moderno	18
2.3. El problema del nacionalismo en la historiografía	25
2.4. Criterios o variables de identificación nacional: una breve aproximación.....	39
2.5. De Hispania a España: la concepción geográfica del término y la adhesión de connotaciones religiosas, dinásticas y nacionales a lo largo de los siglos	47
2.6. La nación española como sujeto de la acción histórica.....	57
3. EL SUEÑO DE LA NACIÓN ETERNA. MITOS FUNDACIONALES SOBRE EL ORIGEN DE ESPAÑA	59
3.1. Hacia una definición de mito	59
3.2. Una tipología de los mitos	60
3.3. Grandes mitos fundacionales: Mitos de origen bíblico, indigenista, y/o greco-latino	61
3.3.1. Túbal, el primer hombre que vino a España.....	61
3.3.2. Hércules y el rey Hispano o Hispalo	63
3.3.3. La «heroica resistencia» de Sagunto y Numancia. ¿Gran gesta española o retrotracción del pasado identitario?	63
3.3.4. ¿Reconquista o expansión de los reinos cristianos?	66
3.3.5. Santiago, patrón de España	72
3.4. Nuevos mitos fundacionales.....	76
3.4.1. La Guerra de la Independencia.....	76

4. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD COLECTIVA ESPAÑOLA.....	82
4.1. Los intelectuales y la institucionalización de la cultura	82
4.2. Historia y literatura: dos poderosas herramientas en la forja de la conciencia nacional ..	84
4.3. La construcción de una imagen común: el arte pictórico al servicio del nacionalismo ...	94
4.4. El espacio público y los monumentos como representación nacional	104
4.5. La mercantilización de la cultura de la fiesta: espectáculos y festejos.....	106
5. CONCLUSIÓN.....	109
6. ANEXO	113
7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	123

1. INTRODUCCIÓN

La Nacion española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios¹ [...] es libre é independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona [...]. La soberanía reside esencialmente en la Nacion, y por lo mismo pertenece á esta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales.

*Constitución de 1812, Cap. 1.º, Arts. I, II y III*²

1.1. Sobre los orígenes de España y la construcción de la identidad colectiva española: una aproximación general

«Españoles, ¡ya tenéis patria!»³. Con estas palabras presentaba Agustín Argüelles el texto de la Carta Magna promulgada por las cortes gaditanas en 1812, cuya proclamación representó el certificado de nacimiento de una nueva nación soberana: la española⁴. Ésta emergía a modo y semejanza de las revoluciones inglesa, norteamericana y francesa de entre los siglos XVII y XVIII, una cuestión que nos obliga a remontarnos a la Inglaterra del siglo XVII como precedente revolucionario. El estado de enfrentamiento entre la nobleza parlamentaria inglesa con Carlos I de Estuardo —cuyo desenlace fue la ejecución del monarca— y, en menor medida, la acción de algunos grupos locales como los *levellers* y los *diggers*, hizo que en el parlamento comenzara a generalizarse el uso de términos como *people*, *country* o *Commonwealth* para referirse a un nuevo sujeto colectivo como una alternativa al derecho divino en la emanación del poder del monarca⁵. Pero la cuestión clave para comprender la magnitud del auge de los nacionalismos que caracterizaron los siglos XVIII y XIX fue la *internacionalización* de las obras de algunos intelectuales ilustrados. Las ideas de Hobbes y Locke sobre la necesidad de someter la «voluntad individual» a la «voluntad general» o «del pueblo» que habían motivado las revoluciones inglesas de 1642-1688 culminaron en el *Contrato social* (1762) de Jean-Jaques Rousseau. Este último constituyó una pieza fundamental en el surgimiento de los nacionalismos, ya

¹ La referencia a *ambos hemisferios* hace que incluso esta idea de España difiera mucho, aún así, de la concepción de España actual, como veremos a lo largo del ensayo. Vid. ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Dioses útiles: naciones y nacionalismos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, p. 160.

² Recuperado de <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000041743>> [Consulta de 03/06/2020].

³ ÁLVAREZ JUNCO, José, (1994). «La invención de la Guerra de la independencia». *Studia Historica-Historia Contemporánea*, 12, p.83; KAMEN, Henry, (2020). *La invención de España. Leyendas e ilusiones que han construido la realidad española*. Barcelona: Espasa, p. 434.

⁴ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, pp. 160 y 161.

⁵ *Ib.*, pp. 27, 28 y 59; (2002). «Historia e identidades colectivas». FORCADELL Carlos. y CARRERAS, Juan José, (Coord.), *Usos públicos de la historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, p. 49.

que sus ideas tuvieron una repercusión directa en la *Declaración de la Independencia de los Estados Unidos* (1776), y, evidentemente, en la posterior Francia revolucionaria⁶. En lo que al caso español se refiere, el nuevo principio de soberanía nacional legitimaba la guerra napoleónica y con ella el rechazo a José Bonaparte como soberano de la Monarquía Hispánica. El traspaso de soberanía producido en las Capitulaciones de Bayona (1808) no solo fue ilegítimo por ser firmadas contra la voluntad de Carlos IV. De hecho, lo fue —según la mitología de los propios constitucionalistas— porque se había realizado sin el *consentimiento del pueblo*. El poder del monarca ya no emanaba de Dios; sino del pueblo español, que como titular de la soberanía delegaba su poder en el monarca, y así quedaba reflejado en la nueva oriunda de las Cortes de Cádiz⁷.

Pero, ¿se había constituido políticamente España como nación, o por el contrario todavía estaba por constituir? ¿Fue «producto de la historia o resultado de una asociación voluntaria»⁸? Lo cierto es que, como ahora sabemos, 1812 representó para la élite liberal un nuevo mito fundacional que, como entre tantos otros, terminaron por configurar las *Historias Nacionales* características del siglo XIX⁹, y con ellas una errónea percepción de las identidades colectivas en general, y de la española en particular. Como veremos, el hecho de que una de las primeras cuestiones que se abordaron en el texto constitucional fuera definir qué *era* España y quiénes *eran* los españoles parece ser —a priori— una evidencia de la inexistencia de España con anterioridad a esta fecha, pero plantea el gran interrogante historiográfico de si existió o no una identidad colectiva española previa a la Edad Contemporánea. Aunque con algunos matices, para los intelectuales liberales no había duda: la identidad española entendida como «nación cultural» existía desde tiempos inmemoriales. La nación política (es decir, la homogeneización legislativa que acabara con los particularismos locales heredados del Antiguo Régimen) nacía, o mejor dicho «renacía», con la nueva constitución. Renacía porque, como veremos, se trataba de una vuelta a la idealizada jurisprudencia de las cortes medievales para unos, y la vuelta a las «glorias pretéritas» para otros, pero siempre con una misma base de fondo: el clásico esquema de autopercepción histórico-identitaria basado en un triple estado: «paraísos, caídas y redenciones». De esta forma se concebía la nueva realidad política como una ruptura con un pasado oscuro —cuyos males fueron atribuidos a distintos sujetos dependiendo de las perspectivas que, como veremos, irán delimitando las «dos Españas»¹⁰— en un contexto regeneracionista que trataba de hacer frente a la mal interpretada Leyenda Negra, pero sin renunciar por ello a la legitimidad de una «cultura ancestral». Además, puede afirmarse que se trató de un proceso de construcción en cierto modo consciente, pues tan sólo veinte años después de la promulgación de *La Pepa*, el historiador Alcalá Galiano en su desengaño con la primera generación liberal criticaba

⁶ Vid. PEIRÓ, Ignacio, (2017). *En los altares de la patria*. Madrid: Akal, pp. 5 y 6; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001a). *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, pp. 59 y 60; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2002). *Op. Cit.*, p. 50.

⁷ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 158 y 159.

⁸ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001a). *Op. Cit.*, p. 193.

⁹ PASAMAR, Gonzalo, (2010). *Apologia and Criticism: Historians and the History of Spain*. Germany: Peter Lang, pp. 12 y 13.

¹⁰ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001a). *Op. Cit.*, p. 214; JULIÁ DÍAZ, Santos. (2004). *Historia de las dos Españas*. Madrid: Santillana, pp. 45 y 53.

que se hubiera dado por supuesta la existencia de la realidad española. La tarea de los liberales era, según este autor, «hacer a la nación española una nación, que no lo es ni lo ha sido hasta ahora¹¹». También Jovellanos se lamentaba a finales de siglo de que la nación carece de una historia¹² e incluso ya en el siglo XX, Ortega y Gasset defendió en su primer discurso público la necesidad de «construir España¹³». De cualquier modo, retomaremos estas cuestiones unas líneas más adelante.

La nueva realidad nacional precisaba por tanto de una «personalidad común»; una identidad colectiva capaz de legitimar el recién creado Estado liberal que lo transformara en un Estado-Nación en su sentido más estricto. Para su complejo proceso de manufacturación los intelectuales liberales pusieron en marcha un programa propagandístico de homogeneización cultural de masas que se extendió a lo largo de todo el XIX, y que consistió fundamentalmente en el uso del arte¹⁴; la literatura¹⁵ y la historia¹⁶ como herramientas forjadoras de la «esencia nacional». A medida que avanzaba el siglo, y sobre todo desde la segunda mitad del XIX, el desarrollo tecnológico y de las comunicaciones permitió a la propaganda liberal —tanto al sector moderado (desde 1881, nacional-católico), como al progresista, y aunque, como se pondrá de manifiesto, en mayor medida el primero¹⁷— proveerse de elementos estructurales de gran alcance social a través de la celebración de nuevas conmemoraciones y festejos nacionales; del control del sistema educativo; e incluso a través del fomento de actividades como la celebración de Exposiciones Nacionales, la entrega de premios y condecoraciones y —ya hacia finales del siglo XIX, principios del XX— a través de otros eventos y espectáculos culturales como el teatro, el deporte o el cine. Existió además un potente aparato simbólico que comprendía elementos como la bandera, el himno, la erección de monumentos e incluso la morfología de los edificios públicos¹⁸. En el proceso de confección de la identidad nacional española también cobraron gran importancia algunos *símbolos secundarios* constituidos por todo tipo de objetos de consumo (como por ejemplo sellos, abanicos, barajas, tabaco etc.) que se comercializaron para las clases medias y bajas. Eventos como el fútbol; los espectáculos flamencos o la tauromaquia terminaron configurándose en esta época como auténticas señas de la identidad nacional española¹⁹. Así el nacionalismo comenzó a extenderse en la vida cotidiana de gallegos, navarros, catalanes, castellanos,

¹¹ *Ib.*, p. 193.

¹² *Ib.*, p. 197.

¹³ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op.Cit.*, pp. 174 y 175.

¹⁴ Vid. PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *España imaginada: Historia de la invención de una nación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg; (2009). «La Guerra de la Independencia imaginada: Invención de una leyenda». *1808-1812: los emblemas de la libertad*. RAMOS SANTANA, Alberto y ROMERO FERRER, Alberto, (Coord.). Universidad de Cádiz: Servicio de publicaciones.

¹⁵ Vid. INMAN FOX, Edward, (1998). «La invención de España: literatura y nacionalismo». *Del Romanticismo a la Guerra Civil. Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* FLITTER, D., (Coord.) Birmingham: University of Birmingham/ Department of Hispanic Studies, 4, pp. 1-16.

¹⁶ Vid. GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, (Coord.) (2004). *La construcción de las Historias de España*. Madrid: Ambos Mundos.

¹⁷ Ya que, como veremos la identidad colectiva española surgió del antagonismo entre las «dos Españas» Vid. PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, p.14.

¹⁸ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2002). *Op. Cit.*, p. 51.

¹⁹ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, pp. 6-9, 41-49; KAMEN, Henry, (2020). *Op. Cit.* pp. 440-447.

vizcaínos, valencianos y aragoneses, convirtiéndose en una auténtica «religión de Estado»²⁰; una cuestión que pone de manifiesto que la arquitectura nacional fue un proceso llevado a cabo «desde arriba»²¹.

Pero fue sin duda el conocimiento el mayor creador de identidad. La búsqueda de una historia común propició un importante auge editorial que junto al enorme desarrollo cultural dio lugar a una auténtica *República de las Letras*. Se inauguraron bibliotecas e instituciones como la *Institución Libre de Enseñanza*, la «Docta Casa Liberal» (1835) —más conocida como el Ateneo— o la Biblioteca Nacional (1836); y se fundaron y reestructuraron museos y Reales Academias, siendo destacable el papel desempeñado por la de Bellas Artes de San Fernando, la de Lengua y la de la Historia. Los Cafés de las grandes urbes como el zaragozano *Ambos Mundos*; el madrileño *Café de Fornos* y el barcelonés *Els Quatre Gats* albergaron todo tipo de artistas e intelectuales de mayor y menor prestigio que compartían ideas, buscaban reconocimiento social, pero, sobre todo, contribuían a la difusión de una cultura que había nacido en el seno de la élite²². En cualquier caso, cabe señalar que la mayor aportación fue sin duda la proporcionada por el conocimiento histórico, y es que, según señaló Hobsbawm, son los historiadores los poseedores de la materia prima sobre la que se la que se asientan uno de los pilares del nacionalismo: una historia común²³. En este sentido, la *Historia General de España* de Modesto Lafuente (1850-1867) —considerada como la primera historia general de la nación española— tuvo mucho que ver, ya que actuó como referente historiográfico para las siguientes generaciones de historiadores, pero, sobre todo, como nexo de unión entre éstas y las historias precedentes²⁴.

Señalábamos unas líneas atrás el carácter «consciente» y «voluntario» de la construcción de la identidad nacional, ya desde prácticamente la primera generación liberal. Sin embargo, el uso político que se hace de nuestra disciplina no debe ser malinterpretado, al menos en este contexto. Desde la Real Academia de la Historia se encargó desmitificar los relatos que existían hasta el momento. De hecho, Lafuente se propuso depurar la «historia de España» de los fantasiosos relatos de los cronistas, que plagados de leyendas fundacionales —la mayor parte de origen o influencia bíblicas— caracterizaron buena parte de los siglos medievales y modernos. Se había iniciado con Lafuente la secularización y la profesionalización de la historia²⁵. A pesar de que la obra se mostró como «suministradora de verdades para la acción patriótica»²⁶, es necesario advertir, sin embargo, de que se trató de una obra apologética con un fuerte componente de exaltación nacional²⁷. Esto se debió a la influencia de la magna obra del jesuita Juan de Mariana: *Historiae De Rebus Hispaniae Libri XX* (1592) que, traducida al castellano

²⁰ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2002). *Op. Cit.*, p. 50.

²¹ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, pp. 17 y 18.

²² *Ib.*, pp. 7, 25, 36, 37 y 48.

²³ ÁLVAREZ JUNCO, José, (1994). *Op. Cit.*, p. 75.

²⁴ LAFUENTE, Modesto, ([1850], 2002). *Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Discurso preliminar*. PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, (ed.). Navarra: Urgoiti editores, p. XLIV.

²⁵ *Cit. Supra*.

²⁶ PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, (2002). «Los historiadores en la política española». FORCADELL, Carlos y CARRERAS, Juan José. (Coord.). *Op. Cit.*, p.111.

²⁷ PASAMAR, Gonzalo, (2010). *Op. Cit.*, p. 14.

en 1601 como *Historia General de España*, y con numerosas reediciones y apéndices, había constituido desde el siglo XVI la obra histórica de referencia hasta que fue sustituida por la de Lafuente. Aunque en la «nueva historia general» se abandonaron mitos de origen bíblico difundidos en gran medida por Mariana (como el mito tubalista o la venida de apóstol Santiago), lo cierto es que se inventaron otros nuevos, e incluso se adaptaron algunos de los ya existentes, pero otorgándoles un carácter nacionalista. A pesar de este interés por el rigor histórico, frente a la razón predominó en no pocas ocasiones el sentimiento emocional. El romanticismo de la época no solo se reflejó en la literatura, sino también en el ámbito histórico y en el político, ya que muchos intelectuales —como fue el caso de Cánovas o Unamuno— alternaron la academia con la política²⁸. La apología que derrochaban las *Historias Nacionales* se basaba en elogio a un «suelo privilegiado», una «tierra fértil» abundante en frutos y animales, con «caudalosos ríos» que permiten la pesca.... Una tierra en la que, según expresó el propio Lafuente, «parecen concentrarse todos los climas y todas las temperaturas²⁹». Pero también un elogio en torno a un gran pueblo que gracias a su actitud valerosa y guerrera había resistido a múltiples invasiones.

Volviendo por el momento a la construcción identitaria de comienzos del siglo XIX con la que inaugurábamos las presentes líneas, lo cierto es que, como se ha expresado, la Constitución de 1812 representó para los intelectuales liberales el «certificado de nacimiento de la nación³⁰». Consideraron sin embargo que el papel legitimador de la soberanía nacional formalizado en la Carta Magna tuvo su origen cuatro años antes, en la polémica *Guerra de la Independencia* (1808-1814). Como el alcance de la propia constitución, se trató de uno de los grandes mitos del nacionalismo español, pues se presentó como la liberación nacional de un colectivo: los españoles, que como un pueblo unido por «vínculos ancestrales» se alzó frente al «invasor francés»³¹. Lo cierto es que, como se pondrá de manifiesto, el conflicto fue mucho más complejo que una guerra de liberación nacional. Veremos cómo lo que motivó a los zaragozanos o a los madrileños no fue un sentimiento fraternal entre españoles, sino que se trató más bien de intereses localistas y religiosos que predominaron sobre un todavía inexistente (aunque en proceso) sentimiento nacionalista español. Además, veremos cómo la complejidad del suceso permite atender a otros tipos de conflictos tanto de carácter «interno», como «externo»; la xenofobia y rechazo al «otro» (ya sea a los franceses o a los afrancesados) como elemento creador de identidad, e incluso presenta algunos aspectos —más de hecho, que de independencia— que permiten catalogarlo como una revolución³². La visión liberal de los «españoles» era la de una identidad ancestral, belicosa y guerrera que los unía en la resistencia, ya que juntos se habían enfrentado a los romanos en los sitios Numancia y Sagunto (prefiriendo morir antes que ser derrotados); lo hicieron también —esta vez con éxito— contra los musulmanes tras ochocientos años de ocupación; e iban

²⁸ LÓPEZ VELA, Roberto, (2004). «De Numancia a Zaragoza». GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (Coord.). *Op. Cit.*, pp. 117 y 208.

²⁹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001a). *Op. Cit.*, pp., 202 y 203.

³⁰ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Loc. Cit.*

³¹ LAFUENTE, Modesto, ([1850, 2002]). *Op. Cit.*, pp. XLIX-L.

³² ÁLVAREZ JUNCO, José, (1994). *Op. Cit.*, pp. 79-82.

a hacerlo ahora contra el invasor francés. Se forjaba de este modo el mito de un elemento foráneo que contaminaba la perfecta esencia de los españoles. Este optimismo que irrumpió el ambiente pesimista con el que se había iniciado el siglo XIX —desde la publicación del impactante artículo *Espagne* (1783) de Masson de Morvilliers, que con relación al atraso de las letras españolas finalizaba diciendo, «¿qué se debe a España?»³³— fue disminuyendo en un ambiente de *decadencia*, que surgió una vez que se hizo evidente que las siguientes oleadas revolucionarias no habían librado a la madre patria de sus males. Habiendo aparecido ya el pueblo en escena, la pérdida de los últimos enclaves coloniales se interpretó ya no como una pérdida de la monarquía imperial, sino como una derrota propia: se había producido el traspaso de una identidad etnopatriótica a una identidad nacional. El pesimismo que se respiró desde lo acaecido en el *Desastre del 98* dio lugar a un «patriotismo quejumbroso» en la que España se representada pictórica y literariamente como una mujer enlutada, como una *Mater Dolorosa* que reclamaba el amor de sus hijos³⁴.

1.2. La herencia recibida: patriotismo étnico y giro lingüístico

Aunque, como veremos, con algunos matices —cuando no, discrepancias historiográficas al respecto— es importante incidir, sin embargo, en que la construcción de la identidad colectiva española desempeñada por historiadores como Modesto Lafuente no se realizó sobre un lienzo en blanco. De hecho, la existencia de una identidad hispánica previa forjada a lo largo de los siglos medievales y modernos en torno a los logros de la monarquía y la iglesia —propia también de un constructo encaminado a la legitimación del poder— sirvió como base a los historiadores del siglo XIX para ubicar la existencia de España y los españoles en orígenes muy remotos, incluso —como en el caso de Patox y Ferrer— desde el principio de los tiempos³⁵. Ya Isidoro de Híspalis —autor que, como veremos influenció enormemente a Juan de Mariana³⁶— en *Historia de regibus Gothorum, Vandalorum et Suevorum* (h. 619-624), se refirió a Túbal como el primer habitante de la Península Ibérica, y Mariana, casi un milenio más tarde, daba así comienzo a su *Historia General*: «Túbal, hijo de Japhet, fue el primer hombre que vino a España [...] su quinto hijo, fundó en ella dichósamente y para siempre en aquel principio del mundo, grosero y sin policía, no sin providencia y favor del cielo la gente española y su valeroso imperio³⁷». A pesar de que, como señalábamos unas líneas atrás, el avance hacia una historia crítica hizo que los historiadores liberales eliminaran muchos de los mitos heredados, también se mantuvieron otros como el de Sagunto y Numancia o el de la reconquista, este último es probablemente uno de los más transcendentales. Si atendemos

³³ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p.152.

³⁴ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001a). *Op. Cit.*, pp. 567-571.

³⁵ *Ib.*, p. 199 y 203.

³⁶ PASAMAR, Gonzalo, (2010). *Op. Cit.*, p. 15.

³⁷ MARIANA, Juan de [1592; 1601] (1848-1851)]. «Historia general de España». En *Historia general de España. La compuesta, por el enmendada y añadida por el padre Mariana con la continuación de Miniana*. CHAO, Eduardo. (Ed.) Madrid: Gaspar y Roif, I, «prologo», s.p.

a los modelos heredados entre unos historiadores y otros, es posible apreciar de forma nítida un triple eje de continuidad historiográfica: Isidoro-Mariana-Lafuente, evidentemente con sus respectivas contextualizaciones.

Es importante señalar que los mecanismos creadores de unidad y cohesión social utilizados por cronistas e historiadores al servicio del poder de la monarquía o la iglesia (cuyos intereses son en determinados contextos históricos, imposibles de diferenciar) no distaban mucho de los utilizados por los intelectuales liberales en la creación de la identidad nacional española. Algo evidente, si se tiene en cuenta la mencionada influencia de unos autores respecto a los otros. El elogio a una tierra maravillosa, la pérdida y recuperación de un territorio invadido (ya fuere a manos de romanos, sarracenos o franceses); la defensa de un pueblo guerrero que resiste hasta la muerte; la mitificación de batallas como Covadonga, las Navas de Tolosa, el Dos de Mayo, Bailén o los sitios de Gerona y Zaragoza, por ejemplo. También la exaltación de grandes reyes, héroes, mártires y hombres de letras asociados al territorio y la contemporaneidad política, como por ejemplo Trajano, Séneca, Pelayo, Alfonso I el Batallador, Santiago Matamoros, el Cid Campeador, los Reyes Católicos, Nebrija, Cervantes, Antonio Pérez, Agustina de Aragón, el general Palafox, y un largo etcétera que cobró mayor fuerza en el ultranacionalismo de la dictadura franquista, que junto a los personajes ilustres tradicionales se añadió al Caudillo de España por la Gracia de Dios.

Además de la exaltación y apropiación de grandes personajes, otro mecanismo creador de identidad utilizado a lo largo de los siglos es la existencia —cuando no invención— de un elemento externo que corrompe la «raza»: desde los judíos o los *witicianos* que traicionaron a Rodrigo; pasando por el fanatismo de la pureza sangre atribuida a un rey extranjero o a un tiránico inquisidor; los protestantes como enemigos de la verdadera fe, la de un pueblo elegido; o los afrancesados, que querían «vender» la nación. El hecho de que «la historiografía vaya legando a cada nueva generación una imagen inexacta de las precedentes» resulta «sumamente pernicioso», ya que, además de dar sensación de continuidad, también da lugar a errores y anacronismos como el cometido por Ortega y Gasset que llamó «sevillano» a Trajano y «godo» al Cid, o el de Pericot, que afirmó que «de los tartesios a los andaluces pocas diferencias caben». No han de sorprender las contradicciones en estas historias, pues, como ya podrá intuir el lector, estas son consecuencia directa del sometimiento de la historia como herramienta al servicio del poder. En una misma historia, podía hacerse referencia a la invasión romana para exaltar la valentía de los españoles, por ejemplo, y en el mismo relato, siglos más tarde, enorgullecerse de la *españolidad* de Trajano³⁸.

Junto con el legado historiográfico de unos historiadores sobre los otros, otra cuestión que ha influido enormemente en la identificación de España y su identidad colectiva como si fueran «tan antiguos como los primeros habitantes de la Península³⁹» se encuentra en la propia evolución de la lengua, es decir, una cuestión de giro

³⁸ CASTRO, Américo, (1971) [Ed. Original. 1954]. *La realidad histórica de España*. México: Porrúa, pp. XVIII y 16,

³⁹ *Ib.*, p. 2.

lingüístico⁴⁰. La existencia de un concepto inicialmente geográfico denominado como *Hispania* adquirió connotaciones políticas tras la conquista romana. «Las nociones de Iberia, Hispania y España se confunden en la mente de los historiadores tanto antiguos como modernos⁴¹» dando sensación de eternidad⁴². Igual que la Roma imperial nada tiene que ver con la actual a pesar de que deba la segunda a la primera un importante legado cultural, y a pesar de que existieron también las *Laude Italiae*, la Hispania romana o las Españas Medieval y Moderna nada tienen que ver a la actual, aunque les deba su herencia cultural e incluso cuestiones relacionadas con la geopolítica actual. Se trata por tanto de un inicial concepto geográfico al que se la han añadido connotaciones políticas a lo largo de los siglos. En este sentido la traducción del latín al castellano de la obra de Mariana constituye una cuestión clave ya que, basándose en Isidoro de Híspalis y tomando el concepto geográfico como si su propio presente fuera heredero del mismo, donde decía *Hispania* se tradujo por España y lo mismo sucedió con el concepto de españoles, que dista mucho de los *hispani*⁴³, y que Lafuente y sus seguidores confundieron en el XIX con *pueblo español*.

En definitiva, se produjo a lo largo del Ochocientos un «solapamiento de identidades». Al patriotismo étnico que caracterizó los siglos medievales y modernos, —es decir, la identidad cristiano-dinástica— se adhirió, o, mejor dicho, se adaptó, a la nueva realidad liberal a través de la gran movilización cultural desarrollada por los intelectuales liberales decimonónicos, sin obviar, como veremos, las reformas culturales desempeñada en el XVIII como precedente ilustrado, lo que además «facilitó la transición a otro tipo de historia cuyos protagonistas eran colectivos⁴⁴.» Se ha señalado que esta situación se vio facilitada por dos razones: una falsa continuidad a través de la historiografía y, en relación con ello, la adhesión de connotaciones dinásticas, religiosas o nacionales (no necesariamente por separado) en cada momento histórico, con el único fin de legitimar su propio presente y entorno a un mismo ente geográfico, una cuestión de giro lingüístico. Pero no nos apresuremos, vayamos paso a paso en esta exposición general de unas ideas muy recientes en nuestra historiografía; que no resultan sencillas de analizar y sintetizar; y que, como ya venimos advirtiendo, han sido objeto de múltiples debates y controversias entre los profesionales de la historia.

⁴⁰ *Ib.*, p. 12; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 40.

⁴¹ *Ib.*, p. 2.

⁴² MARAVALL, José Antonio, (2013), [Ed. Original, 1954]. *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 28, 29, 79.

⁴³ CASTRO, Américo, (1971) [Ed. Original: 1954]. *Op. Cit.*, p. 16.

⁴⁴ Es necesario advertir que Álvarez Junco se refiere aquí a la «facilidad de tránsito entre las glorias individuales ensalzadas por los cronistas medievales (como las del Cid o las de Alfonso I el Batallador ensalzadas) frente a las glorias colectivas dinásticas ensalzadas por «historiadores» modernos como Juan de Mariana y su ensalzamiento de los Reyes Católicos, por ejemplo. Como veremos, ese mismo esquema vuela a repetirse al aparecer en escena el pueblo y la nación como sujeto de la acción histórica. *Vid.* ÁLVAREZ JUNCO, José, (2002). *Op. Cit.*, pp. 48, 50 y 51.

1.3. Estado de la Cuestión

1.3.1. Sobre la situación historiográfica al respecto

Investigaciones recientes llevadas a cabo desde la sociología; la ciencia política; la historia del arte; la historiografía y la historia hacen posible afirmar sin titubeos que las naciones; los nacionalismos y las identidades colectivas que dan sentido a su existencia son creaciones humanas. Para comprenderlo, constituye una referencia de uso obligatorio la obra de Américo Castro, que supone un punto de inflexión en el largo avance hacia una historia crítica. A través de lo que el propio autor denomina como una obra de «demolición y reconstrucción»⁴⁵; en *La Realidad Histórica de España* (1954) Castro trató de demostrar que denominar como españoles «a quienes moraban en la Península Ibérica con anterioridad a la Reconquista»⁴⁶ —como se había heredado del pensamiento histórico liberal— se trataba de un grave error. Dichas reflexiones emergieron en el contexto del trascendental debate sostenido con Claudio Sánchez Albornoz; ambos desde el exilio⁴⁷. Este último, como Castro, rechazaba la condición eterna de los españoles, sin embargo, ubicaba el origen de España y la identidad colectiva española en la *Hispania* visigoda, considerando el periodo romano como un estadio previo a la forja de la identidad española. Lo cierto es que, aunque Castro acertó en negar la condición de españoles a los godos, cayó en un nuevo mito al trazar los orígenes de España y su identidad colectiva inmediatamente después a la incursión sarracena del 711; en los recién surgidos reinos cristianos. De entre los innumerables aportes del filólogo en el avance de la investigación de la historia medieval, el más trascendental es quizás la desmitificación del concepto de «reconquista». Aunque nos referiremos a lo largo de las presentes líneas —a este y otros mitos propios de la historiografía española— interesa subrayar por el momento que rechazaba el carácter esencial de las identidades colectivas, consideradas hasta ese momento como caracteres psicológicos⁴⁸. El carácter esencial de las identidades colectivas tampoco resultaba innovador, de hecho, las *psicologías de los pueblos* escritas en época moderna —y que influenciaron también a Mariana y por tanto a Lafuente— como las de Bodino o Huarte de San Juan, que basándose en los escritos clásicos delimitaban el carácter de los pueblos «francés» y «español» respectivamente⁴⁹.

En cuanto a la crítica al esencialismo de Castro, esta chocaba enormemente con la reafirmación de los valores esenciales que se estaba realizando desde la «historiografía» franquista. Instituciones como la J.A.E. (posteriormente CSIC) o la Real Academia de la Historia sirvieron a la exaltación de la ideología del régimen⁵⁰. Se incrementaron además

⁴⁵ CASTRO, Américo, (1971) [Ed. Original: 1954]. *Op. Cit.*, p. 3.

⁴⁶ *Ib.*, p. 5.

⁴⁷ PASAMAR, Gonzalo, (2010). *Op. Cit.*, p. 227.

⁴⁸ CASTRO, Américo, (1971) [Ed. Original: 1954]. *Op. Cit.*, p. 19.

⁴⁹ BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo. (2010). *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665). Discursos, símbolos y mitos*. Madrid: Anaya, pp.159-188.

⁵⁰ Vid. ESCALONA, Julio.; JULAR PÉREZ-ALFARO, Cristina; ALFONSO ANTÓN, Isabel; (2016). «El medievalismo, lo medieval y el CSIC en el primer franquismo». En *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*. MORENO MARTÍN, Francisco, (ed.). Madrid: Pablo Iglesias, pp. 159-188.

—como en el XIX— los estudios en torno a los godos y se hizo un mayor uso de los citados mecanismos creadores de identidad —léase, por ejemplo, la suculenta lista de reyes godos de la Ley General de Educación. En la historiografía peninsular el esencialismo de los Beni Cordera había dejado huella en la revista *Al-Andalus* (posteriormente *Al-Qantara*⁵¹) o el proyecto de la *Historia de España* de Menéndez Pidal iniciado en 1927 parecían encajar con los intereses del régimen. Algo más tarde —y con una absoluta falta de rigor científico— surgieron también obras como *La Revolución Islámica de Occidente* (1974) de Ignacio Olagüe, que afirmaba que la pureza de sangre española se había mantenido intacta durante la ineludible presencia islámica, alegando que se trató de un islam autóctono⁵². La complejidad de estas ideas y sobre todo su peligrosidad (en tanto en cuanto su autor mezcla elementos verídicos y fantasiosos para legitimar una «raza superior») han hecho necesario que la historiografía preste atención a su deconstrucción.⁵³ Frente al esencialismo más extremo, Castro había escrito unas décadas antes que la construcción de la identidad colectiva española se había forjado a través de la convivencia entre tres castas: cristianos, moros y judíos (lo que explicaría una de las razones de su exilio) cayendo, como decíamos, en un nuevo error de percepción histórico identitaria⁵⁴.

Algo más tarde que Américo Castro encontramos a nivel internacional algunas reflexiones desde el criticismo como las de Maurice Augulhon, Pierre Nora, Eric Hobsbawm⁵⁵, Benedict Anderson⁵⁶ o Ernest Gellner⁵⁷ que introdujeron el concepto de invención del pasado, de las políticas de la memoria al servicio del poder como creadoras de una determinada identidad colectiva⁵⁸. Un nuevo avance hacia una historia crítica en España lo encontramos en José Álvarez Junco, y en concreto en su exitosa obra *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX* (2001) cuyas reflexiones no solo han motivado las presentes líneas, sino que ha vuelto a poner sobre la mesa el «problema de España», (aunque es preciso matizar que no desde una visión nacionalista, sino desde una perspectiva crítica), y ha propiciado un auge editorial deconstruccionista de la historia de España⁵⁹. Aunque con un impacto menor, son también destacables los trabajos de Edward

⁵¹ VIGUERA, María Jesús, (2009). «Sobre el esencialismo de los Beni Cordera». *Al-Andalus/España. Historiografías en contraste. Siglos XVII-XXI*, MARÍN, Manuela. (coord.) Madrid: Casa de Velázquez, pp. 67 y 68.

⁵² Vid. FIERRO, Maribel, (2009). «Al-Andalus en el pensamiento fascista español. La revolución islámica en Occidente de Ignacio Olagüe». *Al-Andalus/España. Op. Cit.*, pp. 325-349.

⁵³ Vid. GARCÍA SANJUAN, Alejandro, (2013). *La conquista islámica de la península Ibérica y la tergiversación del pasado. Del Catastrofismo al negacionismo*. España: Marcial Pons. Citado en BLANCO, Patricia R., (2018). «‘El fraude’ que intenta tergiversar la historia de Al Ándalus». *El País*, Recuperado de [https://www.elpais.com/elpais/2018/04/06/hechos/1523043230_705992.html] > [consulta de 11-5-2020].

⁵⁴ CASTRO, Américo, (1983) [Ed. original: 1948]. *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Barcelona: Crítica, p. 16; CASTRO, Américo. (1971) [Ed. Original: 1954]. *Op. Cit.*, pp. XII, XX, XXI, 4 y 15.

⁵⁵ Vid. HOBBSBAWM, Eric, (1991) [Ed. Original 1991]. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. BELTRÁN, Jordi. (trad.). Barcelona: Crítica.

⁵⁶ Vid. ANDERSON, Benedict, (1993). [Ed. Original. 1983]. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. SUÁREZ, Eduardo L., (trad.), México: Fondo de Cultura Económica.

⁵⁷ Vid. GELLNER, Ernest, (1983) [Ed. Original:1988]. *Naciones y Nacionalismo*. SETO, Javier (trad.). Madrid: Alianza.

⁵⁸ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, p. 7.

⁵⁹ *Ib.* p. 13.

Inman Fox y en concreto su obra *La invención de España* (1998). Desde la historiografía y la historia moderna y contemporánea, entre los historiadores actuales que abordan la historia de España desde una perspectiva crítica encontramos investigaciones como las de Santos Juliá Díaz, Ricardo García Cárcel, Juan Sisinio Pérez Garzón, Ignacio Peiró, Gonzalo Pasamar y, a través del estudio del arte contemporáneo, Tomás Pérez Vejo. Desde la historia medieval, son destacables los trabajos de Alexandre Pierre Bronish, Alejandro García San Juan, Eduardo Manzano, Luis Molina o Francisco García Fitz que han contribuido a la desmitificación de algunos mitos medievales, heredados en el XIX, reforzados durante el franquismo e incluso, con algunos matices, durante la transición democrática y hasta nuestros días. Aunque no por influencia de Álvarez Junco, sino más bien a la inversa, resulta imprescindible señalar las aportaciones de José Antonio Maravall y en particular las de su trascendental obra *El concepto de España en la Edad Media*.

1.3.2. Sobre propósitos, límites, limitaciones y metodologías

Haciendo uso del ensayo como método⁶⁰, el presente trabajo académico toma como referencia la obra de Álvarez Junco; la herencia recibida por Castro y Maravall; y sigue la estela de ambos autores, sirviéndose además de lo dispuesto por la historiografía crítica más reciente. En este sentido se propone una doble finalidad. Por un lado, se trata de deconstruir el concepto de España como precedente para tratar de dar respuesta al mayor problema historiográfico de nuestra historia: hallar el origen de España y su identidad colectiva, aunque, como es de suponer, puede anticiparse ya que no va a encontrarse aquí respuesta a tal ambiciosa empresa. Por el otro, las presentes líneas tratan de colaborar en la desmitificación y difusión de unas ideas poco extendidas en la sociedad para con ello hacer frente a las recientes vejaciones que está sufriendo nuestra disciplina en lo que a su uso político se refiere, desde el ultranacionalismo unitario de la extrema derecha, los nacionalismos periféricos de corte secesionista y el nacionalismo español de carácter más moderado, que también basa la legitimidad de determinadas estructuras políticas actuales en algunos mitos.

Articulado en dos grandes partes, dedicaremos una primera a definir qué es España, para lo que será preciso dedicar un primer apartado a reflexionar sobre el sujeto de la acción histórica y su problemática ya que, según señala Álvarez Junco, no podemos tomar la nación española desde el presente —como hicieron Lafuente y sus seguidores— como «si fuera una realidad objetiva y que su historia pudiera retrotraerse a épocas tan remotas como las que elegían sus autores⁶¹». Las identidades colectivas son creaciones humanas que a través de los mecanismos que citábamos unas líneas atrás se crean y se destruyen. ¿Pero en qué momento podemos hablar entonces de España como sujeto de la acción histórica? Dejando claro desde el principio que se trata de un proceso complejo y dilatado en el tiempo, la principal polémica gira en torno a la amplitud de esa dilatación.

⁶⁰Vid. PASAMAR, Gonzalo, (2010). *Op. Cit.*, p. 6.

⁶¹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2002). *Op. Cit.*, p.54.

Veremos como el modernismo historiográfico más estricto reduce el proceso a una construcción nacional a lo largo del siglo XIX frente al perennialismo, que con diversos matices —que atenderemos en su momento— lo ubica en la Edad Moderna⁶². Las presentes líneas asumen como referente el *constructivismo*, *historicismo* o *modernismo matizado* de Álvarez Junco⁶³ que demuestra que el proceso de construcción nacional española fue un constructo del XIX, que se basó en la ya citada identidad etnopatriótica, pero que además no pudo ser una identidad ni nacional ni española, al menos en los términos actuales. Veremos como la cuestión de la élite también ha sido objeto de múltiples debates entre las distintas corrientes. Al deconstruir también en este primer capítulo los conceptos de España y nación se pondrá de manifiesto como las diferencias no son tantas entre los autores, sino que más bien se evidencia la necesidad de establecer unos límites precisos en la terminología que se utiliza para cada contexto histórico. La deconstrucción del concepto de nación nos conducirá a separarlo en diferentes criterios de identificación nacional de carácter objetivo (como por ejemplo la lengua, la religión el sometimiento a una misma forma de poder o la uniformidad administrativa). Veremos cómo dependiendo del criterio que se utilice podemos desplazarnos a un momento histórico u otro para establecer el origen de España⁶⁴; un problema que una vez más plantea sus bases la falsa creencia de los historiadores de poder retrotraer a su ajo el pasado nacional. Veremos también como, atendiendo a la idea del criterio subjetivo de Renan: el *plebiscito cotidiano*, los criterios objetivos no son suficientes para establecer el origen de las naciones y los nacionalismos⁶⁵. Del mismo modo, tampoco es suficiente el criterio subjetivo de Renan, de forma que se hará evidente la necesidad de identificar otro factor: la invención de la tradición.

Inaugurando la segunda parte del trabajo orientada a reflexionar sobre los orígenes de España, dedicaremos un segundo apartado a deconstruir unos mitos de carácter fundacional que durante mucho tiempo —algunos de ellos vigentes todavía hoy en día— han sido considerados como los orígenes reales de España. Finalmente, una vez aclaradas las controversias historiográficas y deconstruidos los mitos dedicaremos un tercer y último apartado a definir cómo se llevó a cabo el proceso de la construcción de la identidad colectiva española a través del ya citado proceso de invención de la tradición cultural. Trataremos además de acompañar todo nuestro discurso con algunos ejemplos relacionados con otros procesos de construcción identitaria contemporáneos tanto internos (como el nacionalismo catalán o vasco) o externos (como el portugués, el inglés, el francés, el alemán o el italiano); con el objeto de contribuir dentro de nuestras posibilidades a la perspectiva comparativa que precisa el estado de la cuestión actual en el estudio de las naciones y los nacionalismos. De todo ello trata el presente Trabajo de

⁶² ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, pp. 13-22; BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2010). *Op. Cit.*, pp. 19-22.

⁶³ *Ib.*, pp. XVIII-XIX.

⁶⁴ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2004). «Introducción». *La construcción de las Historias de España. Op. Cit.*, p. 14.; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 7.

⁶⁵ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 4.

Fin de Máster con el objeto de determinar qué entendemos hoy por España, establecer sus orígenes, y esclarecer el proceso de construcción de su identidad nacional.

PARTE I: ¿QUÉ ES ESPAÑA?

2. EL SUJETO DE LA ACCIÓN HISTÓRICA. CUESTIONES CONCEPTUALES PREVIAS

2.1. La ambigüedad del lenguaje

Como expresó Virginia Tilley, la mayor parte de debates académicos —sobre todo en el ámbito histórico, filosófico o científico-político— plantan sus bases en el hecho de que los interlocutores suelen hacer uso de los mismos términos, pero se refieren a conceptos o definiciones diferentes del mismo⁶⁶. Esto es lo que sucede con las diferentes conceptualizaciones de los términos *nación* y *España*, cuyo significado varía en función de la cronología, constituyendo las revoluciones liberales un punto de inflexión en su definición. El problema surge debido a la ambigüedad del lenguaje, ya que las palabras no representan de forma exacta una realidad que además es cambiante. La teoría del «giro lingüístico» iniciada a partir de finales del siglo XIX por estudios como los de Jakobson y Saussure fue llevada al extremo desde el posestructuralismo de Barthes y Derrida, que negaban cualquier relación entre los significantes de las palabras y la realidad, de forma que el valor de una palabra es adquirido en relación a otras⁶⁷. Según esta idea solo es posible analizar una «cadena sin fin de significantes en la que el sentido siempre se ve

⁶⁶TILLEY, Virginia, (1997). «The terms of the debate: 'Untangling language about ethnicity and ethnic movements'». *Ethnic and Racial Studies*, 20, pp. 497-522. Citado en BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2009). «Sobre la génesis de una identidad nacional: 'España' en los siglos XVI y XVII». *Revista de Estudios Políticos*, 146, p. 150; BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2010). *Op. Cit.*, pp. 22 y 23.

⁶⁷ Para comprenderlo resulta elocuente referirse al famoso debate medieval sobre los conceptos universales. Frente al escolasticismo representado por figuras como la de Guillermo de Ockham, Pietro Abelardo consideraba los conceptos universales como algo intangible y que existía solamente en el lenguaje o en la mente como ideas, no eran realidades como tal. A la iglesia escolástica le interesaba sin embargo defender que dogmas como el de la Santísima Trinidad eran realidades. Para entender el conceptualismo escéptico de Abelardo imaginemos, por ejemplo, un libro. Dividimos este entre un concepto universal representado por la palabra *libro*, un libro real cualquiera y la imagen o idea mental que pueda tener un individuo ajeno o varios sobre este. Es probable que ninguna de las tres coincida y de hecho el libro en sí mismo no es un universal. Lo universal es la idea mental del individuo sobre el libro o la palabra que la relaciona con esta idea, pero cada individuo tendrá una imagen mental diferente al leer el universal *libro*, ya que existen múltiples realidades. Las imágenes pueden variar, de forma que uno imaginaría un libro más grueso que otro, de diferente color, e incluso es posible que hasta esa imagen mental ni siquiera sea un universal sino un particular de un libro que ha sido visto o leído con anterioridad. Y es probable también, que de ser esta imagen mental un universal, lo sea como una imagen ambigua y formada a partir de imágenes individuales de varios libros. Esta idea que se adentra más en el campo de la filosofía que en el de la historia debe tenerse en cuenta porque la variedad de imágenes universales está directamente relacionada por los individuos que la desarrollan y que además están condicionados por su propio presente y realidad social. A pesar de la diferencia estas imágenes no deberían alterar la esencia de la sustancia, en nuestro ejemplo un grueso de papel formado por páginas escritas unidas entre sí y con una cubierta. El concepto universal de nación en este sentido, ha respondido y responde a múltiples perspectivas. Vid. FORMENT, Eudaldo, (2004) *Historia de la filosofía II. Filosofía Medieval*. Madrid: Ediciones Palabra, pp. 59-61; BETTETINI, María.; BIANCHI, Luca; MARMO, Constantino; PORRO, Pasquale, (2004). *Filosofía medievale*. Milán: Raffaello Cortina, pp. 123-134 y 353-366; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, pp. 39 y 40.

diferido y en definitiva acaba sin encontrarse». Este fue el planteamiento que dio lugar al *deconstruccionismo*. En lo que a la historia se refiere, como señala Foucault gran parte de los estudios históricos realizan una *arqueología de discursos*. La necesidad de aclarar las diferentes visiones del mundo expresadas con palabras explica el auge de la historia cultural en torno a las «diversas ‘invenciones’ de realidades a partir del lenguaje». En este sentido, es obligación científica definir el sentido exacto de las palabras —o tratar de hacerlo al menos— en un diálogo entre nuestro propio presente y la realidad pasada, una cuestión que se propone abordar en este primer epígrafe⁶⁸.

En relación con lo anterior, y según señala Álvarez Junco, «la mayor parte de los libros de Historia escritos entre las revoluciones liberales y la Segunda Guerra Mundial han tomado a la nación como marco e incluso como protagonista fundamental, del relato⁶⁹». Las historias como las de Lafuente no solo tomaban la nación española como sujeto de la acción histórica, sino que la consideraba un elemento natural y eterno. La llegada del modernismo historiográfico ubicó su origen en la contemporaneidad e introdujo el criterio inventivo para la existencia de las naciones. Esta situación originó que la nación dejara de ser sujeto de la acción histórica para ser objeto de la misma. Como veremos, la mayor repercusión que tuvo el modernismo historiográfico en el quehacer del historiador fue que desde su aparición se hizo necesario adoptar sujetos históricos cambiantes dependiendo del momento histórico⁷⁰ objeto del estudio. A pesar de ser la corriente que domina el panorama historiográfico actual, el modernismo posee sin embargo algunas críticas cuyo origen creemos se encuentra en la necesidad de determinar a qué nos referimos con *nación* y con *España* —juntas y por separado—, una cuestión que hace precisa la deconstrucción de ambos conceptos.

2.2. El concepto de nación en la historia: de la concepción histórica al significado moderno⁷¹

Grosso modo, cuando hoy en día leemos en historia el término *nación*, constituye un gesto muy común —podría decirse que incluso axiomático⁷²— buscar su origen en la

⁶⁸ *Ib.*, pp. 35, 36 y 39.

⁶⁹ *Ib.*, p. 29.

⁷⁰ *Ib.*, 37.

⁷¹ Es preciso tener presente que las referencias que se den de aquí en adelante con respecto al concepto moderno de nación plantan sus bases en la historiografía modernista anglosajona que considera como *Modern Ages* lo que los historiadores españoles denominan por separado como Edades Moderna y Contemporánea. En este sentido el concepto moderno de nación se refiere al sentido que adquirió una vez aparecido el nacionalismo en la contemporaneidad. De ahí también que la corriente defensora de estas ideas —a la que nos referiremos en el próximo apartado— se denomine modernista y no como algunos que, como Ballester Rodríguez, defienden el surgimiento de las naciones en época moderna (bajo unas premisas muy determinadas que pondremos de manifiesto), y consideran por tanto sería más correcto denominar como contemporaneístas, reservando el concepto modernista para los que consideran la nación española en dicho periodo. Álvarez Junco por su parte afirma que quizás sería más correcto denominarla como historicista, evitando conceptos como constructivista, modernista o instrumentalista que puedan dar a entender que el proceso de construcción fue algo «conspiranoico», e incluso, afirma Álvarez Junco, «consciente». ÁLVAREZ JUNCO, José (2017). *Op. Cit.*, p.22; BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2009). *Op. Cit.*, p. 165.

⁷² BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2010). *Op. Cit.*, p. 13.

contemporaneidad y particularmente a los siglos XVIII y XIX, la conocida como *era de los nacionalismos*. Lo que puede catalogarse como un tópico cuyo origen quizás se encuentre en las simplificaciones propias de la educación histórica más elemental, —una cuestión que de momento no nos concierne— constituye una realidad bastante más compleja. Cuando para la sorpresa de uno al indagar en la historia —y sobre todo si se está iniciando en la problemática de las naciones y los nacionalismos⁷³— se topa a comienzos del XVII con afirmaciones como las del padre Mariana al inicio de su obra: «Me convidó a tomar la pluma el deseo que conocí los años que peregriné fuera de España, en las naciones extrañas, de entender cosas de la nuestra[...]»⁷⁴ piensa —y así de botepronto, con razón— que toda su educación histórica ha sido un engaño. Recordemos que la *Historia General* de Mariana se había publicado por primera vez en su edición latina en 1592 y que no fue hasta 1642 cuando se produjo el primer ensayo revolucionario inglés que dio protagonismo al pueblo⁷⁵ y por ende la emergencia de las naciones y los nacionalismos, o más exactamente, de los nacionalismos y posteriormente de las naciones⁷⁶. Por tanto, de ningún modo parece sensato pensar que en Mariana pudiera encontrarse ya el germen de las ideas ilustradas sobre la voluntad colectiva y el nuevo sujeto para la acción histórica y política. En cual quiera caso, ¿Pudieron tener las ideas de Hobbes, Locke, o Rousseau alguna relación con la colectividad de la que hablaba el padre Mariana? Dejaremos la respuesta a esta pregunta para más adelante. De momento, en lo que a nuestra deconstrucción del concepto nación se refiere, interesa subrayar la importancia de palabras del jesuita, ya que no solo habla de las naciones extranjeras como como un otro diferente, un colectivo que no es el suyo, sino que, además, afirma que a partir de éste —o éstos— trata de entender las cosas del propio, lo que en principio aparenta ser una evidencia de la existencia de una nación de españoles. Como veremos a continuación, ni mucho menos si con ello nos referimos a la concepción moderna de la nación que trataremos de definir aquí, y no en su acepción histórica, que lo consideraba únicamente como «una colección de habitantes de un país provincia o reino»⁷⁷.

La existencia del concepto *nación* de forma prematura hace entrever ya la complejidad del tema, porque la aparente calma historiográfica sobre los orígenes de España y su identidad colectiva parecía hallar una especie de consenso en que España, concebida como identidad nacional, no puede entenderse hasta el XIX; sí, en cambio, como identidad cultural —o, como diría Carlton Hayes, como una nación cultural⁷⁸— desde al menos el *Siglo de oro español*. ¿Pero qué es exactamente una nación? Existiendo ya el vocablo, ¿no constituían los españoles de mediados del siglo XVI una nación? Lo cierto es que si atendemos a la deconstrucción del término, vemos como Juan de Mariana por *naciones* se refería a un colectivo con cierta conciencia colectiva —que giraba en torno a un territorio, la península Ibérica (incluyendo Portugal); en torno a la fe cristiana y la lealtad regia, y, como veremos, resignada además a un pequeño porcentaje de la

⁷³ *Cit. Supra*.

⁷⁴ MARIANA, Juan de, ([1592, 1601] 1848-1851). *Op. Cit.*, I, s.p.

⁷⁵ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, *Loc Cit.*

⁷⁶ KEDOURIE, Elie, (2015) [Ed. Original 1960]. *Nacionalismo*. Madrid: Alianza, p. 213.

⁷⁷ *Cit supra*.

⁷⁸ HAYES, Carlton J. H., (1960). *Nationalism: a religion*. New York: The Macmillan Company, p.5.

población representada por la élite política, eclesiástica e intelectual, (algo fácilmente demostrable a través de la literatura y las historias como la de Mariana)—pero no uno en posesión de la soberanía como lo fueron —al menos en teoría— los nuevos Estados que surgieron a lo largo de los siglos XVIII y XIX. La inexistencia de la nación queda justificada en este sentido por el principio de universalidad administrativa y cultural⁷⁹ en primer lugar, pero sobre todo por el principio de soberanía nacional que, constituyendo un aditivo de las revoluciones liberales, puso a las naciones en primera línea política y redefinió lo que hasta el momento se entendía como tales. Como veremos, la nueva concepción nacional deforma el pasado haciendo de este algo incomprensible⁸⁰, o, tratando de añadir algo de optimismo al asunto, muy difícil de comprender.

Sin esperar un ejercicio de fe respecto a la idea de que las naciones tal y como las entendemos hoy en día son fenómenos contemporáneos; teniendo en cuenta que la lengua no es algo estático; y ante las adversidades lingüísticas, para abordar el concepto de nación «de frente», y como en la mayor parte de los debates de carácter histórico-filosófico es preciso atender en primer lugar al origen y evolución históricas del término. Etimológicamente nación viene del latín *nascor*: nacer⁸¹, y debemos remontarnos al Antiguo Testamento donde aparece unas de las primeras referencias a las *nationes*: «fueron repartidas las islas de las gentes en sus tierras, cada cual, según su lengua, conforme a sus familias en sus naciones⁸²» en referencia a «las generaciones de los hijos de Noé: Sem Cam y Jafet, a quienes nacieron hijos después del diluvio⁸³». Una nota editorial a pie de página en este mismo pasaje aclara «ósea, las naciones o los gentiles⁸⁴». Atendiendo las Sagradas Escrituras es fácilmente observable como la visión del Génesis se refiere por naciones a los pueblos considerados primigenios, la Biblia entiende las naciones como un pueblo con una lengua diferenciada y una tierra sobre la que se han ido asentando en función de sus diferencias lingüísticas y por tanto —podríamos añadir— culturales. Pero hay más. En el capítulo 14 del mismo libro se hace referencia a Tídal como «rey de naciones⁸⁵» y también se habla del territorio como «madre de naciones; reyes de pueblos saldrán de ella»⁸⁶. Veremos unas líneas más adelante la importancia de asociar un rey, y por tanto un poder político diferenciado a un determinado territorio. En cualquier caso, según apunta Hobsbawm, puede anticiparse lo siguiente:

[...] en la medida que el origen o la descendencia se adscribía a un conjunto de hombres, difícilmente podrían ser los que formaran un Estado (excepto en el caso de los

⁷⁹ Ya que, como veremos la realidad histórica de la Península Ibérica bajo el Imperio de los Habsburgo se encontraba sumida en particularismo locales tanto de carácter legislativo como cultural.

⁸⁰ PICOS, Javier (2018). «José Álvarez Junco advierte del riesgo de 'deformar' el pasado por parte de los nacionalismos». *Cursos de Verano San Lorenzo del Escorial*. Recuperado de >[<https://www.ucm.es/cursosdeverano/noticias/jose-alvarez-junco-nacionalismos>]>[Consulta de 08/08/2020].

⁸¹ HAYES, Carlton, J.H., (1960). *Op. Cit.*, p. 2.

⁸² Génesis 9:23-10:11.

⁸³ *Cit. Supra*.

⁸⁴ *Cit. Supra*. Vid. *Antiguo Testamento*. Recuperado de [<https://media.ldscdn.org/pdf/lds-scriptures/old-testament/old-testament-83800-spa.pdf>]>[Consulta de 22/7/2020].

⁸⁵ Génesis 13:6-14:2.

⁸⁶ Génesis 17:5-19.

gobernantes o sus parientes). En la medida en que se adscribía a un territorio, solo de modo fortuito era una unidad política, y nunca una unidad política muy grande⁸⁷.

Fuera ya de las escrituras sagradas es posible encontrar también el término en el Imperio Romano *natio* que era utilizado para referirse a un «grupo de hombres formado por quienes compartían un mismo origen, mayor que una familia, pero menor que un clan o pueblo⁸⁸». En este sentido se hablaba de *populus romanus* y no de *natio romanorum*⁸⁹. Álvarez Junco definió el concepto *natio* como una «comunidad de extranjeros, conjunto de personas unidas por un origen común, diferente al de la ciudad o país en el que habitaban⁹⁰». En la Edad Media se mantuvo la connotación referida a la procedencia y la lengua de forma que las universidades medievales estaban divididas en naciones. Un ejemplo de ello era la Universidad de París que estaba dividida en cuatro naciones: *l'honorable nation de France* (lenguas romances que incluían italianos y españoles), *la fidèle nation de Picardie* (holandeses), *la vénérable nation de Normandie* (gentes procedentes del nordeste europeo) y *la constante nation de Germanie* (que incluía tanto a ingleses como alemanes). También los concilios eclesiásticos se dividían en naciones⁹¹. Según señala Kedourie, estas distinciones indicaban únicamente la procedencia y nada tenía que ver con las divisiones geográficas actuales⁹².

En lo que a la percepción medieval del concepto en la península Ibérica se refiere, si acudimos a los registros digitales del banco de datos del Nuevo Diccionario Histórico de la Real Academia Española (NDHRAE) y del Corpus Diacrónico del Español (CORDE), es observable como desde mediados del siglo XIII⁹³ y tras siglos de relaciones entre las tres religiones monoteístas, a los principios territoriales y lingüísticos delimitados se le añadió un principio de otredad religiosa, aunque el concepto continuaba sin tener valor político por lo que se refería a gentes de diversa índole. Un ejemplo de ello es lo manifestado por Alfonso X el Sabio a finales del siglo XIII en su *Estoria General*:

E seyendo ella una puede todas las cosas, e durando siempre en sí (que nunca demud), renueva todas las cosas ordenándolas e manteniéndolas, e trasmúdase en las santas almas por las naciones de las gentes; faze e establece los amigos de Dios e los profetas ⁹⁴.

Los Estados generales convocados en Francia en 1484 comprendían seis naciones. Atendiendo a lo dispuesto por Montesquieu en *El espíritu de las leyes* (1748), es muy probable que por naciones se refiriera a la élite francesa compuesta por la nobleza y el obispado: «bajo las dos primeras dinastías a menudo era convocada la nación, esto

⁸⁷ HOBBSAWM, Eric, (1998) [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, p. 24.

⁸⁸ KEDOURIE, Elie, (2015) [Ed. Original 1960]. *Op. Cit.*, pp. 42-43.

⁸⁹ *Ib.*, p. 43.

⁹⁰ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 40.

⁹¹ KEDOURIE, Elie, (2015) [Ed. Original 1960]. *Op. Cit.* p. 44.

⁹² *Cit. Supra*.

⁹³ Momento a partir del que se encuentra registrado el concepto en dicho banco de datos digital.

⁹⁴ ALFONSO X EL SABIO ([C.1280], 1994). *General Estoria. Tercera Parte. Libros de Salomón: Cantar de los cantares, Proverbios, Sabiduría y Eclesiastés*. SÁNCHEZ-PRIETO, Pedro, HORCAJADA DIEZMA, Bautista., Madrid: Gredos. Vid. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. Corpus diacrónico del español. <<http://www.rae.es>> [18-8-2020].

es, los señores y los obispos⁹⁵». También resulta elocuente referirse para el siglo XV a la afirmación de Rodrigo Sánchez de Arévalo en su obra *Suma de la Política* (1454-1457) en la que relacionaba el poder político con las naciones:

las gentes y naciones del universo, aun las que no tienen solamente natural juicio, acostumbran acatar y obedecer a sus reyes y príncipes y no ay nación ni gente tan bárbara que no guarde lealdad y esta obediencia, puesto que en otras cosas carezcan de policia y habilidad⁹⁶.

Como puede apreciarse, la consideración de Sánchez de Arévalo, al hablar de «lealtad» y «obediencia» que deben «las gentes y naciones» a «sus reyes o príncipes» parece aproximarse más al concepto moderno de nación, dado que aporta valor político y establece relaciones entre pueblo y gobierno. Sin embargo, determinar como moderno el concepto de nación en el siglo XV a partir afirmaciones como esta supondría identificar cualquier forma de poder como un Estado y cualquier comunidad cultural como una nación soberana. Han existido en la historia múltiples formas de organización social diferentes a las naciones como por ejemplo monarquías, imperios, ciudades-Estado, o jerarquías territoriales⁹⁷. Según señala Álvarez Junco, «todos ellos y no solo las naciones modernas, generaron considerables dosis de identidad y orgullo ‘patriótico’ que se refleja en la retórica de la época y que deforman los relatos sobre su pasado⁹⁸». Además, esta identidad surge a menudo en el seno de la élite como es el caso de los concilios analizados por Montesquieu. Por otra parte, el hecho de que Sánchez de Arévalo establezca una diferenciación entre príncipes y reyes es una evidencia de la complejidad político-social del momento, y la pugna entre diferentes identidades, que de ningún modo pueden denominarse como nacionales. Además, el hecho de que el territorio adscrito al rey o príncipe poseyera unas fronteras cambiantes fruto de las conquistas y los enlaces dinásticos es otra evidencia de que la afirmación de Sánchez de Arévalo no puede referirse a las naciones en sentido moderno.

Continuando con la evolución histórica del término, según señala García Cárcel, a mediados del siglo XV los humanistas ya habían incorporado un nuevo sujeto para la acción histórica, «una *natio* concebida históricamente, como comunidad ancestral y arraigada en el terreno, portadora de valores políticos, que se enfrenta a invasiones de extranjeros, y titular de una libertad originaria⁹⁹». Esta identificación fue común tanto en el Reino de Castilla como en la Corona de Aragón, aunque, si miramos unos siglos atrás, vemos que esta incorporación humanista tampoco resultó demasiado innovadora si tenemos en cuenta que en la Alta Edad Media también puede apreciarse una colectividad cristiana, y que a través de un proceso similar al utilizado por los intelectuales liberales del XIX se adhirió a la Edad Moderna, y esta última —como señalábamos al introducir

⁹⁵ KEDOURIE, Elie (1960) [Ed. Original 1960]. *Op. Cit.*, p. 44.

⁹⁶ SÁNCHEZ DE ARÉVALO, Rodrigo, ([1454-1457], 1959) *Suma de la política*. PENNA, Mario, (Ed.) Madrid: Atlas. Vid. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. <<http://www.rae.es>> [18-8-2020].

⁹⁷ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 37.

⁹⁸ *Ib.*, p.31.

⁹⁹ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2004). *Op. Cit.*, p. 18.

el presente trabajo— se desplazó a través de la herencia de Mariana a Lafuente, dando una falsa sensación de continuidad. En cualquier caso, analizaremos con más detalle la idea de los «españoles» como «pueblo elegido» y su relación con el nacionalismo en el próximo apartado, cuando deconstruyamos desde el criticismo el criterio religioso para la identificación nacional, y más importante si cabe, como base cultural e identitaria sobre la que edificar el constructo nacionalista. Por el momento lo que interesa subrayar es que, hacia finales del siglo XVI, principios del XVII, en la providencialista historia de Mariana se continuaba haciendo uso del término nación como referencia a gentes de diferente lengua, etnia o religión, y sin valor político:

En España los reyes don Fernando y Doña Isabel, luego que se vieron desembarazados de la Guerra contra los Moros, acordaron de echar de todo su reino a los judíos. Con esta resolución en Granada, do estaban, por el mes de marzo del año 1492 hicieron pregonar un edicto en que se mandaba a todos de aquella nación, que dentro de cuatro meses desembarazasen y saliesen de todos sus estados y señoríos¹⁰⁰.

Moros y judíos son percibidos, según puede extraerse de la afirmación de Mariana, como naciones en su sentido histórico, que sí poseen rasgos de diferenciación claros, pero a pesar de hablar otra lengua o adorar otra religión, ni poseen un territorio ni un poder político que los integre.

Según apunta Kedourie la concepción de nación como colectivo persiste en el siglo XVII, aunque oscilaba entre la identificación de naciones con la élite eclesiástica y política de un determinado territorio. Un ejemplo es la paz de Szatmar de 1711 firmada entre las tropas imperiales de la monarquía de los Habsburgo y la «nación» húngara. En este contexto el término nación se refiere, como en los concilios franceses, a los «barones preladados y los nobles de Hungría¹⁰¹». Ya en el siglo XVIII David Hume negaba que una nación fuera únicamente «una colección de individuos y Diderot y D’Alambert en su *Encyclopédie méthodique* (1782-1832) definieron nación como «una palabra colectiva utilizada para significar una cantidad considerable de la población que habita una cierta extensión geográfica definida dentro de ciertos límites y que obedece al mismo gobierno¹⁰²». Si atendemos a definición de la Academia Usual de 1884¹⁰³ cuando se ya había implantado el liberalismo en España y había emergido el principio de soberanía nacional, ésta define en su primera referencia a nación como «Estado ó cuerpo político que reconoce un centro común supremo de gobierno. La segunda referencia del mismo diccionario corresponde a «territorio que comprende y aún sus individuos tomados colectivamente». La inclusión del verbo *reconocer* es muy importante porque implica la aceptación del pueblo en términos de soberanía nacional, y aunque como señalábamos al introducir el presente trabajo, también posee cierto componente mítico en tanto en cuanto una «voluntad verdadera», fue este principio el que generó la conciencia colectiva necesaria para hablar de naciones en sentido moderno. Puede no obstante pasar

¹⁰⁰ MARIANA, Juan de ([1592; 1601], 1848-1851). *Op. Cit.*, 3, p. 643.

¹⁰¹ KEDOURIE, Elie, (2015) [Ed. Original 1960]. *Op. Cit.*, p. 43.

¹⁰² *Ib.*, pp. 43 y 44.

¹⁰³ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (NDHE) [en línea]. *Nuevo diccionario histórico del español*. <<http://www.rae.es>> [18-8-2020].

desapercibido, en parte quizás debido a la necesidad de consensuar con el conservadurismo la idea de soberanía nacional, de la que hicieron uso para la movilización cuando fue preciso, pero de la que no parecían estar muy convencidos. Como veremos, para los historiadores modernistas la principal diferencia radica en el principio de universalidad, es decir, la extensión del sentimiento colectivo que define la identidad a todos los estratos sociales, o al menos a una amplia mayoría de individuos que componen la sociedad. Con la inclusión del factor de reconocimiento a partir de la soberanía nacional quedaba definida la ecuación moderna del concepto: estado = nación = pueblo (soberano o consciente), frente al concepto histórico: nación = pueblo (cultura = religión + lengua + historia). Según señala Hobsbawm, con la primera de ellas puede diferenciarse entre una definición revolucionario-democrática en la que se hacía un mayor hincapié en la soberanía y en la que primaba el principio de la «voluntad» a través de la ecuación ciudadano-pueblo soberano = estado, mientras que la definición nacionalista se basaba en la existencia de una comunidad que los diferenciaba de los extranjeros¹⁰⁴, es decir, una definición en la que primaban más los aspectos voluntaristas y otra en la que lo fundamental era la cuestión cultural.

La evolución conceptual de lo hasta aquí expuesto constituye, como puede apreciarse a simple vista, lo que actualmente el DRAE incluye como definición de nación:

1. f. Conjunto de los habitantes de un país regido por el mismo Gobierno.
2. f. Territorio de una nación.
3. f. Conjunto de personas de un mismo origen y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común.
4. f. coloq. p. us. nacimiento (acto de nacer). Ciego de nación¹⁰⁵.

Álvarez Junco tipifica tres tipos definiciones, —estatalista, primordialista y voluntarista— que tienen que ver con la evolución histórica del término y con respecto a las distintas perspectivas para interpretar el fenómeno nacional que abordaremos en el siguiente apartado. La definición estatalista hace referencia a las dos primeras acepciones de la DRAE: «conjunto de los habitantes de un país regido por el mismo Gobierno» y «territorio de una nación», e identifica la nación con el Estado, entendiendo este no como una «estructura política y administrativa que rige un territorio» sino como «el conjunto del territorio y sus habitantes dominados por esa estructura de poder», una definición más del término «país» que de Estado. A pesar de su inexactitud, que sea una de las más extendidas puede corroborarse en el hecho de que las relaciones entre Estados se denominan relaciones internacionales. Álvarez Junco propone evitar el uso de la definición estatalista porque induce a confundir los términos «nación» y «estado»¹⁰⁶.

En segundo lugar, la definición primordialista es la que se refiere a la tercera acepción de la DRAE —también conocida como etnicista o culturalista— y que atenderemos más explícitamente en el próximo apartado, cuando nos refiramos a la

¹⁰⁴ HOBBSBAWM, Eric, (1998). [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, 28 y 31.

¹⁰⁵ <https://www.rae.es> [consulta del 20/06/2020].

¹⁰⁶ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, pp. 42 y 43.

corriente historiográfica que, en lo que a la forma de entender el fenómeno nacional se refiere, entienden las naciones como una realidad eterna y natural. Estas definiciones a menudo introducían el concepto de «comunidad». Según apunta Álvarez Junco esto no debe pasar desapercibido ya que implica que «es más que un agregado de individuos» y tampoco supone que es una «entidad creada o pactada por sus ciudadanos o componentes, sino que es anterior a ellos¹⁰⁷». Las definiciones primordialistas o culturalistas se basan en los cuatro rasgos étnicos clásicos (raza, lengua, religión y pasado histórico). Bajo esta perspectiva conforman lo que denominan como una «forma de ser» o «psicología colectiva». Álvarez Junco también propone abandonar esta conceptualización que es meramente culturalista ya que equipara nación con etnia o pueblo¹⁰⁸.

Finalmente, el tercer tipo de definiciones es la voluntarista, que ya no se incluye entre las acepciones de «nación» de la DRAE sino entre las de «patria». Esta define la nación como un «grupo humano caracterizado por su *voluntad* de constituir una comunidad política». A los elementos objetivos se añade un elemento subjetivo. Según Álvarez Junco sería la más certera en lo que a la acepción de nación en su sentido moderno se refiere, y la diferencia con las anteriores radica en que existe una «conciencia de poseer tales elementos diferenciadores». Sin embargo, a pesar de ser «la más aceptable» precisa del añadido de haberse asentado en un determinado territorio de forma estable y prolongada a lo largo del tiempo. El problema que surge al respecto son las falsas conciencias de pertenecer a un territorio como sería por ejemplo el caso de sionismo.

En cualquier caso, a partir de la reflexión sobre estas tres definiciones Álvarez Junco define las naciones como

un conjunto de seres humanos entre los que domina la conciencia de poseer ciertos rasgos culturales comunes (es decir, de ser «un pueblo» o grupo étnico) y que se halla asentado desde hace tiempo en un determinado territorio, sobre el que cree poseer derechos y desea establecer una estructura política autónoma¹⁰⁹.

Concluyendo este breve recorrido, vemos pues como el término nación no es exclusivamente contemporáneo, sin embargo, el surgimiento de los movimientos nacionalistas terminó redefiniéndolo, de tal forma que hasta finales del siglo XVIII, aunque se hablara de naciones no significaba que existiera una visión nacionalista del mundo.

2.3. El problema del nacionalismo en la historiografía

En lo que a la historia de la historiografía se refiere «pocos problemas políticos o históricos han suscitado, en las últimas décadas, tantos y tan apasionados debates como

¹⁰⁷ *Ib.*, p. 43.

¹⁰⁸ *Ib.*, p. 44.

¹⁰⁹ *Ib.*, p. 46.

el nacionalismo¹¹⁰». Parafraseando una vez más a Álvarez Junco —esta vez en su ponencia *Los nacionalismos en la España contemporánea* (2015)— existen miles de científicos sociales, —entre ellos sociólogos, politólogos, economistas, psicólogos, antropólogos e historiadores— que han dedicado su vida a estudiar el fenómeno nacional¹¹¹. La amplitud del tema impide poder realizar aquí más que un breve bosquejo de los autores más representativos, limitándonos a mencionar los considerados fundamentales por cualquier estudioso que actualmente quiera aproximarse al problema nacional¹¹².

Considerado como uno de los padres del estudio académico del nacionalismo, Hans Kohn introdujo en la década de 1930 el concepto de soberanía nacional como requisito para la existencia de una nación. A pesar de que Kohn «remontaba los orígenes del sentimiento nacional hasta los hebreos bíblicos —por la conciencia de ‘Pueblo Elegido’— y la Grecia Clásica —por su autopercepción como ‘ciudadanos libres’ frente a los bárbaros’— [...]»¹¹³ relacionaba el sentido moderno del término con la idea de la soberanía nacional, por lo que consideraba que las naciones no habían existido antes de las revoluciones liberales. Además, Kohn diferenciaba entre un nacionalismo de tipo *cívico* basado en la vinculación con el Estado, y otro de tipo *étnico* formado a partir de rasgos culturales¹¹⁴. El otro gran padre del análisis del nacionalismo fue Carlton Hayes que relacionó el nacionalismo con la religión y la existencia de «los altares de la patria», es decir, del «culto» a la nación a través de una serie de símbolos, ritos y festividades o la conmemoración del martirio y la gloria de héroes y santos¹¹⁵. Algo más tarde Anthony Smith incluyó «el papel de los intelectuales como agentes propulsores del nacionalismo»¹¹⁶. Ya en la década de los años sesenta Elie Kedourie introdujo el factor de la educación como elemento imprescindible para la homogeneización cultural propia de las naciones. Nos interesa subrayar por el momento que dichos estudios constituyeron la base para la revolución historiográfica que tuvo lugar en las últimas décadas del siglo XX y que terminó por definir las pautas a seguir en lo que al estudio de los nacionalismos se refiere. Autores como Ernest Gellner, Benedict Anderson o Eric Hobsbawm terminaron de forjar la corriente modernista sobre el estudio de las naciones que predomina en el panorama historiográfico actual.

Pero hasta la definitiva imposición del modernismo fue la corriente esencialista o primordialista la que monopolizaba el estudio e interpretación de las naciones. En el ámbito historiográfico, algunos autores primordialistas fueron Paton y Ferrer, Ramos

¹¹⁰ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001). *Op. Cit.*, p. 11.

¹¹¹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2015). «Los nacionalismos en la España contemporánea». *Catharum Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. YANES, Alba y GARCÍA María, (trans.). Tenerife: Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, 14, p.3.

¹¹² Vid. ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001b). «Las Ciencias sociales ante el fenómeno nacional». *La formación de la identidad Española* (Ciclo de conferencias Aula abierta I). Fundación Juan March. [Recuperado de]> [<https://www.march.es/conferencias/antiores/voz.aspx?p1=2534>]>[Consulta de 28/03/2020].

¹¹³ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 2.

¹¹⁴ *Cit. Supra*.

¹¹⁵ *Ib.*, p. 3.

¹¹⁶ *Ib.*, p. 5.

Oliveira, Menéndez Pelayo, Pericot u Ortega y Gasset¹¹⁷. Los propios intelectuales liberales sentaron las bases de este pensamiento en el cual consideraban la nacionalidad como una característica biológica, como un elemento innato al hombre, algo esencial¹¹⁸. Creían además que las naciones eran realidades objetivas que se encontraban de forma natural, y que, naturalmente habían distribuido a los pueblos en función de su lengua, etnia o religión. Sin embargo, bajo esta perspectiva esta naturaleza había sido vulnerada por los imperios dinásticos absolutistas¹¹⁹, y en el caso español por el imperio napoleónico. Se hacía así gala del nuevo principio de autodeterminación de los pueblos desarrollado en las teorías filosóficas de Kant y Fichte y por la «voluntad colectiva» rousseauiana que culminaron en los problemáticos 14 puntos wilsonianos a los que más tarde nos referiremos. La visión eterna de las naciones se mantuvo viva en la historiografía española hasta bien entrado el siglo XX de la mano del nacional-catolicismo y aunque cueste creerlo, todavía continúa latente en la actualidad como memoria al servicio de determinados discursos nacionalistas y también, por supuesto, en las mentes de unos feligreses sin los cuales además su existencia carecería de sentido. Bajo la perspectiva primordialista, por tanto, el hombre español era visto como si hubiera emanado del propio suelo de la península Ibérica. Tanto es así que las pinturas rupestres de las Cuevas de Altamira fueron consideradas como las representaciones pictóricas de los españoles primigenios¹²⁰. El modernismo historiográfico surgió en contraposición a esta idea que puede sintetizarse en la consideración los seres humanos «han nacido y vivido siempre insertos en naciones¹²¹».

De forma prematura, Ernest Renan tomó conciencia de la existencia de un problema en el estudio de las naciones y los nacionalismos. En su famoso discurso *Qu'est-ce qu'une Nation?*¹²² (París, 1882), sin dejar de negar el carácter esencial de las naciones reflexionó sobre la incapacidad de explicar el problema nacional a través de los criterios tradicionales de identificación que se habían establecido para la legitimación de los nuevos Estados nacionales, es decir, a través de una cultura compartida por una misma lengua y/o religión. Renan señaló que existía un criterio subjetivo para ser francés, la «voluntad» o decisión del pueblo de pertenecer a una nación. Afirmaba que cada mañana los ciudadanos franceses se levantaban y en un *plebiscito cotidiano* respondían afirmativamente a la pregunta sobre si querían o no ser franceses¹²³. Evidentemente, como señaló Kedourie, se trató de una metáfora y aunque las ideas de Renan estaban todavía sumidas en el fervor esencialista del siglo XIX sirvió para introducir un elemento subjetivo que sería desarrollado por la corriente modernista¹²⁴. Fue el propio Kedourie quien casi un siglo más tarde, en su obra *Nationalism* (1960) afirmó que no se puede

¹¹⁷ Señalábamos al introducir el presente trabajo que Ortega y Gasset incidió en «la necesidad de construir España». Eso no significara que como el resto no se dejara llevar por las pasiones románticas. CASTRO, A. (1971). *Op. Cit.*, p. 2.

¹¹⁸ *Ib.*, p. XV.

¹¹⁹ KEDOURIE, Elie, (2015) [Ed. Original 1960]. *Op. Cit.*, pp. 101, 102 y 149.

¹²⁰ CASTRO, Américo. (1971) [Ed. Original: 1954]. *Op. Cit.*, p. 1.

¹²¹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. XVIII.

¹²² HOBBSBAWM, Eric, (1998) [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, p. 10.

¹²³ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p.4.

¹²⁴ KEDOURIE, Elie, (2015) [Ed. Original 1960]. *Op. Cit.*, p.131.

tomar como referencia para el estudio del nacionalismo un criterio basado en las pasiones románticas de la época¹²⁵, en una definición idealista del «Estado» como expresaría posteriormente Gellner¹²⁶. Realmente los ciudadanos franceses no podían elegir cada mañana si querían pertenecer a una nación como tampoco eligen eso los españoles ni ninguna otra nación (a excepción claro está del momento de su formación, y también de los nacionalismos potenciales señalados por Gellner y de los que hablaremos más tarde). Más que un plebiscito diario, afirmó Kedourie, lo que hace un Estado es imprimir a través de la educación la identidad nacional en los ciudadanos desde su infancia¹²⁷. Dado que ni los criterios objetivos ni tampoco el subjetivo eran suficientes para explicar el fenómeno nacional, se hizo evidente que debía existir algún otro factor más: el *criterio inventivo*. En este sentido, para Kedourie el nacionalismo es:

Una doctrina inventada en Europa al comienzo del siglo XIX. Pretende suministrar un criterio para determinar la unidad de población adecuada para disponer de un gobierno exclusivamente propio, para el ejercicio legítimo del poder en el Estado y para la organización justa de la sociedad internacional. Dicho en pocas palabras, esta doctrina sostiene que la humanidad se encuentra dividida de modo natural en naciones, que las naciones se distinguen por ciertas características que pueden ser determinadas y que el único tipo de gobierno legítimo es el autogobierno nacional¹²⁸.

A pesar de mostrarse también de acuerdo con la idea modernista de las naciones como creaciones humanas, Álvarez Junco rechaza la idea de Kedourie de definir el nacionalismo como una doctrina, refiriéndose a este como un «constructo». Como señalábamos unas líneas atrás, Carlton Hayes ya comparó el nacionalismo con una religión y también Benedict Anderson señaló que «se facilitarían las cosas si tratáramos el nacionalismo en la misma categoría que el ‘parentesco’ y la ‘religión’, no en la del ‘liberalismo’ o ‘el fascismo’¹²⁹». Bromea con una tumba y un cenotafio a los liberales caídos. El nacionalismo también cumple la función de otorgar «un sentido» a la existencia humana, afirma, y como la religión se ocupa también de la muerte y de rendir homenaje a los caídos por la patria y genera grandes sacrificios¹³⁰. En este sentido el constructo nacionalista no puede calificarse como una ideología, no se trata además de una cuestión de izquierdas o derechas, de progresismo o conservadurismo. De hecho, cuando el nacionalismo sirvió «para ampliar mercados y abrir espacios políticos emancipados del absolutismo monárquico» sirvió al progreso, pero entre 1870 y 1914 cuando la pequeña burguesía y no las clases medias ilustradas hicieron gala del mismo es cuando empezó a engendrarse un nacionalismo étnico en el que, a diferencia del anterior, primaban los elementos raciales y culturales, y se convirtió en un elemento de masas dominadas por caudillos populistas¹³¹. Pero el carácter «camaleónico» del nacionalismo que ha permitido

¹²⁵ *Cit. Supra*.

¹²⁶ GELLNER, Ernest, (2001) [Ed. Original 1983]. *Op. Cit.*, p. 78.

¹²⁷ KEDOURIE, Elie, (2015). *Op. Cit.*, p.134

¹²⁸ *Ib.*, p. 37.

¹²⁹ ANDERSON, Benedict, (1993) [Ed. Original. 11983]. *Op. Cit.*, pp. 23, 27, y 31.

¹³⁰ *Ib.*, pp. 25 y 26.

¹³¹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p.8.

su supervivencia hace que pueda ser compatible con otras identidades y que haya servido a regímenes de tan diversa índole como el estalinista, el franquista o el nazi.

Volviendo a la evolución historiográfica de las ideas modernistas que establecieron a las naciones como una categoría imaginada, resulta imprescindible subrayar las aportaciones de Ernest Gellner y en particular las de su obra *Naciones y nacionalismo* (1983) que se aproxima inicialmente al concepto moderno de nación a través de dos definiciones que considera «provisionales»; una cultural y otra voluntarista:

1. Dos hombres son de la misma nación si y sólo si comparten la misma cultura, entendiendo por cultura un sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación.

2. Dos hombres son de la misma nación si y sólo si *se reconocen* como pertenecientes a la misma nación. [Por tanto, «Es español quien se siente estarlo en compañía de otros, o es reconocido como tal por quienes se ponen en contacto con él¹³²».] En otras palabras, *las naciones hacen al hombre*; las naciones son los constructos de las convicciones, fidelidades y solidaridades de los hombres. Una simple categoría de individuos (por ejemplo, los ocupantes de un territorio determinado o los hablantes de un lenguaje dado) llegan a ser una nación si cuando los miembros de la categoría se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros. Es ese reconocimiento del prójimo como individuo de su clase lo que los convierte en nación, y no los demás atributos comunes, cualesquiera que puedan ser, que distinguen a esa categoría de los no miembros de ella¹³³.

Según apunta Gellner a través la herencia de Renan, a pesar de que cada una de estas definiciones «singulariza un elemento realmente importante para la comprensión de nacionalismo¹³⁴» ninguna de las dos es suficiente. La razón es que el autor considera que la nación solo puede formarse cuando un Estado posee un sistema educativo común que homogeneice las masas, una cuestión que, según Gellner, se debe a la necesidad de una formación apta para una sociedad industrial, y que frente a la educación gremial y familiar transmitida de padres a hijos propia de las sociedades agrarias —a la cual se accedía a las profesiones por nacimiento y las que normalmente se pertenecía toda la vida— se dio paso a una formación homogénea que formaba usuarios intercambiables aptos para desarrollar múltiples labores en una sociedad diversificada¹³⁵. En este sentido Kedourie ya había expresado la importancia del sistema educativo en el proceso de construcción nacional y, como señalábamos unas líneas atrás, sobre la necesidad de atender al criterio *invención* ante la imposibilidad de explicarlo con los criterios objetivos y subjetivos. A pesar de que la obra de Kedourie se publicó veintitrés años antes que la de Gellner, realizó una seria crítica a éste en un Epílogo contenido en la cuarta edición del libro que tenemos entre las manos. En dicha crítica compara la visión de Gellner con la visión marxista del nacionalismo que lo presenta como una «expresión de intereses burgueses», como si el nacionalismo fuera un reflejo del modelo capitalista de producción, lo que Kedourie

¹³² CASTRO, Américo. (1971) [Ed. Original: 1954]. *Op. Cit.*, p. XI.

¹³³ GELLNER, Ernest, (2001) [Ed. Original 1983]. *Op. Cit.*, p. 20.

¹³⁴ *Cit. supra*.

¹³⁵ *Ib.*, pp. 43, 44, 45, 50 y 51.

interpreta como una gran capacidad para acomodar el nacionalismo a su teoría. En este sentido, califica las ideas de Gellner de «economicistas» y afirma que el nacionalismo no puede entenderse únicamente a través de la industrialización, poniendo como ejemplo el caso alemán, donde apenas se dio este fenómeno¹³⁶.

En cualquier caso, una vez más ambos autores coinciden en la idea de que son los nacionalismos los que originan a las naciones y no al contrario¹³⁷. Es quizás por esta razón por la que, como el propio Gellner advierte, por la que se vio obligado a dedicar una buena parte del libro a tratar de explicar qué es el nacionalismo antes de definir nación¹³⁸, limitándose a incluir en su introducción estas dos definiciones provisionales ante la imposibilidad de sintetizar a priori la complejidad del criterio inventivo surgido a partir de la aparición del nacionalismo y en el que centraremos el último epígrafe para el caso español.

La importancia en el desarrollo de las comunicaciones y la alfabetización como elemento imprescindible para el surgimiento del nacionalismo de masas y por tanto la nación en sentido moderno fue también subrayada por Benedict Anderson en su monumental obra *Imagined Communities* (1983). Anderson, sin embargo, no ubicaba el proceso en la Revolución Industrial como Gellner, sino en el siglo XVI a partir de la invención de la imprenta. El capitalismo impreso, y con él la difusión del conocimiento, tuvo una importante repercusión en el desarrollo de un colectivo imaginado¹³⁹. Este colectivo fue el que sirvió de base para la erección del constructo nacionalista contemporáneo, ya que Anderson, como el resto de modernistas, considera las naciones como «artefactos culturales producto del nacionalismo surgido a partir de finales siglo XVIII»¹⁴⁰. Atenderemos la importancia del capitalismo impreso unas líneas más adelante, por su implicación directa con los criterios religioso y lingüístico. De momento nos interesa subrayar que Anderson, terminó de acuñar el criterio inventivo y definió las naciones como

una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es *imaginada* porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión¹⁴¹.

Finalmente, Eric Hobsbawm en *Naciones y nacionalismos desde 1780* reforzó las ideas de Gellner y Anderson¹⁴². Hobsbawm no solo corroboraba el factor de la invención, sino que además afirmaba que se trataba de «utopías compensatorias», es decir, «instrumentalizadas al servicio de fines políticos»¹⁴³. Además, junto a Ralph Samuel —y como Pierre Nora— analizaron las conmemoraciones del pasado en términos nacionales;

¹³⁶ KEDOURIE, Elie, (2015) [Ed. Original 1960]. *Op. Cit.*, pp. 213-215.

¹³⁷ GELLNER, Ernest, (2001) [Ed. Original 1983]. *Op. Cit.*, pp. 79 y 80.

¹³⁸ *Ib.*, p. 77.

¹³⁹ ANDERSON, Benedict, (1993) [Ed. Original. 1983]. *Op. Cit.*, pp. 63-66.

¹⁴⁰ *Ib.*, p. 21.

¹⁴¹ *Ib.*, p. 23.

¹⁴² *Vid.* ÁLVAREZ JUNCO, José, (1996). «Hobsbawm sobre el nacionalismo». *Historia Social*, 25, pp. 179-187.

¹⁴³ ÁLVAREZ JUNCO José, (2017). *Op. Cit.*, p.7.

la *invención de la tradición* que definían como «un conjunto de prácticas y de rituales de carácter simbólico, regidos por normas expresas o por normas aceptadas tácitamente, cuyo objetivo es inculcar ciertos valores y normas de conducta por repetición, lo cual supone continuidad con el pasado¹⁴⁴».

Una de las primeras matizaciones sobre esta nueva forma de interpretar el fenómeno nacional se dio con dos politólogos: John Breuilly y Charles Tilly, que criticaban que las teorías modernistas hubieran prestado mayor atención a los factores socio-culturales en detrimento del factor político o estatal. El primero de ellos, en su obra *Nationalism and the State* (1982) establece una tipología de los nacionalismos según sus objetivos políticos, siendo imprescindible señalar para nuestro estudio la diferenciación entre nacionalismos unificadores como Alemania o Italia y nacionalismos separatistas como húngaros, checos rumanos o serbios, a los que podrían añadirse el catalán, el gallego o el vasco. También habla de nacionalismos anticoloniales como el de Kenia o el de la India y de nacionalismos modernizadores como el chino, el japonés o el turco¹⁴⁵. Respecto al caso español —como el francés o el inglés— el hecho de haber constituido una entidad político administrativa con un Estado Moderno bajo la dirección de los Habsburgo y posteriormente los Borbones con un sistema tributario relativamente estables y en un periodo de tiempo prolongado constituye una dificultad añadida. En este sentido el nacionalismo español presenta aspectos que permiten catalogarlo como un nacionalismo unionista pero también presenta aspectos de nacionalismo modernizador. En el primero de los casos, podemos catalogarlo como unionista porque se produjo la imposición de una identidad global frente a la renuncia de particularismos locales de las antiguas identidades periféricas con los que la identidad castellana había pugnado en los siglos medievales y modernos por el control de la península como *Regis o Imperator Hispaniae* primero, como Reyes de España después. En otras palabras, la paulatina castellanización de los reinos e identidades peninsulares que terminaron definiendo la identidad española que se extendería a las masas solo en el siglo XIX, y cuyo proceso de uniformidad político-administrativa se ubica ahora desde el criticismo en la constitución gaditana, aunque se ha ubicado erróneamente durante mucho tiempo en *unión dinástica* de Fernando e Isabel. Puede considerarse como nacionalismo modernizador porque el Estado Moderno se adaptó a la nueva realidad nacional, es decir, se modernizó a partir del pacto entre las antiguas élites aristocráticas y la nueva clase económica emergente representada por la élite intelectual burguesa. Finalmente, también se ha tratado de identificar como nacionalismo independentista a través de la «independencia» del imperio napoleónico y que supone la influencia de la revolución norteamericana respecto al Imperio Británico, aunque como veremos el caso español es complejo porque como se ha señalado, no iba a renunciarse por ello a una «identidad ancestral» ni ser culturalmente franceses a pesar de que los Borbones habían pertenecido a una dinastía francesa. Como veremos, la independencia era considerada fruto de una ocupación espontánea.

¹⁴⁴ *Ib.*, p. 9.

¹⁴⁵ *Ib.*, pp. 14 y 15.

Como Tilly o Breuilly, y sin alejarse tampoco del principal axioma modernista, surgieron estudios como los de Hugh Seton-Watson y John Armstrong que incluyeron algunos matices. Este último destacó por la búsqueda de las raíces premodernas en su estudio de las sociedades de frontera en defensa de una religión entre las ciudades bajo-medievales de base comercial y las nuevas monarquías que, según Armstrong, constituían sociedades sedentarias (como por ejemplo la cristiana europea) frente al nomadismo de las sociedades islámicas¹⁴⁶. Surgen en este contexto una serie de rasgos culturales propios de las sociedades en defensa de una religión frente a otra culturalmente diferente. Respecto a Seton-Watson, a través de lo dispuesto por Giuseppe Mazzini, incidió en la idea de que no todo lo relacionado con las naciones fue algo contemporáneo, señalando, como bien resume Álvarez Junco, que «también existían las viejas monarquías europeas que, tras un largo proceso acabaron adaptándose al formato del Estado Nación¹⁴⁷». Según señala este último, estas matizaciones son muy saludables y además es necesario tenerlas presentes porque a partir de ellas asume lo siguiente:

[...] sin duda puede hablarse de ‘naciones’ desde la Edad Moderna temprana, siempre que por el término nación entendamos identidad étnica, sin pretensión de ser políticamente soberana. Y que al nacionalismo moderno solo se le puede aplicar el término ‘invención’ con la condición de que no se considere equivalente a producir algo de la nada, sino a construir sobre sentimientos y elementos culturales preexistentes¹⁴⁸.

También Kedourie se refirió a la importancia del factor político y las antiguas monarquías europeas como base para el posterior establecimiento de los Estados-Nación:

La continuidad del Estado francés o el Estado español, y su estabilidad territorial hace fácil mostrarlos como ejemplo del crecimiento y desarrollo de ‘naciones’ europeas: el giro es vital aunque imperceptible. Se puede apreciar su importancia si recordamos que Francia no es un Estado porque los franceses formen una nación, sino que más bien el Estado francés es el resultado de ambiciones dinásticas, azares históricos, guerras afortunadas, y habilidades administrativas y diplomáticas. Estos elementos fueron los que mantuvieron el orden, hicieron cumplir las leyes y llevaron a cabo la dirección política posibilitando, al fin, la común existencia de los franceses dentro del Estado Francés. Fueron estas cosas las que posibilitaron la existencia continuada de las comunidades políticas, se trate o no de ‘naciones’ en la teoría nacionalistas¹⁴⁹

Anthony D. Smith, —quien hacia el final de su carrera fue aproximándose cada vez más al primordialismo— realizó algunas críticas al modernismo a través de lo que el denominaba como «etnosimbolismo». Smith acuñó el término *ethnies* para referirse a unas etnias que poseen cierta continuidad en el tiempo. Son cinco los rasgos comunes que caracterizan a estas etnias: «nombre colectivo, mito de ascendencia común, historia y cultura compartidas, conciencia de solidaridad y asociación con un territorio en el que creen hallarse establecidos desde hace tiempo¹⁵⁰». Trataba además de no caer en lo que

¹⁴⁶ *Ib.*, p. 17.

¹⁴⁷ *Cit. Supra.*

¹⁴⁸ *Ib.*, p. 18.

¹⁴⁹ KEDOURIE, Elie, (2015). *Op. Cit.*, p. 127.

¹⁵⁰ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 18.

él denominaba como perennialismo, lo que la mayoría llama primordialismo. También Josep Llobera defendía la existencia de «realidades nacionales» y «patriotismos muy antiguos» y para el caso europeo ya en la Edad Media. Ni Llobera ni Smith (este último, al menos al principio) rechazan directamente las tesis modernistas, la principal diferencia radica, según Álvarez Junco, en que «lo que ellos llaman nacionalismos no son sino patriotismos étnicos, pues no se apoyan en la afirmación de la soberanía colectiva de esas etnias sobre un cierto territorio, fenómeno característico y exclusivo del nacionalismo moderno¹⁵¹».

Oposiciones mucho más abiertas al modernismo son las del sacerdote católico británico Adrian Hastings y el historiador militar israelí Azar Gat. El primero, en *The Construction of Nationhood* (1996), escrita como una respuesta a Hobsbawm, criticaba que el escritor marxista hubiera subestimado el papel de la religión en la construcción de las naciones europeas, aunque es cierto que Hobsbawm habla de algunos símbolos religiosos —como por ejemplo la Virgen María y sus representaciones «supralocales»¹⁵²— que sirvieron como posterior base cultural para el nacionalismo ya que, como se ha señalado, este hace a las naciones, pero no a partir de la nada, sino que se construye a partir de elementos culturales previos que corresponden a una o varias culturas de su ámbito de actuación. Como señalábamos unas líneas atrás, también Anderson se refiere a estas cuestiones, aunque afirma que no son suficientes para explicar el surgimiento de las naciones. Una cosa es que los modelos de las sagradas escrituras hayan servido a la construcción de múltiples identidades y otra muy distinta tomarlos como un origen y continuidad del sentimiento nacional. Respecto a Gat, defiende lo que Álvarez Junco ha definido como «primordialismo radical¹⁵³», al considerar como estados nacionales a la cultura sumeria, al Egipto faraónico y por supuesto a las monarquías europeas. Gat caricaturiza además las ideas de Gellner o Hobsbawm alegando que consideran como irrelevantes los rasgos étnicos y otorga poca importancia al factor de la alfabetización alegando que el campesinado analfabeto adquirió el sentimiento nacional a través de la religión, lo que le lleva a defender que fue el pueblo quien acaudilló las revoluciones inglesa, estadounidense o francesa, o la sublevación catalana de 1640. Hace además otras afirmaciones que según Álvarez Junco «difícilmente aceptaría un historiador serio» como por ejemplo negar la diversidad de lenguas, o realizar una selección sesgada de elementos culturales que se han mantenido durante siglos para defender la existencia de pueblos muy antiguos, obviando la enorme cantidad de identidades que han desaparecido o no han podido ser. En este sentido a Gat le interesa solamente la continuidad¹⁵⁴.

En relación con las ideas de Smith y Hastings, más reciente y directa si cabe es la crítica al modernismo realizada por Mateo Ballester Rodríguez, que sin negar la importancia del modernismo y «el papel deslegitimador de la tradición y extendida visión

¹⁵¹ *Ib.*, p. 19.

¹⁵² ANDERSON, Benedict, (1993) [Ed. Original. 1983]. *Op. Cit.*, p. 44; HOBSBAWM, E., (1998). [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, p. 55.

¹⁵³ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 20.

¹⁵⁴ *Ib.*, pp. 20 y 21.

esencialista de la nación», considera que el fenómeno nacional «sin ser un elemento innato de la condición humana, tiene raíces que se extienden más allá del mundo contemporáneo». Este autor considera la definición de Hobsbawm como «confusa y no operativa por su carácter excesivamente restringido», porque rechaza el hecho de que esté supeditada al principio de soberanía nacional. En otras palabras, la considera una «visión simplista del concepto de nación», a pesar de que los modernistas diferenciaron entre concepto histórico y el moderno. Ciertamente es que, como señalábamos unas líneas atrás, una exacerbada simplificación del concepto nación lleva a determinadas confusiones, pero invalidan, como veremos a continuación, el principal axioma modernista o historicista¹⁵⁵.

Ballester Rodríguez señala que Hobsbawm posee una visión sesgada de lo que es el concepto de nación porque solo consulta definiciones en los diccionarios. Para entender si existió una nacionalidad —afirma— no basta con los diccionarios, debería haber acudido a «los testimonios escritos de dramaturgos, tratadistas, gobernantes, [...], autores como Cervantes, Mariana, Lope de Vega, Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián y muchos otros, expresan en sus escritos de forma recurrente una explícita e intensa identificación con la *patria* o la *nación española*». En este sentido, como el propio autor señala, se ubica en una postura cercana a la de Smith y Hastings. Critica también la ambigüedad de Hobsbawm cuando este afirma que con los Tudor «puede detectarse algo al patriotismo moderno». Una aproximación más cercana a la obra de Hobsbawm, sin embargo, pone de manifiesto como el autor, en un capítulo titulado *Protonacionalismo popular*, habiendo incidido como Gellner o Anderson en la variedad y tipos de nacionalismo, incide en la idea de que aquellos lugares donde había habido un Estado mantenido durante un largo periodo y donde existió también una religión o una lengua sacra, se desarrollaron unas lealtades patrióticas que sirvieron como base para la erección del nacionalismo¹⁵⁶. Estas ideas culminan para el caso español en el ya citado patriotismo étnico de Álvarez Junco.

Además, la defensa de una identidad nacional española y no etnopatriótica en la Edad Moderna justificada a través de las apologías contenidas en escritos como la *España Defendida* de Quevedo nos pone en contacto con lo que constituye todavía una asignatura pendiente para el presente trabajo académico: el fenómeno de la élite y del pueblo en la construcción de identidad. ¿Estaba el sentimiento de lealtad lo suficientemente extendido en la población para que, por ejemplo, un campesino de una aldea se sintiera identificado? Lo cierto es que no disponemos de testimonios que puedan determinar el pensamiento y el nivel de arraigo identitario del pueblo llano, aunque es poco probable. En este sentido no le falta razón a Ballester Rodríguez cuando afirma que «quienes subestiman las expresiones de identidad nacional en la Edad Moderna por ser un fenómeno exclusivamente de élites olvidan un dato fundamental: la existencia de una mentalidad concreta entre las élites sociales es a menudo el presupuesto inicial [...] para la extensión del resto de la población¹⁵⁷». Todo estudioso sobre el nacionalismo coincide en que se

¹⁵⁵ BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2010). *Op. Cit.*, pp. 20, 21 y 25; BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2009). *Op. Cit.*, p.152.

¹⁵⁶ *Ib.*, p. 25.; *Ib.*, p. 15; HOBBSAWM, Eric, (1998). *Op. Cit.*, [Ed. Original 1991]. pp. 54-88.

¹⁵⁷ BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2009). *Op. Cit.*, p. 157.

trata de un fenómeno inicialmente de élites, pero no solo en el nacionalismo, sino también en todas las identidades colectivas. En este sentido Hobsbawm cita a Heródoto y afirma que evidentemente para la clase intelectual de la antigüedad griega existía una cultura transmitida a través de la lengua, pero no se trataba de una nación, sino que el nacionalismo griego moderno incorporó a su relato estos elementos¹⁵⁸. Es cierto que el hecho de que la identidad etnopatriótica sea un fenómeno de élites no invalida por sí solo la idea de las monarquías europeas son naciones. La contra réplica «perennialista» a la falta de alfabetización de, por ejemplo, el campesinado del siglo XVI, es que bien entrado el siglo XIX la alfabetización continuaba siendo un fenómeno de élites. Lo que olvidan estas perspectivas es que fue esta élite intelectual del siglo XIX la que hizo extensible un sentimiento nacional que no es que hubiera existido desde hacía siglos; desde las apologías en torno a un territorio, una dinastía y una religión realizadas por la élite intelectual del *Siglo de Oro*, sino que se anexionó a la realidad del siglo XIX a través de lo que Hobsbawm denomina como «nacionalismo filológico»¹⁵⁹ es decir, la explosión cultural y literaria a la que nos referíamos al introducir las presentes líneas y que analizaremos con más detalle en el último apartado.

Respecto al sentimiento de lealtad a la élite del que habla el perennialismo, este también es relativo. Como veremos, las sociedades agrarias medievales y modernas se organizaban en ciudades autónomas a pesar de estar a menudo imbuidas en una estructura de poder más amplia. Existían sin lugar a duda lealtades religiosas, pero en el caso de existir lealtades políticas estas serían más en torno a las oligarquías de esas grandes ciudades, quizás en torno a la estructura del reino como podrían ser el caso de Aragón, pero difícilmente una lealtad en torno a España, y, con no pocos reproches, sería dudosa la lealtad dependiendo del contexto respecto a la Monarquía Hispánica. En este sentido es importante señalar que, aunque sí existió un sentimiento de lealtad castellana en torno a la monarquía, y en cierto modo una identidad político territorial, todavía en el siglo XVII no existía un sentimiento de lealtad política que fuera más allá de los términos aquí definidos. A veces incluso la lealtad al rey podía comprometerse con la lealtad al príncipe. Ejemplo de ello son las frustradas políticas unionistas llevadas a cabo por el Conde Duque de Olivares, valido de Felipe IV. En un momento en el que la el desarrollo del Estado Moderno podía haber permitido a la Monarquía Hispánica la implantación de un sistema tributario centralizado y estable, de haber existido una colectividad y un sentimiento de lealtad y obediencia generalizados, Felipe IV y su corte no hubieran tenido que viajar por toda la península para convencer a las poderosas oligarquías urbanas de los diferentes reinos que por herencia dinástica le pertenecían para poder sufragar el gasto de la Guerra de los Treinta años y la paupérrima situación de la hacienda de la monarquía. Las políticas de Olivares tuvieron buena aceptación en Castilla que mostraba lealtad al rey, pero sí hubo problemas en lugares como las cortes catalanas —que con motivo de la votación sobre aporte en dinero y armas se habían convocado de forma independiente a las de

¹⁵⁸ HOBBSAWM, Eric, (1998) [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, pp. 67 y 73.

¹⁵⁹ *Ib.*, p. 64.

Valencia y Zaragoza— como los conflictos de 1640¹⁶⁰. En este sentido Ballester Rodríguez defiende que «incluso entre los rebeldes de 1640 se encontraban actitudes inequívocamente españolas» citando como ejemplo a Francesc Martí i Vilamador, uno de los referentes ideológicos de la rebelión que se mostraba en contra de las políticas de Olivares porque suponían la «ruina y perdición de España». Ballester Rodríguez afirma además que otros testimonios denominaban a Olivares como «enemigo de la patria» y negaban la consideración de Felipe IV como rey de los catalanes¹⁶¹. Bajo esta perspectiva defiende la existencia de una identidad catalana en el siglo XVII, que según este autor estaba en pugna con el resto de identidades. Lo cierto es que también el nacionalismo catalán buscó sus orígenes remotos mitificando el conflicto de 1640 y a pesar de existir identidades locales, no eran ni mucho menos identidades nacionales.

Finalmente, Ballester Rodríguez, tras deconstruir el concepto de nación defiende el uso de nación de españoles en los términos del concepto histórico, dado que de lo contrario considera que se produce un error presentista, pues a la hora de historiar debe prestarse atención a los sujetos históricos en su propio contexto. El problema que creemos surge al hacer uso de estos términos es que dejan de lado el problema de la deformación del pasado surgido del nacionalismo. A nivel teórico no plantea ningún problema siempre que se dejen claras las premisas de partida como es el caso de este autor. Sin embargo, a nuestro parecer, esta perspectiva supone invertir y no nivelar la balanza respecto a las simplificaciones instrumentalistas que ocasionaban nuestro problema inicial, que hacían ver la nación como un fenómeno e invención exclusivamente contemporáneo. En este sentido creemos que al hacer tal uso del término nación, a ojos de aquel que no se adentre en el estudio de los nacionalismos volverían a verse las naciones, quizás ya no como algo esencial, como un brote del propio suelo, pero sí algo cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Para cerrar este epígrafe, otra crítica realizada desde el perennialismo que a algunas veces parece querer distanciarse del primordialismo y otras no es la de Hipólito de la Torre Gómez, que afirma que «entre las posiciones extremas de quienes descubren la nación en las brumas de los tiempos más remotos y las de aquellos que la consideran más o menos un invento reciente del poder, creo que el hecho nacional [...] debe identificarse con un dilatado proceso de agregación histórica, con un producto de larga duración que posee sus puntos de aceleración aun cuando las fuerzas del Estado y el peso de lo colectivo remontan más el vuelo en la Edad Contemporánea¹⁶². El problema de esta visión es que así se dota de cierta continuidad al concepto de España. Parece que, teniendo en nuestro presente la visión nacionalista del XIX (porque no podemos despojarnos de nuestro propio presente) se vaya avanzando en la investigación desde un pasado remoto para ver cómo se van cumpliendo los distintos criterios nacionales a lo largo de los siglos hasta culminar en las revoluciones liberales. La realidad es diferente porque resulta evidente que el Siglo XIX supuso un momento de ruptura que solo puede ser observado

¹⁶⁰ Vid. ELLIOT, John H., (1990). *El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*, de DE LOZOYA, Teófilo (trad.), Barcelona: Crítica.

¹⁶¹ BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2010). *Op. Cit.*, p. 53.

¹⁶² *Ib.*, p. 37.

a través de distancia y perspectiva que el historiador toma alejado en el tiempo. Si realizamos la investigación a la inversa y vamos retrocediendo, no con el objeto de ver la nación anteriormente bajo una perspectiva primordialista, sino para tratar de comprender el contexto previo o el origen de la misma, se produce nuevamente un error de percepción, porque dejamos en muchas ocasiones de atender a la óptica de los actores de un determinado contexto histórico y a menudo da lugar a la politización de la historia o la memoria histórica. Hobsbawm —a través de lo dispuesto por Hroch— diferencia tres fases de «la evolución de las naciones y el nacionalismo dentro de estados que existen desde hace tiempo como, por ejemplo, Gran Bretaña y Francia [...]». La fase A —que correspondería al patriotismo étnico de Álvarez Junco— «era puramente cultural, literaria y folclórica, y no tenía ninguna implicación política o siquiera nacional». Hobsbawm lo compara con el pueblo gitano y la *Gypsy Lore Society*. En una segunda fase o fase B «encontramos un conjunto de precursores y militantes de ‘la idea nacional’ y los comienzos de campañas políticas de esta idea» en la que según apunta, se centra Hroch. Finalmente, una fase C en cuya transición con la fase B se centra la obra de Hobsbawm y constituye la extensión del sentimiento nacional a las masas populares, que son las últimas en verse afectadas por la conciencia nacional¹⁶³. En el caso español es más complejo porque la identidad de la élite del siglo XVI en torno a la «idea de España» entendiendo esta como concepto geográfico no fue extensible a las masas, sino que se recuperó en el XIX por la élite intelectual y fue esta la que llevó a cabo la fase C del proceso de nacionalización.

Para comprender esta idea relacionada con las formas de mirar al pasado a la hora de historiar resulta elocuente referirse a lo manifestado por Stéphane Lévesque. Según lo dispuesto por Shernilt y Collinwood —y, tratando explicar la importancia de la empatía histórica para el desarrollo del pensamiento histórico— el canadiense expone tres formas de mirar al pasado a través de una metáfora basada en tres personajes ficticios: el ladrón de psique, el nigromante y el viajero en el tiempo. El primero de ellos «representa al historiador como un ‘ladrón de almas’ que revive los pensamientos, sentimientos y decisiones de personajes de otras épocas. En lugar de recrear únicamente las acciones de determinados sujetos pasados, este personaje se despoja de su propia identidad para adentrarse en la mentalidad de los actores históricos. El nigromante o hechicero en cambio, trata de ofrecer una visión del pasado adaptada al presente para sus contemporáneos haciendo uso de la literatura y la retórica si es preciso. En este sentido la «historia dada es simplemente una aparición del pasado en el lenguaje del presente». Finalmente, el viajero del tiempo a diferencia del ladrón de psique no pierde su propio sentido de la identidad. El viajero del tiempo «sigue siendo una criatura del presente» que trata de recrear los acontecimientos a través de la empatía histórica, pero sin despojarse éste, sin deformarlo y teniendo en cuenta como esa visión ha llegado hasta él¹⁶⁴.

¹⁶³ HOBBSAWM, Eric, (1998) [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, pp.19 y 20.

¹⁶⁴ LÉVESQUE, Stéphane, (2009). *Thinking Historically: Educating Students for the Twenty-First Century*. Canadá: Toronto Búfalo London, pp. 144-147.; Vid. PALACIOS MAYORAL, David, (2019).

A esta misma metáfora se refería García Cárcel¹⁶⁵ citando al filósofo español Manuel Cruz, cuando afirmaba que «los historiadores españoles en los últimos años se han movido entre dos polos: entre el polo del historiador turista que parte del principio de que el pasado es algo que ocurrió, que debe estar momificado y encerrado [...]» y en la que la función del historiador es la visitar ese pasado estático. El otro polo, expone García Cárcel— «es el del historiador político que parte del principio de que todo el pasado se tiene que explicar, se puede y se debe explicar solo desde los interrogantes de nuestro presente» y que, frente a la historia, dan lugar la conocida como memoria histórica. Ante esta alternativa entre los historiadores partidarios de la «musealización del pasado» o los de la «instrumentalización política» para «satisfacer ansiedades y demandas del presente», el historiador científico, como el viajero en el tiempo, debe moverse entre ambos polos. Se trata por tanto de que el historiador reconstruya el pasado histórico aproximándose lo máximo a la realidad pasada tal y como fue vista en ese momento, aplicando ese conocimiento al estudio de la comprensión de la realidad presente si así fuera necesario, pero teniendo en cuenta la instrumentalización del pasado donde historia y memoria parecen confundirse produciendo mitos, sesgos y deformaciones con los que el historiador crítico debe lidiar.

En nuestro estudio del nacionalismo español esta forma de mirar al pasado es fácilmente observable cuando vamos avanzando en orden cronológico y tratando de atender únicamente a las percepciones de los habitantes de la península Ibérica y sus gobernantes en su contexto para intentar dilucidar si existió o no una identidad española en la Edad Moderna. Un verdadero viajero en el tiempo vería como esa concepción identitaria prolongada durante siglos fue aprovechada por los intelectuales del siglo XIX y que es por ello por lo que ha llegado así esa visión a nuestros días y una vez deconstruido poder diferenciar entre historia y la memoria de nuestro presente. En este sentido, anacrónico y presentista resultan, a nuestro modo de ver, especificaciones tales como la denominación del Emperador Carlos de Habsburgo como Carlos I de España y V de Alemania. Esto supone un mal logrado intento de adaptar las realidades nacionales de España y Alemania al siglo XVI cuando el sujeto de la acción histórica política en ese momento era el Imperio de los Habsburgo.

Otro ejemplo es el rey Alfonso III de Aragón, que coincide con Alfonso III de Asturias. Que a falta de reyes castellanos antes de la mitificada gesta de la reconquista se decidieran tomar como referencia los reyes asturianos (posteriormente continuaron con los de Castilla) para numerar los reyes españoles como en su día se hizo con los reyes godos es otro error que intenta adaptar realidad nacional a la existencia de unos reinos cristianos independientes sumergidos en juegos de poder medievales, que en su defecto son vistos como algo que tiene el final destino de ser unificado y por lo tanto se remonta su historia a los primeros reyes del territorio, aunque constituyeran un ente político-

Trabajar con fuentes escritas para el desarrollo del pensamiento histórico (Trabajo Fin de Máster). PARICIO ROYO, Javier (Dir.). Zaragoza: Universidad de Zaragoza, Facultad de Educación, pp. 16 y 17.

¹⁶⁵ Vid. GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, (2008). «Los mitos y la historia de España». En *Ciclo de conferencias la Guerra de la Independencia. La construcción del imaginario*. GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, (coord.). Fundación Juan March. Recuperado de >[<https://www.march.es/actos/22478/>]>[Consulta de 03/09/2020].

territorial diferente. Estos remiendos no constituyen más que un grave error de autopercepción histórico-identitaria que no son menores que los cometidos por Pericot u Ortega y Gasset que citábamos unas líneas atrás¹⁶⁶. Como estos, quienes consideran al emperador como reyes de España están retrotrayendo su visión del presente nacional al pasado tratando de adaptarlo, sin poder —o dependiendo del contexto, querer— ver que muchas de las realidades presentes no pueden ser adaptadas a determinados contextos históricos¹⁶⁷. Si seguimos empeñados en realizar una historia de las naciones, esta no puede ser anterior al siglo XIX. Lo anterior constituyen historias sobre política e identidades culturales en la que no existen sujetos históricos nacionales sino otro tipo de sujetos o entes político-administrativos que evidentemente tienen su repercusión en el presente y que pueden ser estudiados para tratar de dar respuesta a los interrogantes del mismo. En, este sentido debemos adoptar sujetos cambiantes como por ejemplo sería hablar de la dinastía de los Habsburgo en época moderna, de Ál-Andalus o Los Cinco Reinos en la Edad Media, o el catolicismo como sujeto de la acción histórica para ambas¹⁶⁸.

En resumen, una vez aproximados al problema nacional, no parece tan descabellada la apropiación del concepto por la corriente modernista. De hecho, se trata de una falsa acusación ya que fueron los intelectuales decimonónicos los que verdaderamente se apropiaron del concepto. En este sentido el modernismo lo único que hace es explicar cómo debido a esa creación del XIX vemos así las naciones. Prestar mayor atención a la deconstrucción de estos conceptos supondría una complejidad mayor que no cabría además en los currículos escolares actuales. Nos parece por tanto que no podemos calificar de simplista la teoría modernista o historicista. Quizás sí podrían denominarse como reduccionistas los resúmenes, simplificaciones y adaptaciones de la corriente modernista que se han realizado en determinados contextos, pero esto no es cuestión ya del modernismo. Por otra parte, es posible concluir este apartado afirmando que, salvo las matizaciones al modernismo realizadas por Tilly, Breuilly, Armstrong o Seton-Watson, no existe una oposición que pueda considerarse seria, ya que estas críticas tergiversan dos términos esenciales para el estudio del fenómeno: Estado y nación, de forma que se refieren al primero como «cualquier sistema de poder» y al segundo como «cualquier grupo con rasgos culturales o étnicos compartidos¹⁶⁹».

2.4. Criterios o variables de identificación nacional: una breve aproximación

Cultura y voluntad, dos modelos, dos definiciones de nacionalismo y no necesariamente independientes. Como señalábamos unas líneas atrás Renan pensaba que las naciones

¹⁶⁶ *Vid.* p. 8.

¹⁶⁷ HOBBSAWM, Eric, (1998) [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, p. 14.

¹⁶⁸ A diferencia de la nación, hacer uso del catolicismo como sujeto de la acción histórica sí permitiría un eje de continuidad prácticamente ininterrumpido. El problema es, como veremos, que a menudo política y religión (sobre todo en los siglos medievales y modernos) se encuentran fusionados en un mismo poder o poseen fines similares. Sería complicado realizar una historia del catolicismo en el problemático periodo de la reconquista sin dar protagonismo al poder político que decía luchar en defensa de la fe.

¹⁶⁹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 21.

deben explicarse por la «voluntad», un querer pertenecer a la nación que según añadió Kedourie, el Estado enseña a los ciudadanos a través del sistema educativo. Pero ambas definiciones de nación son insuficientes, es necesario un factor más, la invención. La cuestión es que, como también se ha señalado, existe un nacionalismo de tipo *cívico* y otro de tipo *étnico*, basado precisamente en esas dos definiciones. En este sentido, para el nacionalismo surgido de la Francia revolucionaria, por ejemplo, el carácter cultural no era importante para formar una nación, sino que bastaba con la mitificada «voluntad» del pueblo. Esto sirvió posteriormente a Napoleón para hacer y deshacer a su antojo las fronteras sin violar los 14 y puntos para la autodeterminación de los pueblos establecidos por Wilson, que a raíz de problemas como este tuvieron que ser modificados de forma que para formar una nación se basaron en la existencia de estados «históricos» como el francés, el inglés o el español, al que podría añadirse la invención de determinados principios étnico-culturales, como se ha señalado no a partir de la nada sino a partir de elementos culturales preexistentes. Otros nacionalismos han surgido sin embargo sin un estado previo ni un territorio histórico como es el caso de los alemanes dispersos entre las fronteras de Europa del Este que compartían una misma cultura. En cualquier caso, la búsqueda de criterios nacionales objetivos dio lugar a acalorados debates entre los intelectuales del siglo XIX, que obviaban el factor de la invención¹⁷⁰. La visión liberal se resumía en tres criterios: la «asociación histórica con un estado [...] con un pasado bastante largo y reciente [...] la existencia de una antigua élite cultural» y por último «una probada capacidad de conquista¹⁷¹». Atender únicamente a estos criterios supondría una visión sesgada de lo que constituyen las naciones por lo que la breve aproximación que aquí se presenta no constituye un repaso por los criterios considerados nacionales para tratar de esclarecer el origen de España, porque como ya hemos dicho existen otros factores. Se trata por tanto de aproximarnos brevemente a estos criterios en un diálogo con el criticismo.

Si podemos definir nacionalismo como «el intento de establecer una congruencia entre cultura y gobierno, de proveer a una cultura de su propio perímetro político [...]»¹⁷² ¿qué es entonces una cultura? Según Gellner es un concepto «escurridizo» para el que no cabe duda que existe un criterio clave para definirla, una vez más, «provisionalmente». Este criterio es el lenguaje, ya que «una diferencia de lenguaje trae aparejada una diferencia de cultura (aunque no necesariamente al contrario)¹⁷³». La palabra «intento» es fundamental, pues de otro modo se entendería que cada lengua puede desarrollar una cultura que se imponga al resto y acabe convirtiéndose en nacional, otro de los grandes problemas que surgieron de la teoría de Wilson. El surgimiento de unos nacionalismos implica por tanto una homogeneización cultural de un espacio más amplio que eclipsa gran parte de otras culturas de carácter local, aunque a menudo la cultura que trata de imponerse toma elementos de carácter local que facilitan su imposición. En este sentido Gellner habla de nacionalismos potenciales. Señala que existen múltiples posibilidades

¹⁷⁰ HOBBSBAWM, Eric, (1998) [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, p.29.

¹⁷¹ *Ib.*, pp. 46 y 47.

¹⁷² GELLNER, Ernest, (2001) [Ed. Original 1983]. *Op. Cit.*, p. 64.

¹⁷³ *Cit. Supra.*

de formar una nación a partir de una selección de elementos culturales u otros que permiten la creación de una determinado relato histórico y por tanto de una identidad. El desarrollo de unas implica la imposibilidad de formación de otras. Un ejemplo de actualidad es el nacionalismo catalán o vasco cuyos proyectos son incompatibles con el del nacionalismo español. La lengua es para el catalanismo un importante factor para la forja de una nación, a diferencia por ejemplo del nacionalismo escocés que pasa por alto la cuestión lingüística¹⁷⁴. Una historia en el imaginario común, el sometimiento a una misma forma de poder durante un tiempo prolongado en la historia o la uniformidad administrativa son otros factores a tener en cuenta para la existencia de naciones y nacionalismos, ya sean reales o potenciales. Veámoslo brevemente por separado.

Como se ha señalado, el factor lingüístico ha tenido mayor o menor peso en los nacionalismos —léase por ejemplo el caso italiano para el que una minoría elitista con suficiente influencia impuso su lengua. Según Anderson, a diferencia de los nacionalismos surgidos en el Nuevo Mundo entre 1820 y 1920, las «lenguas nacionales impresas» desempeñaron un importante papel en las antiguas monarquías, de forma que «el español y el inglés no fueron jamás un tema de controversia en las Américas revolucionarias¹⁷⁵». El factor lingüístico es importante para la alfabetización y extensión del sentimiento colectivo. También Hobsbawm señala que «donde existe una élite, por pequeño que sea el número de los que la usan, puede convertirse en un elemento importante de cohesión protonacional¹⁷⁶». En el caso español, la lengua y literatura castellanas han constituido un factor importante en la construcción de la identidad española, sin embargo, como las naciones modernas, el protonacionalismo desarrollado en la Edad Moderna forjado en torno a una lengua sacra o de origen político administrativo (en el caso del castellano, ambas) posee también un componente imaginativo, es decir que aunque actualmente la lengua nacional se nos presente como un criterio objetivo de identificación nacional, también respondió a una creación que, como diría Anderson, constituye una realidad imaginada porque un sentimiento colectivo con una amplitud mayor que la de una ciudad-Estado no puede sino ser imaginado a través de una cultura oral o escrita, ya que los miembros que se consideran pertenecientes a ese colectivo no se conocen entre sí, y es probable además que nunca lo hagan. Esto no implica, por supuesto, una falta de realidad.

Pero para comprender estas ideas debemos remontarnos unos siglos atrás y referirnos a la alfabetización y la educación como elementos indispensables para el desarrollo de una conciencia nacional, que solo fue posible a través de su universalización en las sociedades industriales de forma que, según Gellner, en las sociedades agrarias esto era básicamente imposible por la falta de medios¹⁷⁷. El desarrollo tecnológico y de las comunicaciones es en este sentido es fundamental para el surgimiento de una conciencia nacional. No significa esto sin embargo que no existieran otros mecanismos para plasmar la identidad de la élite con el pueblo, ya que también existieron otras herramientas como

¹⁷⁴ *Ib.*, p. 65.

¹⁷⁵ ANDERSON, Benedict, (1993). [Ed. Original. 1983]. *Op. Cit.*, p. 102.

¹⁷⁶ HOBBSAWM, Eric, (1998). [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, p. 68.

¹⁷⁷ GELLNER, Ernest, (2001) [Ed. Original 1983]. *Op. Cit.*, *Passim*.

símbolos secundarios de la vida cotidiana como por ejemplo la moneda, los sermones eclesiásticos, la tradición oral medieval como los poemas épicos o los cantares de gesta etc. En cualquier caso, el alcance de estos símbolos protonacionales no es comparable con los de una sociedad industrializada en lo que se refiere a lealtades y un sentimiento de pertenencia a un colectivo sobre todo de carácter político.

Según apunta Gellner, la humanidad puede dividirse en sociedades preagrarias, agrarias e industriales¹⁷⁸. Las sociedades preagrarias están conformadas por cazadores recolectores que no responden a unidades políticas más complejas que clanes o tribus y que por tanto no están en condiciones de conformar un Estado. En las sociedades agrarias, aunque pueda darse el caso de que no exista un Estado, ya se da esa opción¹⁷⁹. Un factor importante de las sociedades agrarias es el surgimiento de la alfabetización, aunque constituye un monopolio que pertenece exclusivamente a un estamento especializado que en la Europa cristiana viene representado por la clerecía. El hecho de que la alfabetización en la era agraria fuera tan solo patrimonio de unos pocos hizo que se dieran grandes diferencias entre «grandes y pequeñas tradiciones»¹⁸⁰. Se daban una serie de relaciones culturales de carácter horizontal entre estas clases alfabetizadas a las que también podían pertenecer estratos militares o mercantiles, y que compartían una cultura diferente a las de las «comunidades de productores separadas verticalmente entre sí», es decir que a pesar de poseer algunos rasgos comunes cada una desarrollaba elementos culturales propios de la comunidad en la que vivía¹⁸¹. Un claro ejemplo es el caso de poblaciones como la hispana bajo la monarquía de los Habsburgo que constituían micromundos sometidos a múltiples particularidades. Estas poblaciones locales a menudo hablaban lenguas vernáculas que habían derivado del latín, que como lengua sagrada era la única que se enseñaba¹⁸².

El latín, que se había impuesto como lengua para la liturgia y la administración en todo el imperio romano, se mantuvo en la Hispania Visigoda y fue la lengua utilizada por la clase letrada de la Europa cristiana a lo largo de toda la Edad Media peninsular. Pero la mayoría de campesinos y artesanos no sabían latín por lo que la homogeneización cultural que se dio en la Edad Media no era de carácter territorial, ya que ni el latín, ni el árabe, afirma Anderson, eran lenguas habladas por la mayoría de la población¹⁸³. Los señores territoriales a menudo bilingües actuaban de intermediarios entre las élites locales y la monarquía, pero es muy poco probable que Carlos de Habsburgo, por ejemplo, a pesar que hablaba varias lenguas pudiera haberse entendido con un aldeano, de entre los cientos de lenguas locales que se hablan en su imperio. Eso en el caso hipotético de que querer dirigirse a alguno que sería poco probable¹⁸⁴. La escritura y la lengua como

¹⁷⁸ *Ib.*, p. 17.

¹⁷⁹ *Ib.*, p. 18.

¹⁸⁰ *Ib.*, pp. 21-22.

¹⁸¹ *Ib.*, pp. 22 y 23.

¹⁸² ANDERSON, Benedict, (1993). [Ed. Original. 1983]. *Op. Cit.*, p.37.

¹⁸³ *Ib.*, p. 31.

¹⁸⁴ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2016). «Nación y nacionalismo en Ciencias Sociales». *Canal UNED*. Doctorado en Sociología. Departamento Sociología I. Recuperado de ><https://canal.uned.es/video/5a6f6c3bb1111f284d8b456f>>[Consulta de 3/09/2020].

creadora de un colectivo universal y por tanto nacional estaba supeditada al acceso de toda la población a esa cultura.

La escritura sagrada es según Anderson un buen mecanismo creador de cultura e identidades colectivas, ya que no solo transmite una lengua, sino una tradición. Pero el latín no podía desempeñar ya esa función porque estaba cayendo en desuso frente a las lenguas vernáculas. Las continuas rectificaciones lo relegaron a una lengua litúrgica que escapaba ya incluso a la realidad oral de la élite letrada. El capitalismo impreso y el auge editorial originó grandes beneficios que podían verse mermados por el declive del latín, de forma que comenzó a imprimirse biblias en lenguas vernáculas, aunque este fenómeno no es aplicable a la península Ibérica, al menos durante la Contrarreforma que impedía la traducción de las obras. El protestantismo, en busca de fieles tuvo según Anderson una importante repercusión al escribir sus versiones en la biblia. Con *The English Bible* se adhería una fe y una lengua propia a un Estado y a un pueblo.

Por otra parte, la monarquía hispánica precisaba de una lengua universal para homogeneizar la administración y establecer un sistema tributario. Para esto se tomó el castellano. Las comunidades autónomas sometidas a una unidad de poder mayor hablaban dialectos que podían diferenciarse de la ciudad o aldea de al lado e incluso hacerse irreconocible cuatro o cinco aldeas más allá. Además, según señala Hobsbawm el desarrollo de una lengua protonacional en las monarquías europeas se forjó a partir de uno de los tantos «dialectos» que se hablan en cada uno de los conjuntos político-territoriales, y que adquirieron tal categoría solo al imponerse una de las otras lenguas empleadas por una élite con mayor influencia que la de otro territorio, en este caso el Reino de Castilla. Esta idea lleva a Hobsbawm a definir Castilla como «uno de los primeros reinos europeos a los que se puede colocar la etiqueta de ‘estado-nación’ sin que ello indique una falta de realismo¹⁸⁵». En este sentido con la creación de la primera gramática de Nebrija y el peso de Castilla y sus posesiones en el conjunto de los reinos de la Monarquía Hispánica hicieron que paulatinamente se fuera imponiendo el castellano al resto de lenguas.

Con el auge del capitalismo impreso, ya no era únicamente un estamento especializado el que tenía acceso a la lectura. Las familias con cierto poder adquisitivo se convirtieron en el nuevo público lector, aunque todavía en 1840 Francia y Gran Bretaña¹⁸⁶, la mitad de la población estaba sin alfabetizar. El auge lexicográfico que se dio en el siglo XVIII dio lugar a la formación de Reales Academias como la Real Academia Española en o la Academia Rusa entre 1789 y 1794 que se basó en el modelo francés. Ambas representaban un triunfo de la lengua vernácula sobre el eslavo eclesiástico¹⁸⁷. Tras dos siglos de lucha «el latín había sido derrotado por el capitalismo impreso vernáculo¹⁸⁸». Posteriormente «el crecimiento general de la alfabetización, el comercio, la industria, las comunicaciones y las burocracias estatales que caracterizaron

¹⁸⁵ HOBBSBAWM, Eric, (1998). [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, p. 24.

¹⁸⁶ ANDERSON, Benedict, (1993). [Ed. Original. 1983]. *Op. Cit.*, pp. 113 y 114.

¹⁸⁷ *Ib.*, p. 110.

¹⁸⁸ *Ib.*, p. 116.

al siglo XIX crearon nuevos impulsos poderosos para la unificación de las lenguas vernáculas dentro de cada reino dinástico». Hasta 1840 el latín se mantuvo como «lengua de Estado» en el imperio Austro-Húngaro pero «ya no representaba la realidad de los negocios, las ciencias, la prensa o la literatura». Las lenguas se mezclaban y las lenguas vernáculas adquirirían cada vez mayor influencia en el Estado. «Así el inglés echó al gaélico de la mayor parte de Irlanda, el francés arrinconó al bretón, el castellano redujo el catalán a la marginación¹⁸⁹».

En definitiva. La importancia del factor lingüístico reside en que, como bien resume Anderson «la convergencia del capitalismo y la tecnología impresa en fatal diversidad del lenguaje humano hizo posible una nueva forma de comunidad imaginada, que en su morfología básica preparó el escenario para la nación moderna¹⁹⁰».

A estas alturas de nuestro discurso, otro factor que no puede pasar desapercibido como elemento de la identidad protonacional es el criterio religioso. Señalábamos como Kohn, Hayes o Anderson ya habían relacionado el nacionalismo con la religión a pesar de que el sentimiento nacional solo pudiera ser considerado contemporáneo. En el medievo ibérico, y en un momento de guerra contra los musulmanes, el colectivo de cristianos unidos en torno a la guerra contra el infiel también desarrolló una identidad colectiva —con diversos matices, ya que como veremos en el próximo capítulo las relaciones cristiano musulmanas no siempre fueron de enfrentamiento— que legitimaba su dominio del territorio peninsular a través del goticismo y la cristiandad ya desde el reinado de Alfonso III de Asturias; que se mantuvo vivo como ideología hasta el final del Reinado de los Reyes Católicos¹⁹¹ (con diversas intensidades en función de la cronología y el espacio geográfico del amplio territorio peninsular); que se adhirió con fuerza a la realidad de las élites modernas a través de la labor de cronistas e historiadores y el impulso de la Contrarreforma; y que fue interpretada durante mucho tiempo por los historiadores contemporáneos desde los inicios del liberalismo como si de una identidad española se tratase. Tanto la colectividad desarrollada en la península en la Edad Moderna como la desarrollada en la época medieval sobre la que se forja guardan una estrecha relación con la visión del Nuevo Testamento donde los hebreos se muestran como pueblo elegido por Dios. La influencia de las sagradas escrituras explica la existencia de una identidad religiosa asociada a un territorio y la percepción de los españoles (del *hispani*, entendidos como habitantes de la península Ibérica) como un pueblo elegido por Dios¹⁹². Este es el colectivo al que se refería Mariana y que fue aprovechado para la posterior construcción nacional en el siglo XIX, y también por el resto de monarquías europeas pues cada una, como pueblo, no como nación moderna, ya habían tenido propia «misión divina¹⁹³». En

¹⁸⁹ *Ib.*, pp. 116 y 117.

¹⁹⁰ *Ib.*, p. 75.

¹⁹¹ DE AYALA, Carlos, (2020). «¿Reconquista?». *La Historia de Cada Día*. [Recuperado de]><https://www.rtve.es/alacarta/audios/la-historia-de-cada-dia/historia-cada-dia-reconquista-18-01-20/5486126/>>[Consulta de 10/06/2020].

¹⁹² Vid. PIERRE BRONISCH, Alexander, (2006): *Reconquista y Guerra Santa: La concepción de la guerra en la España cristiana desde los visigodos hasta comienzos del siglo XII*. DIAGO HERNANDO, Máximo, (trad.) Granada: Universidad de Granada.

¹⁹³ Léase por ejemplo el caso de la Santa Rusia al que se refiere Hobsbawm. Vid. HOBSBAWM, Eric., (1998). [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, p. 76.

el caso inglés, el *Parlamento largo* en el ya citado enfrentamiento con Carlos I de Estuardo actuaba en nombre de «un colectivo etéreo» basado en elementos culturales preexistentes y forjados en este caso en torno al presbiterianismo, dando lugar a un sujeto nacional. He aquí la relación entre las colectividades basadas en la religión como las de Mariana y los nuevos sujetos colectivos ilustrados que terminaron convirtiéndose en sujetos nacionales ¹⁹⁴.

Directamente relacionado, junto a la lengua y la religión, la etnicidad es otro factor a considerar en la formación de los nacionalismos más radicales en los que los lazos de sangre y parentesco que ocupan un lugar central en el nacionalismo y que dieron lugar a regímenes como el nazi. Pero en el protonacionalismo el criterio étnico basado en la limpieza de sangre también se dio en los reinos de la Monarquía Hispánica, una cuestión importante, pues son bien conocidas las políticas inquisitoriales tras las expulsiones de los judíos y de los moriscos. Se trata en este sentido de una identificación étnico-religiosa, como es el caso del catolicismo ¹⁹⁵. En la forja del nacionalismo español la xenofobia y el rechazo al francés, fueron también, como señalábamos unas líneas atrás, un factor importante en la mal denominada Guerra de la Independencia, a la que nos referiremos en el próximo apartado.

El factor étnico en términos específicamente biológicos no es ajeno al nacionalismo. La negritud existe, tal y como expresa Hobsbawm ¹⁹⁶. También la supremacía blanca, pero, aunque esta última haya servido a la causa nacionalista en múltiples ocasiones, la etnicidad también responde a visiones del mundo marcadas por una cultura diferente. Este fue el caso por ejemplo una de las causas que degeneró en el antisemitismo del siglo XX, ya que se establecieron nuevas razas que no solo se basaban en la clásica división mundial en cinco razas. A los ojos almendrados o el color de la piel se añadían factores religiosos o lingüísticos. Hans Kohn en su división entre patriotismo étnico y cívico ya se refirió al primero como un grupo cultural independientemente de las características biológicas ¹⁹⁷. Esto explica que Álvarez Junco haya denominado como patriotismo étnico a la identidad cristiano-dinástica.

Otro de los criterios a tener en cuenta en la formación de naciones y nacionalismos que no puede pasar desapercibido es el espacio geográfico. Podría decirse que actualmente constituye el criterio por excelencia, pero una vez más su importancia dependerá del nacionalismo al que nos refiramos. Para el caso español, la cuestión territorial es bastante particular. Normalmente muchas de las divisiones de las formaciones políticas previas a la era de los nacionalismos no coincidían con las naciones. El hecho de que la península Ibérica constituya una unidad geográfica prácticamente independiente ha provocado el deseo del control de los monarcas cristianos. Como veremos unas líneas más adelante, las referencias a la nación de España son en este sentido de carácter territorial, de procedencia de un territorio que incluía el actual

¹⁹⁴ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, pp. 27 y 28.

¹⁹⁵ HOBSBAWM, Eric, (1998). [Ed. Original 1991] *Op. Cit.*, p. 78.

¹⁹⁶ *Ib.*, p. 76.

¹⁹⁷ *Ib.*, Pp. 73, 74, 75, 117 y 118.

Portugal¹⁹⁸. Atenderemos con más detalle la idea de España como concepto geográfico en el próximo apartado.

Por otra parte cabe referirse también a la reclamación de la soberanía de un determinado territorio por haber constituido este un Estado histórico, como sería el caso del nacionalismo catalán que a pesar de no haber constituido nunca una entidad político-administrativa independiente, basan esta legitimidad en un principio creado a partir de la tergiversación del relato histórico con fines políticos en la misma calidad que la historiografía española del siglo XIX retrotraía a orígenes remotos la nación española para legitimar su antigüedad. Hablamos de las referencias a la «Corona Catalano-aragonesa». También el caso vasco reclama un territorio no independiente. El constructo desarrollado por Sabino Arana contemplaba el derecho a la soberanía de los vascos de un territorio histórico, pero no independiente, pues la vinculación del nacionalismo vasco contemporáneo con los vascones antiguos reconocía el sometimiento del mal denominado «pueblo vasco» al poder del imperio romano gozando de cierta independencia, algo que también pareció haber sucedido con los godos y los sarracenos¹⁹⁹. Otro ejemplo de la legitimación de un territorio basado en criterios objetivos es el constructo realizado por el nacionalismo hebreo moderno, que basa la legitimidad de un territorio en función de las escrituras sagradas y unas peregrinaciones antiguas²⁰⁰.

Finalmente, la existencia de una «historia común» es otro de los criterios culturales por excelencia. Como se ha señalado la existencia de una historia común responde al despertar nacionalista del siglo XIX donde los historiadores establecían orígenes históricos muy remotos para la existencia de las naciones, lo que servía para legitimar los nuevos Estados. Además, el hecho de que unos historiadores se apoyen sobre las generaciones anteriores hace que la «historia común» constituya un criterio engañoso para atender al origen de las naciones²⁰¹. Veremos más adelante con más detalle como la historia, más que un criterio objetivo de identificación nacional, responde a menudo a intereses políticos, de forma que cuando hablamos de historias nacionales más que elaborarse una historia a partir de una cultura, son la historia —junto al arte o la literatura— los artífices de la misma.

Para terminar, es preciso señalar que, junto a los clásicos criterios culturales como la lengua, la religión, la etnicidad, la historia, o la existencia prolongada en el tiempo de un Estado, han existido otros criterios que se han tenido en cuenta a la hora de determinar la existencia de una nación como son el sentimiento de pertenencia a la misma, o la uniformidad administrativa. La cuestión es que, basándose en estos ingredientes, los estudiosos han ubicado los orígenes de España en un momento u otro dependiendo de la importancia que se le dé a una variable u a otra. En este sentido, García Cárcel se refiere

¹⁹⁸ ÁLVAREZ JUNCO, José, (coord.) (2013). «Las historias de España Visiones del pasado y construcción de identidad». *Historia de España*, FONTANA, J.; VILLARES, R., (Dir.), XII. Barcelona: Crítica-Marcial Pons, p. 6.

¹⁹⁹ ÁLVAREZ JUNCO, José (2017). *Op. Cit.*, p. 244.

²⁰⁰ HOBBSBAWM, Eric, (1998). [Ed. Original 1991]. *Op. Cit.*, p. 85.

²⁰¹ CASTRO, Américo, (1971) [Ed. Original: 1954]. *Op. Cit.*, p. 16.

a esta problemática en la introducción de una obra coordinada por el mismo, a saber, *La construcción de las historias de España* (2004):

Si, desde luego, maximizamos al Estado propio y común a todos los españoles como eje de la identidad española, el concepto no emerge hasta el siglo XVIII, tras la Nueva Planta de Felipe V. Si por el contrario, subrayamos como claves identitarias nacionales la definición de un territorio global y mantenido con estabilidad a lo largo del tiempo, tendríamos que situarnos en 1512 —con la anexión de Navarra como referencia estelar tras la conquista de Granada de 1492 y la unión territorial de las Coronas de Castilla y Aragón con el matrimonio de los Reyes Católicos—; si atendemos a la institucionalización de una lengua común de todos los españoles —el castellano identificado con el español—; entonces tenemos que situarnos en la primera mitad del siglo XVI, con la estela de los grandes elogios del castellano (Valdés, Viciano, Frías, Morales, Nebrija) como referentes; [...] situarnos a fines del siglo XVI para ver en Botero o Bodino los primeros ejercicios de contrastación nacional que tanto circularán en el siglo XVII [...]; si nos atenemos a la explicitación de una simbología asumida por todos los españoles, a la plasmación de una ideología nacional española; me temo que entonces el surgimiento de la nación española habría que retrasarlo al siglo XIX...²⁰²

No es posible deconstruir y desmitificar cada una de estas variables en su contexto y en relación con la herencia del siglo XIX. Por citar un ejemplo, nos referimos a la unión territorial de los reinos en época de los Reyes Católicos. Hablar de unión territorial es hablar de una aspiración de unión de un reino de España cuando a cada casa dinástica lo que le interesaba era anexionar cuantos más territorios mejor. Controlar toda la península Ibérica, era una de ellas en algunas ocasiones, pero no si atentaba contra otros intereses. Cabe destacar en este sentido la separación de los reinos con el segundo matrimonio de Fernando el Católico, que evidencia que la unidad de una hipotética España le daba igual porque no existía un sentimiento nacionalista. No se trata de aferrarse únicamente al criterio inventivo como se ha criticado, tampoco de ver cómo se van cumpliendo cada uno en «fases» (aunque existieron evidentemente unas fases en la forja y difusión del sentimiento nacional, pero no con una dilatación de siglos de diferencia). A la hora de historiar previamente a la era de los nacionalismos se deben identificar las diferentes lealtades, identidades y formas de administración política que han configurado cultural y geopolíticamente la actual nación española, sin por ello retrotraerla desde el presente o diseccionarla en fases demasiado remotas o extendidas en el tiempo.

2.5. De Hispania a España: la concepción geográfica del término y la adhesión de connotaciones religiosas, dinásticas y nacionales a lo largo de los siglos

De la misma manera que encontramos el término nación —ya sea en su versión castellana o en su variante latina *natio*— en la Antigüedad, la Edad Media o la modernidad, pero no significan lo mismo que en la contemporaneidad, podemos encontrarnos con el concepto

²⁰² Vid. GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (Coord.) (2004). *Op. Cit.*, p.14.

Hispania, Espanna, Espanya o España²⁰³, cuyo significado difiere al de España en su acepción contemporánea. Entendemos actualmente por España como una nación en su sentido moderno, es decir, como un grupo humano que posee o cree poseer una cultura común, asentado de forma prolongada sobre un territorio determinado sobre el que además considera posee derechos para ejercer el autogobierno²⁰⁴. La constitución gaditana citada en la introducción definía España como «la reunión de los españoles de ambos hemisferios» por lo que esta visión tampoco corresponde a la realidad actual, ya que incluye las posesiones coloniales del imperio. Según señala Juan Sisinio Pérez Garzón: «entre 1812 y 1978, sin embargo, las fronteras han cambiado tanto que ni la ‘nación española’, que *constituye* en sujeto de soberanía política, es la misma en una fecha que en otra, ni el subsiguiente nacionalismo que la sustenta se organiza con idénticos ingredientes²⁰⁵». José Antonio Maravall en *El concepto de España en la Edad Media* se refirió a las comunidades políticas como elementos dinámicos que varían continuamente, dando lugar a «una amplia sucesión de modelaciones diferentes». Esto sucede con el concepto de España y sus variantes, pero no, como veremos a continuación, con la nación española o un grupo de españoles como si hubieran existido desde siempre, portadores de una esencia que variaba únicamente en función del contexto de cada época. Las referencias previas a la era de los nacionalismos son en este sentido, como los habitantes de un conjunto territorial, independientemente de su identidad política o cultural.

Actualmente la nación española se caracteriza por poseer una democracia representativa y una monarquía parlamentaria como forma de gobierno, constituyendo dos de sus principales señas de identidad política. Estas son fruto por un lado de lo establecido por Francisco Franco antes de su muerte en 1975 que nombró a Juan Carlos I como su sucesor en la Jefatura del Estado —que actualmente recae sobre la figura de su hijo Felipe VI desde la abdicación en 2014 de su padre fruto de los escándalos de todo tipo que afectan al ahora rey emérito—, y por el otro los acuerdos llevados a cabo entre este último y la UCD, que pusieron fin a la dictadura, y que quedaron reflejados en la constitución de 1978. Además, en dicho documento quedó definido el carácter «plurinacional» del territorio, de forma que las 17 comunidades autónomas gozan de cierta autonomía respecto al gobierno central, sobre todo en lo referente al ámbito educativo y sanitario. Además, España forma parte de la Unión Europea desde el año 1986. La lengua oficial es el castellano y como lenguas cooficiales el catalán, el gallego y el vasco. Además, encontramos una amplia variedad de dialectos. Geográficamente, el restaurado Reino de España se sitúa en la actualidad al suroeste de Europa e integra la mayor parte de la península Ibérica, exceptuando algunas regiones como la fachada atlántica (salvo el macizo galaico) que alberga la nación portuguesa; al sur la región de Gibraltar, que pertenece al gobierno británico; y al este de los pirineos entre Francia y España la Ciudad Autónoma de Andorra, que constituye una entidad político-administrativa independiente. Además, la nación española integra dos conjuntos de

²⁰³ MARAVALL, José Antonio, (2013) [Ed. Original: 1954]. *Op. Cit.*, p. 60.; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 137.

²⁰⁴ *Ib.*, p. 46.

²⁰⁵ PÉREZ-GARZÓN, Juan Sisinio, (2001). «Los Mitos fundacionales y el tiempo de la unidad imaginada del nacionalismo español». *Historia Social*, 40, p. 8.

archipiélagos: el canario, situado frente a la costa noroeste del continente africano, y el balear, frente a la costa mediterránea en la región nororiental de la península. Finalmente, ubicadas en el norte de África a modo de Ciudades Autónomas dependientes del gobierno español se encuentran Ceuta y Melilla.

Como es menester del deconstruccionismo, para tratar de definir qué es España y cómo ha llegado a serlo, debemos atender al origen etimológico y evolución histórica del término. El término Romano *Hispania* fue en sus inicios —como el griego *Iberia*— de carácter exclusivamente geográfico²⁰⁶. Península Ibérica e *Hispania* son en este sentido sinónimos²⁰⁷. Existen diversas hipótesis sobre la etimología de la palabra en su versión latina, aunque la más aceptada es la versión fenicia. En 1674 el francés Samuel Bochart, basándose en un texto de Gayo Valerio Cátulo dedujo que en hebreo —lengua semítica emparentada con el fenicio— la palabra *Sphan* podría significar conejo, de forma que, según esta hipótesis los fenicios se referirían a la península Ibérica como «I-Span-ia» (isla de los conejos). Otra hipótesis es que la raíz fenicia *Span* signifique «oculto», suponiendo que los fenicios consideraran *Hispania* como un lugar remoto antes de la colonización. Menos aceptada es la hipótesis íbera, que desde principios de la Edad Moderna hasta al menos 1927 algunos autores —entre ellos Antonio de Nebrija— defendieron la teoría de que *Hispania* es una deformación de *Hispalis*, palabra de origen Íbero que significaría ciudad de occidente, y que, al ser la ciudad más importante, los fenicios y posteriormente los romanos denominarían *Hispania* a todo el conjunto peninsular. No obstante, Luis Cunchillos y José Ángel Zamora, tras barajar las diferentes hipótesis y realizar un estudio comparativo entre varias lenguas semitas han llegado a la conclusión de que el término *I-span-ya* – Según García Bellido *i-sephan-im*²⁰⁸— se refiere a «isla de los forjadores o forjas» de metales, hecho que estaría justificado por la intensa actividad metalúrgica de Tartessos, que precisamente atrajo la atención de los fenicios para su colonización²⁰⁹. Algunas teorías sobre el mitificado asentamiento de Tartessos afirman que, de existir previamente a la colonización fenicia, el despegue comercial de este no pudo haberse dado previamente²¹⁰. En cualquier caso, se trata de una cuestión sometida a debate.

Hasta la conquista romana de la península Ibérica, las referencias a la misma eran pues de carácter geográfico. Es común a todas las grandes identidades culturales a lo largo de la historia —también las identidades nacionales— la existencia de un centro de acción y una periferia. Hasta al menos la Segunda Guerra Púnica y la conquista romana, la península Ibérica constituyó un enclave de carácter periférico para la historia global, ya que los grandes centros culturales de la antigüedad se encontraban en el corazón del continente euroasiático: no existen testimonios de babilonios, sumerios o egipcios que visitaran la península. Lo harían más tarde fenicios, griegos, cartagineses y romanos.

²⁰⁶ VALDEÓN BARUQUE, Julio, (2006). *La Reconquista. El concepto de España: unidad y diversidad*. Madrid: Espasa-Calpe, pp. 23 y 25.

²⁰⁷ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001). *Op. Cit.*, p. 36.

²⁰⁸ ÁLVAREZ JUNCO, José, (Coord.) (2013). *Op. Cit.*, p. 6.

²⁰⁹ CUNCHILLOS, Luis, (2000). «Nueva etimología de la palabra *Hispania*». *Actas del IV Congreso internacional de estudios fenicios y púnicos*, Cádiz, Universidad, 1, pp. 217-225.

²¹⁰ *Vid.* GONZÁLEZ WAGNER, Carlos, (2014). *Tartessos entre el mito y la historia*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Iberia era considerada el *Finis Terrae*, lo que propició que se tomara como escenario de relatos mitológicos griegos como por ejemplo las aventuras de hércules y sus columnas²¹¹.

Por otra parte, la excentricidad de Hispania no significaba que esta careciera de habitantes. La identificación entre gentes y tierras era común en las historias naturales del pensamiento griego y, por tanto, una vez aparecido el Imperio en escena, la del pensamiento romano²¹². *Hispani* era un término que hacía referencia exclusiva a los habitantes de un territorio geográficamente homogéneo. Los primeros elogios a Hispania de autores no Hispanos son los de Trogo Pompeyo, Plinio, Pacato o Claudiano²¹³ aunque estas primeras alabanzas «tienen un carácter parcial y se refieren a cosas que se encuentran, se producen o proceden de España²¹⁴». Tal y como resume José Antonio Maravall, Prudencio, por ejemplo, definía a los hispanos como «gentes que ocupan la tierra de Iberia y la pertenencia a ella les es necesaria; pero que viven en ella de modo tal que se encuentran vinculados en una existencia colectiva²¹⁵». El carácter colectivo que se otorgaba a los *hispani* era en este sentido un primitivo sentimiento de otredad, porque lejos de formar una unidad, la población de la península previamente a la conquista romana estaba formada por tribus como celtas, vetones, carpetanos, turdetanos o iberos²¹⁶, y que, según Américo Castro «no tenían conciencia de formar una sociedad unida, coincidente con la extensión geográfica de la Península²¹⁷».

Respecto a estos primeros elogios es preciso señalar que a pesar de que la conquista romana otorgó un valor político a la península, esta nunca dejó de ser una provincia del Imperio Romano ni existió tampoco un sentimiento de pertenencia Hispana independiente²¹⁸. De hecho, la romanización de los pueblos previos a la conquista fue prácticamente total salvo en algunas poblaciones del norte, cuyo nivel de romanización se encuentra sometido a debate historiográfico. Fue en época de la monarquía goda cuando comienzan a encontrarse escritos en los que se realizan apologías del territorio y de las gentes que habitan en él; los *hispani*, aunque esta nueva acepción de la palabra Hispania que se refería ya a la monarquía goda y no a una provincia del imperio continúa siendo «sinónimo» de península Ibérica, ya que continúa integrando Portugal. No es posible pasar por alto en este sentido las laudes, obras apologéticas cuyo contenido precisamente estaba destinado a esa exaltación del territorio y sus gentes. Uno de los elogios más conocidos es *Laude Hispaniae* contenido en la *Historia de los Godos* de Isidoro de Híspalis²¹⁹. A diferencia de Prudencio, el elogio a un colectivo no es del

²¹¹ Vid. ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001c). «De Hispania a España». *La formación de la identidad Española* (Ciclo de conferencias Aula Abierta II). Fundación Juan March. [Recuperado de] ><https://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.aspx?p1=2535>>[Consulta de 10/09/2020].

²¹² MARAVALL, José Antonio, (2013) [Ed. Original, 1954]. *Op. Cit.*, p. 17.

²¹³ *Ib.*, p. 19.

²¹⁴ *Cit. Supra.*

²¹⁵ *Ib.*, p. 18.

²¹⁶ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p.138.

²¹⁷ CASTRO, Américo, (1971). [Ed. Original 1954]. *Op. Cit.*, p. 16.

²¹⁸ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Op. Cit.*, p. 138.

²¹⁹ Más conocido como San Isidoro, aunque Américo Castro lo denomina así, probablemente porque lo considera más acertado al no existir en ese momento Sevilla, sino la antigua ciudad romana de Híspalis.

carácter de las historias naturales. Isidoro toma colectivamente a los *hispani* —es decir, las gentes que habitan en Hispania y en este momento los godos— como un pueblo con valores y características comunes independientes del ya extinto Imperio Romano²²⁰. Según Álvarez Junco a su significado geográfico se le añadió otro de carácter étnico²²¹:

De todas las tierras que se extienden desde el occidente hasta la India, tú, sacra Hispania, eres la más bella, madre siempre feliz de príncipes y pueblos. Por derecho te corresponde ahora reinar sobre todas las provincias [...]. Tú eres el orgullo y el adorno del mundo, y la parte más ilustre de la tierra, en la que goza y florece espléndidamente la gloriosa fecundidad del pueblo godo. Con justicia te dotó la indulgente naturaleza tan abundantemente de todas las cosas creadas. Eres rica en frutos, copiosa en uvas, alegre en cosechas; te vistes de mieses, te sombras de olivos, te coronas de vides. Eres olorosa en tus campos, frondosa en tus montes, abundante en peces frente a tus costas. Te hayas situada en la región más grata del mundo: ni te abrasa el ardor tropical del sol ni languideces entre rigores glaciales, sino que, ceñida por la templanza zona del cielo, te alimentas de felices y blandos céfiros [...] Feracísima por tus caudalosos ríos, amarilleas en torrentes que arrastran pepitas de oro y engendras buenos caballos [...] Eres, además, rica en hijos, en piedras preciosas y púrpura, y fertilísima en talentos y regidores de imperios, y así eres tan dichosa al parir a tus príncipes como opulenta para adornarlos. Con razón hace tiempo que te codició la áurea Roma, cabeza de los pueblos. Mas aunque los victoriosos herederos de Rómulo fueran los primeros en desposarse contigo, al fin vino la floreciente nación de los godos, tras innumerables victorias en todo el orbe, y te raptó para amarte; y desde entonces, entre emblemas regios y abundantes tesoros, te goza en la feliz seguridad del imperio²²².

Como es bien sabido, los dos siglos que suceden a la incursión sarracena del 711 no destacan precisamente por ser abundantes en fuentes y las que poseemos tienen algunos problemas a los que más tarde nos referiremos. Interesa subrayar por ahora que ya en la *Crónica Mozárabe del 754* se incorporó el duelo o lamento por la pérdida de un territorio perdido. El texto isidoriano se reproduce casi con exactitud en la *Crónica Albeldense*²²³. Por otra parte, parece ser que las fuentes hebreas y árabes también se referían en términos geográficos relacionados con una ocupación política. Según recoge Valdeón de los trabajos del arabista Joaquín Vallvé, los musulmanes se referían a menudo a lo que había sido en el pasado el territorio de la Hispania romana²²⁴. Pero cada cultura disponía de una denominación de forma que los musulmanes se referían al territorio como al-Ándalus, tal y cómo parece desprenderse de la referencia del embajador Otón, que al ser recibido por Abderramán III expresaba «yo te saludo, oh rey de al-Ándalus al que los

Según señala Maravall también escribió un elogio más corto en sus *Etimologías*, pero al parecer es más interesante este por su vínculo con la monarquía goda y la inclusión del factor étnico. Vid. MARAVALL, José Antonio, (2013) [Ed. Original, 1954]. *Op. Cit.*, p. 21.

²²⁰ *Ib.*, p. 19.

²²¹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001). *Op. Cit.*, p 37.

²²² SAN ISIDORO ([619-624], 1975). *Las Historias de los Godos, Vándalos y Suevos de san Isidoro de Sevilla*. RODRÍGUEZ ALONSO, L. (ed.), Centro de Estudios e Investigación San Isidoro. Citado en *Ib.*, pp. 37 y 38.

²²³ MARAVALL, José Antonio, (2013) [Ed. Original, 1954]. *Op. Cit.*, p. 21.

²²⁴ VALDEÓN BARUQUE, Julio, (2006). *Op. Cit.*, pp. 50 y 51.

antiguos llamaban Hispania». Dichas palabras se pronunciaban en un momento en el que el Califato independiente de Córdoba controlaba en torno al 85% de la península²²⁵.

También la hebraísta Asunción Blasco demostró que la palabra «Sefard» se refería «al extremo más occidental del mundo conocido, es decir, la entidad geográfica formada por la península Ibérica y las islas Baleares». Esto conduce a Valdeón —y a buena parte del medievalismo hispánico—, a concluir que Hispania, al-Ándalus y Sefard son tres términos diferentes para denominar a la península Ibérica de forma que Hispania hacía referencia exclusiva a los cristianos²²⁶. La cuestión es que, como el propio autor advierte, «¿y la opinión del destacado historiador musulmán del siglo X al-Razi, quien identificaba a los andalusíes con los hispanos? Dicha opinión no deja de ser sorprendente²²⁷», afirma. Ahmad ibn Muhammad al-Razi (también conocido como «el moro rasis») en *Historia de los reyes de al-Ándalus* no tomaba una dinastía o varias como eje de la narración sino un emplazamiento geográfico, refiriéndose a Hispania o al-Ándalus como la península Ibérica. Incluso habla de los mitos de Noé, Hércules etc., las Guerras Púnicas, Viriato, Numancia y Sagunto, la presencia romana y visigoda y la conquista musulmana hasta culminar en el califato. Tal y como apunta Matesanz Gascón, puede considerarse la primera historia general de la península realizada en época califal como reforzamiento del poder, aunque según Álvarez Junco se trata de una identidad etnopatriótica que no se asocia con la soberanía colectiva²²⁸. En la parte cristiana, la identificación del concepto que realizan las fuentes parece reforzar la idea de Hispania como concepto geográfico heredada de la antigüedad, aunque el fuertemente arraigado ideal de reconquista, (sobre todo a partir del siglo XI) hizo que cada vez más se identificara el conjunto territorial de Hispania con el cristianismo y con la monarquía, dando lugar a lo que Maravall considera el concepto histórico de España. Américo Castro afirma que a partir del siglo VIII el término Hispania quedó consagrado para los cristianos del norte:

Cuando, en adelante, se hable de los españoles, habrá que entender bajo ese nombre una clase de gente que en el norte de Hispania, allá entre los siglos VIII y IX, comenzó por dotar de *dimensión político-social* su condición de creyentes cristianos [...] Desde Galicia hasta Aragón, la gente allí refugiada [...] se sintió ser ‘cristiana’, colectiva y bélicamente, antes que sueva, goda, cántabra o lo que fuera²²⁹.

En cuanto al origen del concepto español, Castro afirma a través de lo dispuesto por Paul Aebischer, que se trata de un provenenzalismo que fue además impuesto desde afuera y es la terminación en *-ol* lo que lo demuestra. Afirma que si hubiera sido «español» (castellano) hubiera sonado algo así como «españuelo». Además, el filólogo afirma que «para los españoles de la Edad Media, su unidad era mucho menos evidente que para sus vecinos extrapeninsulares», es decir, que para que se « sintiera la necesidad de un adjetivo español» eran necesarias relaciones comerciales, que eran muy ansiadas

²²⁵ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001c). *Op. Cit.*

²²⁶ *Cit. supra.*

²²⁷ *Ib.*, p. 51.

²²⁸ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2013). *Op. Cit.*, pp. 18 y 19.

²²⁹ CASTRO, Américo. (1971). [Ed. Original 1954]. *Op. Cit.*, pp. XX y XXI.

por los habitantes de la zona de Languedoc. «La razón de que ese ‘español’ se extendiera por las lenguas vecinas antes que en castellano, —afirma Castro— es que ‘España’ significaba la zona de la península ocupada por los moros²³⁰».

Según señala Maravall, aunque no en torno a España sino a sus reinos e identidades, encontramos algunos elogios en el siglo XII, como el de Castilla en el *Poema de Fernán González*, pero también el de Muntaner de Cataluña, el de Eiximenis de Valencia o el de Vagad en Aragón²³¹. Ya en el siglo XIII destaca el *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy, que dedica una parte a hablar de *De excellentia Hispaniae*, desde la ya asentada «lamentatio» como característica de los historiadores cristianos. En la segunda mitad del siglo XIII la *Primera Crónica General de España* atribuida a Alfonso X y utilizaba la expresión «España» «para aludir al territorio sobre el que gobernaron en el pasado los monarcas visigodos». También Jaime I el Conquistador afirma «Deus nos ha feyta tanta de gracia quens ha donat regne dins en mar, ço que anch rei d’Espanya no poch acabar». Este último se refiere además a Cataluña como «la pus honrada terra d’Espanya». A finales del siglo XIII Desclot afirmaba que «Yo són I chomte d’Espanya que apela hom lo chomte de Barcelona²³²».

En el siglo XIV abundan también las referencias, siendo destacable en primer lugar la localizada en la *Crónica de los veinte reyes*: «no fallamos ninguna cosa que de contar sea que a la estoria d’España pertenezca». A pesar de este uso continuado del concepto «España», Valdeón afirma que se trata de un término geográfico, algo que puede apreciarse también en esta misma crónica cuando se afirma que los Pirineos se encontraban «Entre España e Gascuña». Otro ejemplo es el de la *Crónica de 1344*, donde según Valdeón el término España es muy común para referirse a un territorio europeo. Dice esta crónica que «E éste fizo las fuertes alcaçabas en las villas de España [...] e éste fizo las nobles mezquitas de España; [...] e de lo que él mandó fazer, fixiéronlo los otros reyes en España». Pedro López de Ayala, en sus crónicas de los reyes castellano-leoneses afirma que el rey Rodrigo visigodo era «rey e señor de toda España». Otra crónica importante del siglo XIV es la del ya citado Ramón Muntaner: «Si aquest quatre reis que ell nomená d’Espanya, qui son una carn e una sang, se tenguessem ensems, pocdubtaren e prearen tot l’altre poder del mon». Según explica Valdeón Muntaner por *quatre reis* se refiere a Aragón, Castilla y León (unidos desde 1230) Navarra y Portugal. Estos reinos gozaban de plena independencia política pero lo que Muntaner quiere expresar es que, si se unieran, su fuerza difícilmente podría igualarse, lo que se ha interpretado como un ansiado deseo de unión. Volveremos a ello unas líneas más adelante. Significativa también para este siglo XIV es la *Crónica de San Juan de la Pena* que afirmaba lo siguiente: «Primis homo que se populavit in Spania vocatus fuit Túbal». Este mismo texto dice que Alfonso I el Batallador en el año 1110 «fuit vocatus imperator Ispaniae». Finalmente destaca la crónica del monarca aragonés Pedro el Ceremonioso «el qual intentaba conquistar tota Espanya». En un conflicto con el monarca Castellano-leonés Pedro I el Cruel, el maestre de la Orden Militar de Santiago le dijo a este último que «en

²³⁰ *Ib.*, p. 21.

²³¹ MARAVALL, José Antonio, (2013) [Ed. Original, 1954]. *Op. Cit.*, pp. 19 y 20.

²³² VALDEÓN BARUQUE, Julio, (2006). *Op. Cit.*, pp. 21, 22, 137 y 138.

este día vos venceréis al rey de Aragón y a sus huestes y seréis rey de Castilla y de Aragón, y, si place a Dios, después Emperador de España». En *El libro del Buen Amor* también se habla de España cuando dice por ejemplo «el caballo de Espanna, muy grand preçio vale» o el poema de Alfonso XI «Passó el cabo d'Espanna con la flota bien guissada²³³». Finalmente, por cerrar la lista añadiremos la referencia contenida en la traducción de Fernández de Hereida de la *Historia contra paganos, de Orosio* (1376-1396):

Esta es la taula o sumaria annotacion de los libros, rubricas et capitoles del libro que Paulo Orosio, de la nacion de Spannya, famoso poeta et ystorial, copilo a instancia et mandamiento del bienauenturado Sant Agostin, de todas las miserias del mundo aquellas que por la grandeza et graueza de natura merescieron seyer puestas en memoria²³⁴.

Las referencias *Reges o Imperator Hispaniae* también son reveladoras. Según señala Maravall en un documento hallado en Tudela que data del año 1125 aparece «regnate rege Adefonso in Ispania», en referencia a Alfonso I²³⁵. Otro tipo de referencias como «Rege in Hispania et In Cesaraugusta» son según Maravall una referencia al todo y la parte. Alfonso VI siempre encabezaba con su nombre «sub gratia Dei Hispanorum Princeps» y su nieto Alfonso VII como «Imperator Yspaniarum²³⁶». Fernando II fue denominado como «*Hispaniarum Rex*²³⁷». También Felipe II era identificado como «Philippues, Hispaniarum Princeps²³⁸». Lo que interesa subrayar es que para las corrientes primordialistas o perennialistas es una evidencia de la aspiración a un sentimiento de unidad nacional. Ni modernistas ni perenialistas niegan el carácter regionalista de este periodo, pero para estos últimos el deseo de unión que existía, aunque fuera en la mente de unos pocos, es suficiente para demostrar la existencia de una identidad nacional española²³⁹. La cuestión es que ese deseo de unión existía desde la *Crónica del 754* en torno al ideal de reconquista, e incluso ya se dio con los godos tras la conversión de Recaredo en el año 589. Autores como Antonio Domínguez Ortiz en el siglo XX vinculan todavía este momento como una fecha clave en la Historia de España y Lafuente en el XIX incluso lo califica como algo glorioso²⁴⁰. Existe una aspiración de unidad que es real, pero que no se trata de una aspiración de unidad de unos españoles en su sentido moderno, sino de unos cristianos en una monarquía cuyos historiadores legitiman su presente basando sus historias en orígenes muy remotos.

Con todo, las críticas al modernismo inciden en que la identidad española medieval en torno a la idea de emperador se centraba en tres ejes que eran monarquía, catolicismo y el territorio hispano²⁴¹ (aunque es necesario precisar que este territorio

²³³ *Ib.*, pp. 139, 148, 149, 150, 152, 153, 156, 157, 158 y 159.

²³⁴ FERNÁNDEZ DE HEREIDA, Juan, ([1376-1396, 2003]). *Traducción de la Historia contra paganos, de Orosio*. CACHO BLECUA, José Manuel., (ed.). Zaragoza: Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza. Vid. *REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. Corpus diacrónico del español*. <<http://www.rae.es>> [13-9-2020].

²³⁵ MARAVALL, José Antonio, (2013) [Ed. Original, 1954]. *Op. Cit.*, p. 73.

²³⁶ *Ib.*, p. 66.

²³⁷ *Ib.*, p. 74.

²³⁸ BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2009). *Op. Cit.*, p. 165.

²³⁹ *Ib.*, p. 157.

²⁴⁰ PÉREZ-GARZÓN, Juan Sisinio, (2001). *Op. Cit.*, *Passim*.

²⁴¹ *Ib.*, pp. 159 y 160.

estaba sumergido en un poder político más amplio, la monarquía de los Habsburgo). La cuestión es que los modernistas, sin negar este carácter identitario, como se ha señalado, denominan a esta identidad como etnopatriótica (protonacional en el caso de Hobsbawm) y no nacional. La principal diferencia radica en que para un perennialista o primordialista, patria y nación son sinónimos, de forma que la exaltación propia de estas identidades etnopatrióticas son concebidas como una única y continuada identidad nacional²⁴². Una cosa es defender el esencialismo —diría un perennialista/primordialista— y la otra negar una identidad simbólica, ya que «son a efectos prácticos incontables las referencias medievales a Hispania, progresivamente a España²⁴³». Realmente lo que sucede es, según señala Luis A. García Moreno, que se había producido «un desplazamiento lingüístico, [importante este aspecto] del ‘Reino de los Godos’ al ‘Reino de España’²⁴⁴». En este sentido, ya se ha incidido sobre las particularidades del lenguaje. Para el concepto de *España* resulta elocuente referirse a las conclusiones obtenidas por Américo Castro, que como filólogo e historiador afirma que:

no debemos creer que es español todo lo acaecido en la tierra llamada hoy España, ni italiano cuanto existió en la tierra de la antigua Italia. El pasado de un pueblo aparece como una continuidad ininterrumpida, dada en un espacio geográficamente estable. Como la escena de la historia nunca está desierta, el espectador cree ingenuamente que los actores siguen siendo los mismos. De ahí que se llamen españolas las pinturas de las Cuevas de Altamira, y se piense que fueron españoles Trajano, San Isidoro de Híspalis y Viriato, lo mismo que lo son Cervantes, Unamuno y los académicos de la lengua, definidores del sentido del vocablo «español»²⁴⁵.

Por otra parte, según ha señalado Cuart Moner, estos primeros historiadores desde Alonso de Cartagena hasta Juan de Mariana que hacían uso del título de *Rex, Reges o Imperator Hispaniae*, tuvieron algunos problemas de aceptación con Portugal a pesar de que el Papa ya había otorgado el título de *Rex Hispania* a Fernando el Católico. Es destacable en este sentido las afirmaciones de Sánchez de Arévalo en su *Compendiosa Historia* (h. 1470) en la que asigna la legitimidad del uso del título a los reyes de Castilla. sus argumentos probatorios reposaban, según afirma Cuart Moner,

en que los reyes de Castilla eran los más directos descendientes de los godos; que la Corona de Castilla ocupaba la mayor parte de lo que fue *Hispania*, pues seis de sus antiguas provincias obedecían en la actualidad a su rey y en derecho existía la disposición que decía ‘quien obtiene la mayor parte de alguna cosa puede rectamente ser llamado señor de esa cosa’²⁴⁶.

Teniendo en cuenta el determinismo geográfico de autores como Lafuente o Domínguez Ortiz —que consideraban la península Ibérica y por tanto España estaban destinadas a una unión final—, en las historias nacionalistas contemporáneas la cuestión

²⁴² *Ib.*, p. 157.

²⁴³ BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2010). *Op. Cit.*, pp. 82 y 83.

²⁴⁴ VALDEÓN BARUQUE, Julio, (2006). *Op. Cit.*, p. 30.

²⁴⁵ CASTRO, Américo, (1971). [Ed. Original 1954]. *Op. Cit.*, p. 11.

²⁴⁶ CUART MONER, Baltasar, (2004) «La larga marcha hacia las historias de España». *La construcción de las Historias de España. Op. Cit.*, pp. 67, 68 y 69.

portuguesa se ha llegado a interpretarse incluso, tal y como apunta Juan-Sisinio Pérez Garzón, como un «accidente histórico». Actualmente, nuestra imagen mental de la nación española a menudo se presta al conjunto de la península Ibérica, una cuestión en la que la cartografía tiene mucho que ver ya que somos el único país que integra a otra nación en los mapas²⁴⁷.

Continuando con la evolución del concepto geográfico y su relación política en cada momento histórico, para el siglo XVII, no puede pasarse por alto la referencia de Olivares a Felipe IV en su programa de unidad tributario y militar:

Tenga V. M. por el negocio más importante de su Monarquía, el hacerse Rey de España; quiero decir, Señor, que no se contente Vuestra Majestad con ser Rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, Conde de Barcelona, sino que trabaje y piense con consejo mudado y secreto, por reducir estos reinos de que se compone España, al estilo y leyes de Castilla sin ninguna diferencia, que si V. M. lo alcanza, será el príncipe más poderoso del mundo²⁴⁸.

La afirmación de Olivares pone de manifiesto la falta de unidad del momento, aunque es interpretada como el deseo de alcanzar la tan deseada unidad de España, que no es del todo falsa en tanto en cuanto el deseo de su control por parte del monarca y su primer ministro, pero no desde una perspectiva nacionalista. También, como se ha señalado, las referencias de Mariana —que, de hecho, tras no pocos problemas con la autoridad sirvió a Felipe IV como cronista real— se refirió en diversas ocasiones a la *nación española* en los términos señalados. Finalmente, con la monarquía Borbónica terminó de asociarse el concepto de «Reyes de España» en su versión castellana.

En resumen, la deconstrucción del concepto de España posee una dificultad añadida, y es que cada entidad política ha tratado de apropiarse del concepto geográfico y retrotraerlo a pasados remotos para legitimar su presente. Referencias a España, pues, existieron ya desde épocas muy remotas, pero como advirtió Américo Castro debemos tener en cuenta dos cuestiones. La primera que el significado era meramente geográfico, es decir, que no se refería a una unidad política ni a un conjunto humano con rasgos culturales o psicológicos que lo distinguieran de sus vecinos; se hablaba de Hispania como territorio —«clima o geografía de Hispania, ir o salir de Hispania»— pero no de los ‘hispanos’ como un pueblo diferente a otros ni de un ‘reino de Hispania’ que no existió en la prehistoria ni en la antigüedad clásica. Y la segunda cuestión a tener en cuenta según Castro, es que este término geográfico incluyó en todo momento lo que luego sería Portugal, es decir, «que no se refería a la actual España, sino a la Península Ibérica en su conjunto²⁴⁹». Cabe además una última cuestión a tener en cuenta según observó Marvall, y es que

²⁴⁷ PÉREZ-GARZÓN, Juan Sisinio, (2001). *Op. Cit.*, pp. 9 y 13.

²⁴⁸ CONDE DUQUE DE OLIVARES, ([1624], 2011). *El gran memorial. Copia de papeles que ha dado a Su Majestad el Conde Duque, gran canceller, sobre diferentes materias de gobierno de España*. Guillermo PÉREZ SARRIÓN (Ed.), [Recuperado de]>[www.guillermoperezsarrion.es]> [consulta de 07/01/2020].

²⁴⁹ CASTRO, Américo. (1971). [Ed. Original 1954]. *Op. Cit.*, p. 6.

No cabe duda de que esta distinción entre los conceptos geográfico e histórico de España es, de manera absolutamente rigurosa, insostenible. También la Geografía está hecha por hombres y se ocupa de tierras que son el ámbito en que grupos humanos viven. Pero cabe, con carácter auxiliar, instrumental, hacer esa diferenciación con el sentido que pretendemos. Y este sentido es el siguiente decimos concepto geográfico de España cuando se trata del de una tierra o espacio de modo tal que predomina en él un aspecto de extensión física, y decimos, en cambio, concepto histórico a aquel en que se contempla de manera inmediata el grupo de los que en él la habitan [...] la referencia geográfica se nos aparecerá de ordinario impregnada de sentimiento o contenido humano, cuya presencia trataremos de dilucidar²⁵⁰.

Así pues, resulta evidente que «el nombre de Hispania sobrevivió fonéticamente en el de España», cuyos significados tardaron en llegar a ser lo que hoy significa *España*. Como diría Américo Castro, los españoles son tan distintos de los *hispani* de Roma, —o de los *hispani* o españoles de los siglos medievales y modernos, podríamos añadir— como los toscanos de tiempo de Dante lo eran de los etruscos que vivían en Faesula, hoy Fiésole²⁵¹». Confunden el adjetivo *hispanus* con español²⁵²». Podemos concluir, por tanto, afirmando que «el mismo error de perspectiva que ha determinado el tomar por españoles a los celtíberos y a los hispano-romanos, llevó también a españolizar a los visigodos²⁵³», *a los reinos cristianos y la monarquía imperial*²⁵⁴.

2.6. La nación española como sujeto de la acción histórica

A modo de recapitulación, a lo largo del presente capítulo se ha tratado de deconstruir los términos nación y España, dado que, como se ha señalado, previamente a la llegada del nacionalismo su acepción variaba considerablemente, de forma que no podemos entender la nación española antes del siglo XIX. No significa esto sin embargo que las múltiples identidades étnicas que se han ido asentando a lo largo de la historia en lo que actualmente constituye el solar nacional no hayan tenido una repercusión en lo que hoy día son España y los españoles. Pero la deformación del pasado de las obras apologéticas de cronistas e historiadores de los siglos medievales y modernos, y, sobre todo, por los historiadores nacionalistas a partir de estas en el siglo XIX, hizo de las naciones algo cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos. En este sentido, tras los avances en las investigaciones modernistas o historicistas sobre el problema nacional —que como se ha expuesto consideraba que a los factores objetivos había que añadir un factor subjetivo y a ambos la cuestión de la invención— según señala Álvarez Junco se hace preciso realizar un relato

más diverso, menos subliminal y más cambiante... Que cada capítulo esté protagonizado por un sujeto diferente, uno por las tribus o clanes, otro por las religiones o sectas, otro

²⁵⁰ MARAVALL, José Antonio, (2013) [Ed. Original, 1954]. *Op. Cit.*, p.79.

²⁵¹ CASTRO, Américo. (1971) [Ed. Original 1954]. *Op. Cit.*, p. 21.

²⁵² *Ib.*, p. 24.

²⁵³ *Ib.*, p. 148.

²⁵⁴ La cursiva es nuestra.

por los estamentos, otro por las monarquías, otro por las naciones... Que la historia ha de cumplir una función cívica y que el marco ha de ser Europa o la humanidad... Ya que las enseñanzas de la historia no pueden ser ajenas a la transmisión de valores, enseñemos valores diversos, en lugar de afirmar obstinadamente las nuestras tradicionales y diminutas... Enseñemos no sólo sobre nosotros sino sobre los otros... El historiador debe distanciarse del relato y huir de la identificación con la nación... La historia que se escribe y enseña debe caracterizarse por la insistencia en el carácter fluido de las identidades colectivas y la estrecha relación de su significado con el contexto en el que se usan los términos...²⁵⁵.

A juicio de García Cárcel, más radical es en este aspecto Juan Sisinio Pérez-Garzón, «que deslegitima las historias nacionales inscribiéndolas inevitablemente en el terreno de la servidumbre al Estado, partiendo del supuesto de que la construcción de la memoria es inexorablemente política²⁵⁶».

²⁵⁵ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2004). «Introducción». *Op. Cit.*, p. 41.

²⁵⁶ *Cit. Supra*.

3. EL SUEÑO DE LA NACIÓN ETERNA. MITOS FUNDACIONALES SOBRE EL ORIGEN DE ESPAÑA

3.1. Hacia una definición de mito

Historia y mito, dos conceptos tan dispares y sin embargo no es tarea sencilla abordarlos por separado, sobre todo cuando nos encontramos en el terreno de las historias nacionales. A grandes rasgos, es tarea de ambos explicar acontecimientos del pasado, pero la principal diferencia radica en que mientras la historia sirve a la razón, el mito constituye un artefacto retórico al servicio de las emociones²⁵⁷. La distinción entre ambos no siempre es clara, de hecho, lo más común es que mito e historia se encuentren entremezclados, por lo que es tarea de esta última deconstruir los mitos.

En un interesante coloquio entre Juan Pablo Fusi y José Álvarez Junco titulado *¿Mitos o Historia?*²⁵⁸, Fusi define mito «casi etimológicamente» como «una narración o un relato fantástico, fabuloso, con valor religioso-metafórico, poblado de Dioses y de héroes. Es en cierto modo —afirma— una cosmogonía o explicación del mundo». Además, según este autor también entendemos como mito «un hecho, imagen o personaje glorificado o como un suceso fantástico o incluso inexistente pero que de alguna manera ha quedado en el recuerdo y la memoria de una sociedad». Álvarez Junco por su parte define mito como «un relato legendario sobre los orígenes de nuestra sociedad y que no necesita estar fundamentado en ninguna prueba documental». No hay ninguna prueba de que Túbal o Santiago, por ejemplo, llegaran alguna vez a la península Ibérica, se puede creer o no y eso es un mito. La historia, sin embargo, «quiere ser un relato verídico». Quiere ser, señala Álvarez Junco, porque la historia se encuentra muchas veces sujeta también a interpretaciones. Con todo, a pesar de no ser una ciencia en su definición empírica, si lo es en la medida en que es necesario hacer uso de la evidencia a la hora de historiar. A diferencia del mito, sin evidencia no hay historia. Según el antropólogo Mircea Eliade «el mito es un relato sobre los orígenes; sobre los orígenes del mundo, de los animales, de las plantas y del hombre. El mito es la tradición sagrada, revelación primordial, modelo ejemplar²⁵⁹». Ernest Cassirer afirma que el mito «no nace de los procesos intelectuales, sino de las más profundas emociones humanas, los mitos son creaciones fantásticas de la mente, pero sirven para canalizar impulsos y emociones difíciles de expresar de otra manera²⁶⁰». Carlos García Gual definió mito como «un relato

²⁵⁷ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2019). *El sueño de la nación Indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*. Barcelona: Ariel, p. 5.

²⁵⁸ FUSI, Juan Pablo y ÁLVAREZ JUNCO, José, (2019) «¿Mitos o Historia?». *La cuestión Palpitante*, Alfonso, I., (coord.). Fundación Juan March. [Recuperado de] <<https://www.march.es/videos/?p0=11735>> [Consulta de 20/09/2020].

²⁵⁹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2016). *Mito e Historia. El caso español*. Colegio Libre de Eméritos. Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=3nr6P6TmfV4>> [Consulta de 29/09/2020].

²⁶⁰ Cit. *Supra*.

tradicional que refiere la actuación memorable y ejemplar de unos personajes extraordinarios en un tiempo prestigioso y lejano²⁶¹». Finalmente, de entre las innumerables definiciones de mito hemos considerado interesante señalar la definición realizada por García Cárcel, que como Fusi lo define a través de un doble significado: por un lado «personajes, hechos o ideas con valor de referentes colectivos, emocionales y sentimentales, capaces de generar adhesiones globales, de constituirse en espejos de conductas, de despertar añoranzas o advocaciones en el presente» y «construcciones distorsionadas de la realidad, fruto de manipulaciones políticas y de instrumentalizaciones del más diverso signo»²⁶² por el otro.

Como se ha señalado, las crónicas redactadas en los siglos medievales y modernos estaban plagadas de mitos de procedencia bíblica o grecolatina y a los que se añadieron otros nuevos a través de los falsos cronicones. Pero las *Historias Nacionales* —a veces por tradición, otras por dejarse llevar por las pasiones románticas y la fuerte herencia esencialista de las fuentes precedentes—, mantuvieron muchos de ellos como Numancia y Sagunto o el de la Reconquista, que sirvieron para inventar otros como el valor nacional y la «histórica resistencia de los españoles» en la lucha contra el francés.

3.2. Una tipología de los mitos

Según señala García Cárcel en *La herencia del pasado: las memorias históricas de España* (2011) pueden diferenciarse tres tipos de mitos: en primer lugar, los mitos fundacionales «que dan cuerpo a los relatos primigenios sobre los orígenes²⁶³». Álvarez Junco considera su existencia como prácticamente una necesidad humana ante el desconocimiento de determinadas cuestiones. Saber quiénes somos y de dónde venimos es algo innato al hombre²⁶⁴. En segundo lugar, García Cárcel diferencia aquellos mitos que tratan de «explicar la evolución histórica en función de grandes paradigmas conceptuales²⁶⁵», es decir, los grandes problemas que plantea la historia. Uno de ellos es el problema de España que, según este autor, puede resumirse en dos perspectivas: por un lado, el cainismo, es decir, la percepción de los españoles como históricamente inmersos en guerras fratricidas (ya sean, conservadores o liberales, franquistas o republicanos, e incluso la retrotracción, cristianos viejos y nuevos o los conflictos internos de la monarquía goda). Por el otro, el problema de España entendido como la carencia de un hilo conductor en una historia nacional considerada eterna; la *España Invertebrada* de Ortega y Gasset²⁶⁶, y cuya única columna inalterable no es otra que la de un espacio físico homogéneo por naturaleza, como lo es el territorio peninsular.

²⁶¹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2011). «Historia y mitos. Saber sobre el pasado o cultivo de identidades». *Lección Inaugural Curso Académico 2011/2012*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, p. 4.

²⁶² GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2019). *Op. Cit.*, p. 14.

²⁶³ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2011). *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 41.

²⁶⁴ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2016) *Mito e Historia. El caso español. Op. Cit.*

²⁶⁵ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2011). *Op. Cit.*, p. 41.

²⁶⁶ *Ib.*, pp. 41 y 42.

Finalmente encontramos un tercer tipo de mitos, los mitos sentimentales y morales «que explican la historia en términos de premio o castigo: el sueño del Paraíso y la pesadilla del Infierno, el triunfo y la derrota, la gloria y el fracaso²⁶⁷». Trafalgar como gran derrota o la conquista de Granada como victoria son ejemplos de ello. Álvarez Junco lo considera una característica propia de todos los mitos cuyo objeto es la legitimación de cualquier entidad político-administrativa, también, evidentemente, las entidades nacionales. No solo con los mitos sentimentales y morales se desprenden héroes y mártires, el componente emocional es propio de todos los sistemas histórico-identitarios como demuestran las laudes y las historias nacionales. El problema de España por ejemplo está cargado de un fuerte componente emocional de lamento.

Dada su relación, para indagar y deconstruir los orígenes míticos de España centraremos en este sentido el eje de este capítulo en torno a la primera y la última de las catalogaciones de García Cárcel a través del ya citado esquema de «paraísos, caídas y redenciones», donde el «nacer», pero sobre todo el «renacer», la vuelta a la felicidad primigenia, es una constante en la historia de la humanidad y por supuesto lo es también en «las historias de España» ya sean nacionales o etnopatriótico-geográficas. Además, según señala Álvarez Junco, hasta en las épocas de mayor abundancia pueden encontrarse testimonios de la miseria presente frente a la felicidad pasada. La visión de una historia «melancólica», como un «purgatorio emocional» de la «España que no pudo ser», señala García Cárcel²⁶⁸. Pero este esquema se presta sobre todo a la legitimación de los nuevos sistemas políticos a través de la invención de la tradición como es el caso, por ejemplo, el *risorgimento* italiano, la *renaixença* catalana o la reconquista cristiana²⁶⁹. En palabras de Álvarez Junco: «el marco mítico del relato», donde el futuro será próspero, como lo fue el pasado, una vez soterradas las «malatías» propias de cada presente.

3.3. Grandes mitos fundacionales: Mitos de origen bíblico, indigenista, y/o greco-latino

3.3.1. Túbal, el primer hombre que vino a España

Como señalábamos en el capítulo anterior, el Antiguo Testamento ya hacía referencia al reparto de las gentes en diferentes tierras. Según el historiador judeo-romano Flavio Josefo, el quinto hijo de Jafet, Túbal, configuró una de las setenta y dos familias en las que según la tradición se había dividido el mundo como castigo según sus lenguas. La tierra sobre la que asentó fue Iberia y según transmitió San Jerónimo a Isidoro de Híspalis, Túbal fue considerado como padre de los *Iberi* o los *Hispani*. Se ha señalado también que el mito llegó al siglo XIX a través de la herencia-Isidoro-Mariana-Lafuente, aunque en el siglo XIX la Real Academia de la Historia encargó su desmitificación. Durante el reinado de los Reyes Católicos el gran inventor de leyendas Giovanni Nanni, más conocido como Annio de Viterbo, consolidó la leyenda en su *De primis temporabilis* (1498). Siguiendo

²⁶⁷ *Ib.*, p. 44.

²⁶⁸ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2011). *Op. Cit.*, p. 47.

²⁶⁹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001a). *Op. Cit.*, p. 192.

la tradición, iniciaba su obra refiriéndose a Túbal como el primer poblador de «España». En el siglo XVI se incrementó la obsesión por establecer unos orígenes indígenas. Florián de Ocampo en su *Crónica General de España* (1553) también inicia su obra de esta forma. La obra fue continuada en la misma línea por Ambrosio de Morales y reeditada en 1852 por Fernando Patox y Ferrer bajo el título *Las Glorias Nacionales*. Este último, en *Los Annales de España* —bajo el seudónimo de M. Ortiz de la Vega— comenzaba su relato hablando de la creación del mundo, de forma que «el primer español fue, pues Adán» y «la primera española se llamó Eva²⁷⁰».

El mito tubalista sirvió, como vemos, a la creación de no una, sino varias identidades en distintos momentos históricos que se funden como una en el relato nacional desarrollado en el siglo XIX, aunque en el caso de este mito fueran ya pocos los autores decimonónicos que se atrevían a incluirlo. Paralelamente a la creación de una identidad cristiano-dinástica con Castilla como centro, los vascocántabros reclamaban también unos orígenes remotos y no unos cualquiera. En 1564 Martínez de Zaldibia en su *Suma de las cosas cantábrias y guipuzcoanas* afirmó que el desembarco de Túbal se produjo en Cantabria y que este había enseñado a su pueblo el monoteísmo, la metalurgia y la lengua. Siguiendo la tesis de Martínez Zaldibia, a finales del reinado de Felipe II Esteban de Garibay, en *Los XL libros compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reynos de España* (1571) —considerada como la primera historia de la península Ibérica que no se refería exclusivamente a Castilla, sino que trató de abordar todos los reinos peninsulares (aunque a diferencia de Mariana no tratando de aportar una perspectiva homogénea sino de forma independiente)— consideró a los vascocántabros como los primeros españoles, ya que ubica a Túbal y su hijo Ibero en esta zona. Garibay habla de la hidalguía universal de los «vascos» por ser estos descendientes directos del patriarca Túbal, considerando además como Martínez Zaldibia la lengua *bascongada* como una de las setenta y dos surgidas tras la caída de Babel. Este derecho se habría obtenido supuestamente tras un pacto con Jaun Zuria tras la victoria en la batalla de Arrigorriaga, que supuestamente tuvo lugar en el siglo IX y que al parecer había enfrentado a leoneses o asturianos contra los vizcaínos. Se ha señalado ya la importancia de la obra de Mariana y su comienzo en referencia a Túbal por herencia isidoriana. La cuestión es que en la época de Mariana ya estaba emergiendo un carácter desmitificador de la historia. De hecho, recibió críticas por ello, además Cervantes acababa de publicar una serie de recomendaciones para diferenciar entre el relato histórico y el literario²⁷¹. Como veremos unas líneas más adelante, la profesora Mercedes García Arenal defiende la manipulación intencionada del relato histórico por parte de Mariana en referencia a los supuestos orígenes cristianos de «España».

²⁷⁰ *Ib.*, pp. 203, 206; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2011). *Op. Cit.*, p. 7; CUART MONER, Baltasar, (2004). *Op. Cit.*, pp. 110-113; GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, (2011). *Op. Cit.*, p. 134.

²⁷¹ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, (2011). *Op. Cit.*, p. 137, 140 y 141; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2011). *Op. Cit.*, pp. 7 y 8

3.3.2. Hércules y el rey Hispano o Hispalo

Otro de los grandes mitos fundacionales a destacar es el de Hércules, considerado como uno de los primeros «reyes de España». A pesar de que la trascendencia de este mito fue menor que la del mito tubalista y ya fue desechado en época de Mariana, el alcance que tiene el simbolismo de este mito es tal que todavía la heráldica del española hace gala de su influencia, de forma que presenta en su escudo las dos columnas legendarias. Según expresó la tradición mitológica griega, en el *Finis Terrae* el semidios hijo de Zeus venció a Gerión, hijo del rey ganadero Crisaor, a quién robó sus famosos bueyes. También sostuvo sobre sus hombros los cielos en ayuda a Atlas y cerró el mediterráneo en el Estrecho de Gibraltar con sus dos grandes columnas²⁷².

Una leyenda de héroes fundadores que quizás pueda pasar desapercibida en el presente es la leyenda del rey Hispalo o Hispano, cuyo nombre se consideró que dio origen a Hispania. La primera referencia encontrada es la de Trogo Pompeyo en su *Historiae Philippicae*, pero la leyenda fue transmitida por Isidoro de Híspalis y llegó a Jiménez de Rada, Alfonso X e incluso Esteban de Garibay. En la Edad Media se consideró al supuesto rey Hispalo o Hispano como sobrino de Hércules, considerado este último como el primer rey de España²⁷³. No hace falta decir que por España nos referimos a su acepción geográfica.

También el mito se presenta a finales del siglo XV de forma que Joan Margarit delimitaba así *Hispania*:

Hispania autem terminatur ab occidente Oceano mari et insula Gades, ad quam veniens Hercules fortissimas turres construxit, quas Gades appellavit. Terminatur autem ab Austro, Mediterraneo mari Herculeo et Balearico pelago; a Septentrione vero et oriente, Pyrenaeo monte [...] ²⁷⁴

La referencia a Margarit no solo no puede pasarse por alto en relación con la mitología de herencia grecolatina a la que hacemos referencia, sino que destaca ante todo porque constituye una evidencia más de que España era en ese momento un concepto geográfico con las adhesiones políticas (no aquí representadas) características de su propio presente. De hecho, la inclusión del original y la traducción refuerza la idea del problema filológico señalado por Castro.

3.3.3. La «heroica resistencia» de Sagunto y Numancia. ¿Gran gesta española o retrotracción del pasado identitario?

La búsqueda de orígenes remotos de carácter indigenista trascendió las leyendas bíblicas de forma que celtas e iberos también fueron considerados como el originario pueblo

²⁷² ÁLVAREZ JUNCO, José, (2011). *Op. Cit.*, p. 7.

²⁷³ *Cit. Supra*.

²⁷⁴ «España está delimitada desde el occidente por el océano y la isla de Cádiz, llegando a la cual Hércules construyó dos torres fortificadísimas a las que llamó Cádiz. También está limitada al sur por el mar mediterráneo, las columnas de Hércules y el mar balearico; por el norte y oriente, y por los montes pirineos [...]» CUART MONER, Baltasar, (2004). *Op. Cit.*, p. 66.

español. La fuente los consideraban españoles en su sentido nacional. El uso político de los celtas ha sido denunciado por el experto en la Edad de Hierro Gonzalo Ruíz Zapatero, que señala que no pocas naciones europeas asumieron el ambiguo concepto a una cultura propia en ese ejercicio de buscar unos orígenes remotísimos. Tal y cómo expone el autor, el caso más evidente es quizás el de Francia, que ante las necesidades identitarias del nacionalismo francés se buscaron vínculos étnicos comunes, estableciendo una continuidad con la antigüedad céltica. Este proceso fue posible gracias a la creación de instituciones con la fundación de academias y museos, como la Academia Céltica, fundada por Napoleón en 1805, pero también a través de la iconografía en las monedas, esculturas, obras literarias y sobre todo a través tergiversación del relato histórico en ámbito académico. Ruíz Zapatero apoya su argumento en la gran cantidad de libros de texto que comienzan con la frase «*Nos ancêtres les Gaulois*». Otro ejemplo expuesto por el autor respecto es el caso del partido de extrema derecha *Liga Norte* de Umberto Bossi, cuyos principios de legitimación política se basan en una «Italia céltica». En este sentido, durante la España decimonónica y posteriormente en la franquista se aplicaron esta misma política a través de la búsqueda de vínculos étnico-espirituales con los antiguos íberos. Además, según Ruíz Zapatero, en las últimas décadas el concepto celtíbero ha cobrado gran importancia en la creación de una identidad europea. La Comisión Europea hizo por reforzar esa identidad, por ejemplo, a través de una exposición realizada en Venecia en 1991 donde se presenta a los celtas como la «primera Europa» y donde se expuso un video que finalizaba con los doce yacimientos europeos que se relacionan con las doce estrellas de la bandera europea.

El mito indigenista por excelencia del nacionalismo español es sin duda Numancia y Sagunto. En el caso del sitio de Sagunto, este tuvo lugar en el contexto de la Segunda Guerra Púnica (218-201 a.C.). Aliada de Roma, la ciudad de Sagunto fue invadida en 218 a.C. en el contexto de la expansión iniciada en 237 a.C. por el general cartaginés Aníbal. El mito de Sagunto trascendió por la supuesta ferocidad guerrera de los saguntinos, motivo por el cual el asedio se prolongó durante ocho meses y los habitantes prefirieron suicidarse y quemar sus pertenencias antes que entregarse a los cartagineses. Pero para el relato tradicional Sagunto fue demasiado fiel a Roma. Numancia, sin embargo, era ejemplo de independencia, del rechazo a la dominación extranjera. El conflicto surgió a partir de unas disposiciones de Tiberio Sempronio Graco que el Senado romano consideró que habían sido violadas. Finalmente, Numancia fue destruida, de forma que según el mito los numantinos lucharon hasta la muerte²⁷⁵.

Resulta incluso bochornoso a día de hoy tener que mencionar que ni saguntinos ni numantinos eran españoles. Si a Viriato le hubieran preguntado si era español o luchaba por España no hubiera entendido la pregunta. No existía ningún vínculo que no fuera tribal, como mucho de alianzas entre algunas tribus. Pero a pesar de esta situación los historiadores decimonónicos se empeñaron en señalar a los celtíberos como los primeros españoles que resistían a los invasores como resistieron al invasor francés en la Guerra de la Independencia. Como resulta una constante en la construcción del relato nacional

²⁷⁵ CASTILLO, María José (2018). «Sagunto y Numancia como *exempla* históricos en la oratoria parlamentaria de la España liberal (1868-1939)». *Revista de historiografía*, 28, pp. 280-283.

español, no fue una invención decimonónica, sino que se limitaron a anexionarlo a su propio presente a través de la herencia historiográfica recibida. El relato ya fue narrado por escritores grecolatinos como Cicerón, Orosio, Polibio, Apiano o Livio entre otros. Este último afirma de los saguntinos que antes de aceptar las condiciones de rendición «reunieron en el foro todo el oro y plata del tesoro público y privado, y arrojándolo al fuego encendido con ese fin de prisa y corriendo, también ellos en su mayor parte se precipitaron en las llamas». Apiano relata cómo, en el contexto del cerco a los numantinos para agotar sus existencias refugiados tras las murallas de la ciudad, «comieron carne humana cocida, en primer lugar, la de aquellos que habían muerto y posteriormente los más fuertes causaron violencia a los más débiles²⁷⁶». No fue esta una imagen demasiado laureada, que sin negar su carácter bárbaro relacionaba con el valor y la ferocidad guerrera o al cainismo interno.

Como representante de las historias nacionales decimonónicas, en la obra de Lafuente celtas e iberos son considerados por el autor como los primeros españoles, de forma que la resistencia a la invasión de los romanos es presentada como una lucha con inferioridad numérica (algo muy común en mitología como veremos al referirnos al mito de Covadonga) y plagada de una heroicidad representada a través de la figura de Viriato y que se muestra como precedente de los caudillos populares de la Guerra de la Independencia. La romanización sirvió, según Lafuente, para atemperar el carácter de los españoles primigenios «fundiéndose con su individualismo y belicosidad». Gracias a la cultura romana surgieron según este relato grandes personajes como Séneca, Trajano, Adriano o Teodosio. Los españoles ya no eran solamente rudos guerreros como se quiso hacer ver a través de la Leyenda Negra; había también grandes hombres de letras. Pero fue en la zona norte, al considerarse que no fue romanizada, donde estaba la verdadera esencia de los españoles, lo para Lafuente explica que la reconquista se iniciara desde el norte. Patox y Ferrer difiere en algunas cuestiones de forma que se muestra más negativo con la conquista romana. No lo ve como Lafuente o Cavanilles, como algo positivo para «atemperar» el carácter español, sino que habla de «cautividad» frente a romanos²⁷⁷.

En un estudio realizado por la especialista en Historia Antigua María José Castillo en el contexto del proyecto de investigación *Antigüedad, nacionalismos e identidades en la historiografía occidental (1700-1900): los casos español, británico y argentino* dirigido por Antonio Duplá Ansuátegui, la profesora realiza un estudio de los discursos comprendidos entre 1868 y 1939 del que extrae la conclusión de que ambas ciudades son mencionadas en hasta cuarenta y un discursos. Dieciséis de ellos se produjeron durante el Sexenio Revolucionario, veinte durante la Restauración, cuatro bajo el reinado de Alfonso XII y uno bajo la Segunda República. Cabe señalar el discurso de Emilio Castelar pronunciado el 20 de abril de 1871 en el congreso como diputado por Lérida:

Vana empresa la de tratar de imponer cosa ninguna a esta nación que registra en su historia nombres como Sagunto y Numancia, y en sus recientes anales glorias como las de Bailén, Gerona y Zaragoza. El pueblo que perseveró denodado en rechazar toda extraña

²⁷⁶ Cit. *Supra*.

²⁷⁷ LÓPEZ VELA, Roberto (2004). *Op. Cit.*, pp. 212-215.

dominación, desde la cartaginesa, en remotos siglos, hasta la francesa en el presente, tiene ejecutoriada su independencia.

Tal y cómo resume Antonio Duplá en *El franquismo y el mundo Antiguo, una revisión historiográfica* (1998) a través de lo dispuesto por Pasamar y Peiró en *Los Orígenes de la profesión historiográfica española sobre la Prehistoria y la Antigüedad*, durante el primer franquismo, el aislamiento internacional impidió que los estudiosos de la antigüedad pudieran cotejar sus ideas con otros autores. De hecho, hasta los años sesenta no existía en las universidades la Historia Antigua como especialidad, un campo que era abordado desde la arqueología, la prehistoria o filología clásica. Cabe destacar como Estudiante de Numancia a Blas Taracena, de quien Pericot afirmaba que «le atraía con la doble fuerza del interés científico y patrio²⁷⁸». Basándose en el relato decimonónico, la cultura ibérica era vista como superior, de las que se ensalzaban sus leyes o su alfabeto en un relato que trataba de mostrar «su espíritu indómito e independiente, que le lleva a luchar contra todo invasor». Almagro Basch, por ejemplo, relacionaba directamente Tartessos con Andalucía²⁷⁹. En resumen, una vez más el uso político de la historia, en esta ocasión con el objeto de legitimar la dictadura.

3.3.4. ¿Reconquista o expansión de los reinos cristianos?

La realidad histórica de las relaciones cristiano-musulmanas en el medievo ibérico peninsular ha dado lugar a no pocos debates historiográficos. Es complicado hoy en día toparse con un historiador serio que defienda el valor nacional de la reconquista, entendiendo el proceso como la recuperación del solar patrio español arrebatado por la llegada de las tropas de Tariq y Musa en el 711, y que finalizó con la Conquista de Granada por los Reyes Católicos, y que supuso la recuperación del territorio tras ochocientos años de lucha, a manos de a quienes históricamente pertenecía²⁸⁰. Es común asociar la idea de reconquista a la recuperación de los valores medievales durante el franquismo y al uso político de la historia que llevó a cabo el régimen. Aunque es cierto que durante la dictadura se hizo apología de la resistencia y valor de los «españoles» frente a los musulmanes llegando a compararlo incluso con la Guerra Civil; el origen del mito en términos nacionales debe su origen a los intelectuales del siglo XIX. No significa esto sin embargo que constituya una innovación decimonónica. La idea de un territorio invadido por musulmanes puede encontrarse al menos desde mediados del siglo VIII en fuentes como la *Crónica mozárabe-bizantina del 741* o la *Crónica Mozárabe del 754*. Como con el concepto de España, no significa esto que debamos establecer un lazo directo con nuestro presente²⁸¹.

²⁷⁸ DUPLÁ, Antonio (1998). «El franquismo y el mundo Antiguo, una revisión historiográfica». *Lecturas de la historia: nueve reflexiones sobre historia de la historiografía*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, p. 170.

²⁷⁹ *Ib.*, p. 174.

²⁸⁰ GARCÍA FITZ, Francisco, (2009). «La Reconquista: un estado de la cuestión». *Clío & Crimen*, 6, pp. 144-145.

²⁸¹ MONTERO GUADILLA, José Luis, (1990). *La Reconquista que nunca existió*. Madrid: Bruño, p. 32.

Son tres los elementos utilizados para defender o refutar el proceso de reconquista: las referencias a la «pérdida de España» de las fuentes contemporáneas a los sucesos, la ruptura o continuidad política entre las poblaciones astures y los antiguos visigodos, y la idea de enfrentamiento o convivencia pacífica entre cristianos y musulmanes. Este último conduce a un nuevo debate sobre el valor político y religioso del conflicto. Reflexionar sobre estas tres ideas ayuda a ver en qué medida podemos hablar de reconquista al margen de la idea de nación, es decir, hasta qué punto los astures pudieron ser o pudieron considerarse herederos de los godos; si verdaderamente las relaciones entre ambas comunidades religiosas fueron continuamente de enfrentamiento o convivencia pacífica; y hasta qué punto es real el lamento por la pérdida de «España», aun refiriéndonos a esta en términos geográficos. No se trata por tanto de ver si el proceso de la reconquista puede denominarse como español en términos nacionales, ya que, como se ha expresado, el presente trabajo asume como referente el historicismo historiográfico. En este sentido creemos una «pérdida de tiempo» analizar actualmente estas tres variables que aquí proponemos si el objeto de la investigación es demostrar o no la españolidad del proceso. Existen, como hemos podido observar anteriormente, razones de peso que impiden catalogar España como nación en estos momentos. No queremos sin embargo obviar unas premisas a las que algunos estudiosos continúan aferrándose, pero sobre todo personas con cierta responsabilidad política o docente²⁸². Sin poder extendernos demasiado (teniendo en cuenta el contexto académico en el que se desarrolla el presente trabajo y la propia dinámica y extensión del mismo) creemos necesario sin embargo referirnos brevemente a estas reflexiones que, durante mucho tiempo, consideramos han desviado la atención de factores de mayor importancia para entender el problema nacional, aunque también es preciso reconocer la gran aportación de estos estudios, como evidencia para refutar los orígenes de España en época medieval.

Atendiendo en primer lugar a la idea de la «pérdida de España», no dedicaremos especial atención al hecho de que las fuentes se refirieran a España, porque ya se ha señalado que estas connotaciones responden sobre todo a una percepción geográfica. Además, dado que las fuentes cristianas están en latín, lo que verdaderamente puede leerse es *Hispania*, y tampoco se refiere a la Hispania romana ni visigoda, ya extintas. Es pues, como se ha insistido, una referencia a un territorio homogéneo. Otra cuestión es que la nueva realidad política surgida tras la llegada de los sarracenos y la caída de la monarquía visigoda algunos cristianos consideraran legítimo ostentar la propiedad del territorio que anteriormente había sido cristiano. Puede intuirse ya en este sentido hacia donde se orienta la perspectiva nacional-católica que asume el proceso como español en términos modernos.

²⁸² Sin poder extendernos demasiado, es evidente el uso metafórico que hace la extrema derecha actual de la reconquista, y que recuerda a los paralelismos llevados a cabo en 1808, a los que por cierto también se refieren como lucha para librar a España de sus enemigos. Primero moros, luego franceses y ahora, «social-comunistas». En el ámbito docente son muchos los profesores y profesoras que todavía tienen en su ADN el relato canónico. Solo recientemente se han podido observar actualizaciones de manuales que se refieren al proceso con distancia y no como asimilación propia. Ejemplo de ello es la editorial Vicens Vives para *Historia de España* de segundo de Bachillerato.

En cuanto a la idea de ruptura o continuidad política entre visigodos y astures, resulta imprescindible atender al exhaustivo análisis comparativo de fuentes altomedievales realizado por el profesor Alexandre Pierre Bronish en su obra *Reconquista y Guerra Santa. La concepción de la guerra en la España cristiana desde los visigodos hasta comienzos del siglo XII* (2006) y en particular la interpretación de la guerra en las fuentes asturianas. A través del análisis del testamento de Alfonso II de Asturias se aprecia claramente la palabra *recuperatio*, es decir, recuperación:

Clementis tue dono ita iustifices iustifices, ut cunti, qui hic operantes ad recuperationem domus tue obedientes extiterun, suorum ómnium abolitione excipiant peccatorum, quatenus et hic exclusiva fame, peste, morbo et gladio defensi clípeo protectionis tue felices se ese gaudeant et futuro in seculo feliciores cum angelis celestia regna possideant²⁸³

No se trata de una referencia aislada, sino que hay más ejemplos: «hic operantes ad recuperationem domus tue²⁸⁴». Alfonso II quería recuperar por tanto el *domus* siendo probable que se refiriera a la iglesia construida por su padre Fruela I (757-768) que los sarracenos habían destruido en una expedición en 794. Pierre Bronisch afirma que quizás *recuperationem* se refiera a la recuperación geográfica, no obstante, *domus* en el antiguo testamento se refiere a templo del señor. En las fuentes visigodas *ecclesia* suele ser iglesia (edificio) y *domus* institución. ¿Estaba Alfonso II reclamando la recuperación de las antiguas instituciones visigodas? Muy probablemente. ¿Justifica esto el concepto de reconquista basada en lazos de parentesco? Probablemente no. Una cosa era que Alfonso II quisiera la restauración del reino de los godos, y otra muy diferente que existiera un vínculo real entre astures y godos. Esta tesis fue defendida por Sánchez Albornoz frente al rechazo de Américo Castro.

Esta idea parece ser a día de hoy fácilmente rebatible con la frase «christianorum asturumque gentem²⁸⁵» del testamento que muestra una clara diferenciación entre godos y astures. Ésta se ha interpretado como la toma de conciencia de las poblaciones norteafricanas sobre su situación de astures y cristianos. Abilio Barbero y Marcelo Vigil partieron de la idea de una resistencia independiente, y no inspirada por tradiciones visigodas del pueblo de los astures y los cántabros, quienes ya habían hecho frente con éxito al dominio de los godos²⁸⁶. Normalmente las fuentes se refieren a astures a secas. No obstante, Pierre Bronisch se pregunta si con astures y cristianos se refiere a la unión entre godos y astures o simplemente se refiere a astures cristianos. Es poco probable, afirma, porque unas líneas atrás Alfonso nombra a los godos como tales, lo que no deja duda de que son percibidos por Alfonso II como un pueblo diferente al suyo. La existencia de astures cristianos y no cristianos es poco probable, ya que la región en torno a Cangas Onís (donde tuvo lugar la sublevación de Pelayo) estaba muy cristianizada. Julia Montenegro y Arcadio del Castillo

²⁸³ «Ojalá que, por virtud de tu clemencia, dispongas que todos los que obedientemente han colaborado en la recuperación de tu iglesia, mediante el perdón de todos sus pecados, sean admitidos por Ti, para que también en este mundo puedan considerarse felices, libres de hambre, la enfermedad y la guerra, guardados por el escudo de tu protección, y después posean, más felices aún, el reino celestial junto con los ángeles». PIERRE BRONISCH, Alexander, (2006). *Op. Cit.*, p. 167.

²⁸⁴ *Ib.*, p.165.

²⁸⁵ *Ib.*, p. 169.

²⁸⁶ *Ib.*, p.170.

defienden que en el momento de la invasión musulmana el mundo astur ya se encontraba asimilado al visigodo, aunque como es común en este periodo, nos encontramos en un terreno pantanoso plagado de ambigüedades y falsificaciones. Pérez de Urbel también habla de la mezcla de godos y astures. Sea como fuere, es complicado conocer con precisión los hechos, no obstante, tal y como concluye Américo Castro, «aquella misma alentadora aspiración de querer ser como los godos revelaba que los españoles de la Edad Media no lo eran; ni tampoco era goda ya la tierra que iban reconquistando y repoblando²⁸⁷».

Por otra parte, aunque no es posible adentrarnos en la problemática de las crónicas altomedievales, cabe señalar a través de lo dispuesto por Montero Guadilla que se aprecia el esfuerzo de los cronistas por establecer vínculos entre los godos, la mitológica figura de Pelayo y Alfonso I. En el relato de la versión ovetense de la *Crónica de Alfonso III*, se dice que Alfonso I se casó con la hija de Pelayo Ermesinda. «Mal negocio debió realizar Ermesinda al casar con un hombre que ya daba guerra en el reinado de Égica, allá por los últimos años del siglo VII y que, por tanto, debía estar con un pie en la tumba cuando se convirtió en monarca de los astures», bromea Montero Guadilla, comparando esta reflexión con la imagen de gran guerrero que ofrece la crónica en esos momentos. Es legítimo en este sentido desconfiar de las crónicas. Todo quedaba en familia²⁸⁸.

En cuanto a la idea de enfrentamiento y convivencia, tradicionalmente se ha considerado que hasta la llegada del islam radical con las invasiones de Almorávides o Almohades las relaciones entre ambas comunidades religiosas fueron de coexistencia pacífica. Bajo esta perspectiva podría hablarse de reconquista solo a partir del siglo XI. Esta teoría ha sido rechazada por algunos autores que, basándose en las crónicas de periodo de la llegada de los musulmanes defienden el rechazo a los sarracenos por las poblaciones norteañas. Un ejemplo de ello es la *Missa ómnium tribulantium* recogida en el *Liber Ordinum Sacerdotal*

suplicamos remedio para nuestros crímenes, y Te rogamos que concedas a los infieles la verdadera fe; te suplicamos que, o bien son convertidos y viven o son abatidos para que no puedan seguir alegrándose más de nuestra ruina. Atiende clemente y misericordioso, oh señor, a los que te suplicamos Enmiéndonos señor, con misericordia y no con ira, para que los paganos no digan: ¿Dónde está vuestro Dios?, y continúen haciendo temblar los corazones de los débiles. Ya es suficiente, Oh Señor, lo que se atribuyen aquellos que se ufanan de su propia fuerza y, continúen haciendo temblar los corazones de los débiles. Ya es suficiente, Oh Señor, lo que se atribuyen aquellos que se ufanan de su propia fuerza y, llenos de arrogancia, desprecian los misterios de la fe [...]. Para que la congregación de tus fieles, que hasta ahora se encuentra gravemente oprimida por el duro yugo, se alegre, una vez completamente liberada del peligro, y te alabe, oh Dios [...]²⁸⁹.

En las primeras fuentes encontramos referencias a una situación de opresión, de paganos, aunque no se especifica que se trate de los sarracenos. Existen dudas sobre la datación exacta de estas fuentes que a menudo se han datado en función de similitudes

²⁸⁷ CASTRO, Américo, (1971). [Ed. Original. 1954]. *Op. Cit.*, p. 163.

²⁸⁸ MONTERO GUADILLA, José Luis, (1990). *Op. Cit.*, p. 61.

²⁸⁹ Liber Ordinum, col 345:3-10, Citado en PIERRE BRONISCH, Alexander, (2006). *Op. Cit.*, p. 155.

con otras fuentes contemporáneas. El problema es que, atendiendo a la influencia de los modelos veterotestamentarios en las crónicas, este criterio presenta algunas dudas. Existen en este sentido múltiples textos bíblicos que se refieren a enemigos paganos, y a una situación de opresión como castigo de dios por los pecados. Ejemplo de ello es el libro de Judith y los Macabeos que según Pierre Bronsch podría constituir el modelo para el relato de la batalla de Covadonga contenido en la versión rotense de la *Crónica de Alfonso III*, una conclusión que alcanza comparando ambos textos con la *Missa de Hostibus*. Es común en estos relatos un gran ejército de enemigos paganos frente a un pequeño número de cristianos que con su fe y la ayuda de dios terminaban venciendo gloriosamente en una barranco o paso estrecho. Álvarez Junco se ha referido también a las relaciones entre estos relatos y la batalla de las Termópilas y la resistencia espartana como modelo.

Frente a la idea de la guerra y enfrentamiento entre ambas comunidades religiosas, en el extremo opuesto se encuentran los que defienden la idea de convivencia pacífica, que parece verse apoyada en tratados de capitulación como el *Pacto de Tudmir*. Tal y como narra siglos más tarde el historiador musulmán Ibn Idari, aparentemente se produce una entrega del poder sin ningún tipo de objeción:

En el nombre de Dios, el clemente, el Misericordioso Edicto de ‘Abd Al’azid ibn Musa ibn Nusair a TudmirAbdush (Teodorimo, hijo de los godos). Este último obtiene la paz y recibe la promesa, bajo la garantía de Dios y su Profeta, de que su situación y la de su pueblo no se alterará; de que sus súbditos no serán muertos, ni hechos prisioneros, ni separados de sus esposas e hijos; de que no se les impedirá la práctica de su religión, u de que sus iglesias no serán quemadas ni desposeídas de los objetos de culto que hay en ellas; todo ello mientras satisfaga las obligaciones que les imponemos [...] ²⁹⁰

Las noticias de este documento, junto con otros tratados de capitulación a los que posteriormente nos referiremos, ha servido a no pocos estudiosos —entre los que destaca Ladero Quesada²⁹¹— para concluir que las relaciones entre ambas comunidades religiosas no siempre fueron de enfrentamiento bélico, sino todo lo contrario, de cooperación y coexistencia pacífica. Luis Molina, sin embargo, se refiere al pacto como una medida necesaria para la conquista ya que, según este autor, Teodorimo se hizo fuerte tras las murallas de Orihuela imposibilitando a los musulmanes la obtención del territorio de otra forma que no fuera la capitulación²⁹². Eduardo Manzano, sin embargo, interpreta esta idea como una adaptación «que ha permitido al nacionalismo andaluz engancharse a la idea de la llegada pacífica de la arabidad y del islam para conformar la esencia del pueblo andaluz²⁹³» Según Manzano, el proceso de conquista fue mixto, es decir, algunas regiones

²⁹⁰ IBN IDARÍ, ([c. 1312, 1993]). «Kitab albayán almugrib fi ajbar muluk alandalus walmagrib», *La caída del califato de Córdoba y los reyes de taifas*, MAÍLLO SALGADO, Felipe (trad.), Salamanca.

²⁹¹ LADERO QUESADA, Miguel Ángel, (1989). *Granada, Historia de un país islámico (1232-1571)*, Madrid: Cremos, *Passim*.

²⁹² MOLINA, Luis, (1998). «Un relato de la conquista de al-Andalus». *Al-Qantara*, 19, pp. 39-65; MOLINA, Luis, (1999). «Los itinerarios de la conquista: el relato de ʿArīb», *Al-Qantara*, 20, pp. 27-45.

²⁹³ MANZANO MORENO, Eduardo, (1999). «Las fuentes árabes sobre la conquista de al-Andalus: una nueva interpretación», *Hispania*, 49/2, 202, p. 313. *Vid.* MANZANO MORENO, Eduardo, (2011). «Algunas reflexiones sobre el 711», *Awraq*, 3, pp. 3-20; MANZANO MORENO, Eduardo, (2014). «De cómo los árabes realmente invadieron Hispania». *Al-Qantara*, 35/1, pp. 311-319.

fueron tomadas a través de tratados de capitulación, mientras que en otras se hizo uso de la intervención armada. La prueba que Manzano aporta al respecto —a través de lo dispuesto por García Sanjuan— viene dada por una afirmación del cadí Iyad, con relación a una consulta jurídica realizada a Abd al-Malik b. Habib Malik en la que demandaba la posibilidad de vender las iglesias y otros bienes de las nuevas tierras conquistadas. En dicho documento Malik afirma que es posible la venta de aquellos bienes que se encuentren en territorios conquistados por la fuerza, pero no en aquellos firmados a través de tratados de capitulación como el de Teodorimo²⁹⁴.

De cualquier modo, la falta de fuentes en este período dificulta estimar hasta qué punto se cumplieron estas disposiciones. Es por este motivo por lo que resulta elocuente referirse brevemente al tratado de capitulación por la entrega de Granada, firmado el 25 de noviembre de 1491 entre los Reyes Católicos y Abu Abdallah Mohammed —más conocido como Boabdil el Chico, del que sí conocemos su desenlace:

Item. sus altezas y sus sucesores para siempre jamás dejarán vivir al rey Abí Abdilehi y á sus alcaides [...] caudillos y hombres buenos [...] en su ley, y no les consentirán tocar sus mezquitas, ni sus torres [...]²⁹⁵.

Siguiendo la línea de pensamiento de Ladero Quesada, mudéjares, moriscos, mozárabes y muladíes son la prueba de siglos de convivencia pacífica entre ambas culturas. Esta teoría es apoyada por Luis Suárez Fernández que habla de la «generosidad de los Reyes Católicos en los tratados de capitulación²⁹⁶». Otros autores como Antonio Luis Cortés Peña señalan que este suceso se relacionaría más con una estrategia política, para una conquista rápida del territorio. A la teoría de Cortés Peña no le faltaba razón si tenemos en cuenta que, una vez tomado el poder en Granada, las libertades religiosas no se respetaron ocasionando revueltas y conflictos sociales como la de las Alpujarras, que terminaron materializándose en la conversión forzosa, y finalmente en el Edicto de Expulsión de los moriscos en 1609²⁹⁷. De cualquier modo, desconocemos si en el 711 se cumplieron o no las disposiciones. Además, resulta elocuente señalar el enorme paralelismo existente entre los dos tratados aquí expuestos, aunque se dieron muchos otros como los de la capitulación de Tudela o Tortosa²⁹⁸, que se prestan igualmente a estas características y sobre los que no es posible incidir aquí. Dichos documentos son una muestra de la influencia jurídica musulmana en los cristianos, que aplicaron la misma una vez ganado terreno al islam y consolidado el poder político, lo que supone que las transferencias entre ambas comunidades trascendieron lo cultural, influyendo incluso en los aspectos jurídicos. Otro ejemplo muy esclarecedor al respecto es la existencia de

²⁹⁴ *Ib.* p. 315.

²⁹⁵ https://www.bibliotecacervantes.es/capitulaciones_por_la_entrega_de_Granada> [consulta de 01/03/2020].

²⁹⁶ POUTRIN, Isabelle, (2010). «Los derechos de los vencidos: las capitulaciones de Granada (1491)». *Sharq al-Andalus*, 19, pp. 12-13.

²⁹⁷ Reflexiones obtenidas a partir de las transcripciones incluidas en el apéndice de la siguiente obra: LADERO QUESADA, Miguel Ángel (1988). *Granada después de la conquista. Repobladores y mudéjares*, Granada, Diputación provincial de Granada.

²⁹⁸ RIBERA, Julián. *Orígenes del Justicia de Aragón, Zaragoza*, ([1897], 2008)., REDONDO VEINTEMILLAS, Guillermo y SARASA SÁNCHEZ, Esteban. (eds.), Zaragoza: El Justicia de Aragón, pp. 496-511.

figuras como la del alcaide, de las que encontramos referencias en la documentación de ambas culturas.

Teniendo en cuenta estas dificultades, ¿es entonces legítimo el uso del término reconquista? La comunidad historiográfica se encuentra dividida al respecto. La mayor parte apuestan por la comodidad de utilizar un concepto ya asentado que nos traslada directamente a una realidad: el medievo ibérico. Sería legítimo en este sentido hablar de reconquista como ideología, dado que, como se ha manifestado, existía un interés por recuperar la antigua organización político-religiosa de la monarquía goda. Esta visión, que continuaba manteniéndose a finales del siglo XV con los Reyes Católicos permiten esta catalogación. El rechazo o matización respecto al uso del concepto como respuesta a la historiografía nacionalista viene representado por José Ángel García de Cortázar que clasificó las diferentes opiniones respecto al uso del término. Josep Torró, por ejemplo, propone acabar con el uso del concepto, una cuestión que también es defendida por José María Mínguez²⁹⁹. A través de lo dispuesto por Mínguez, José Luis Corral también rechaza el uso del término y propone referirse al mismo como «conquista militar», sin obviar los tratados de capitulación citados anteriormente por lo que sería desde el siglo XI. Como los anteriores, Corral se refiere a la pervivencia del término debido a su convencionalidad³⁰⁰. Esta convencionalidad se aprecia, como resume García Fitz, en autores de diversas perspectivas historiográficas e ideológicas como Miguel Ángel Ladero Quesada, Julio Valdeón, José María Monsalvo, Javier García Turza, Carlos Laliena, Philippe Sénac, Pierre Guichard, Alexandre Pierre Bronisch³⁰¹ e incluso el propio Américo Castro.

3.3.5. Santiago, patrón de España

Gestado en la Edad Media, el enorme alcance que ha tenido el mito del apóstol Santiago en la actualidad no solo puede medirse por ser éste considerado como el patrón de España, sino por el enorme flujo de peregrinos que cada año atrae la ciudad compostelana para la visita al supuesto sepulcro del apóstol. Cuenta la tradición que el hijo del pescador Zebedeo, Santiago, uno de los apóstoles más allegados de Jesucristo, evangelizó Hispania y tras ser degollado en Palestina fue devuelto a la tierra que él había cristianizado para ser allí enterrado³⁰².

Tal y como señala Américo Castro, carece de sentido discutir la veracidad o la falsedad de una tradición. Interesa sobre todo el alcance del mito como elemento de cohesión social³⁰³. Como se ha señalado al introducir el presente capítulo, los mitos no se

²⁹⁹ GARCÍA FITZ, Francisco (2009). *Op. Cit.*, p. 151.

³⁰⁰ CORRAL LAFUENTE, José Luis, (1998). «La Reconquista del Valle del Ebro». *Militaria, Revista de Cultura Militar*, 13, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, p. 51.

³⁰¹ GARCÍA FITZ, Francisco, (2010). *La Reconquista*. Granada: Universidad de Granada, p. 32; GARCÍA FITZ, Francisco, (2009) *Op. Cit.* p. 152.

³⁰² CASTRO, Américo, (1971). [Ed. Original. 1954]. *Op. Cit.*, p. 327.

³⁰³ *Vid.* PALACIOS MAYORAL, David, (2018). «Guerra Santa y peregrinación. La imagen del apóstol Santiago como elemento de cohesión social durante la expansión de los reinos cristianos en la península

basan en la razón sino en la emoción, y no necesitan pruebas para ser fundamentados, pero es tarea del historiador separar mito e historia. La primera referencia conocida del apóstol se encuentra, como resulta evidente, en los propios evangelios³⁰⁴, aunque nada se dice en ellos sobre su evangelización en la península Ibérica³⁰⁵. Como evidencia una carta de San Pablo a los romanos, Hispania estaba sin evangelizar³⁰⁶. La primera vez que se dio una referencia de estas características fue en el siglo VII en un manuscrito de autoría desconocida; el *Breviarum Apostolorum*. Se cree que dicho documento fue redactado por un escritor bizantino hacia finales del siglo VI, principios del VII, entre el sur de la Galia y el norte de la península itálica. El manuscrito constituye una recopilación bibliográfica de los apóstoles de Jesús, entre las que se cree que constituye la primera referencia de Santiago el Apóstol como evangelizador de Hispania y extremo occidental del mundo, aunque la profesora Carvajal González, siguiendo la línea de pensamiento de José Antonio Oñate Ojeda, considera que se trata de una anexión posterior del traductor latino³⁰⁷. La rápida difusión del breviario —tal y como expresa el latinista Díaz y Díaz³⁰⁸— se pone de manifiesto en *De ortu et orbitu Patrum* de Isidoro de Híspalis, cuyas referencias se encuentran ya en el siglo VII.³⁰⁹ Basándose en estos mismos manuscritos, Beda el Venerable (673-735) se refiere al apóstol a través de las dos obras: *Homilía XCII* y *el Martirologio*. En la primera, el pseudo autor afirma la predicación de Santiago en Hispania mientras que en la segunda ubica allí su sepulcro. Finalmente, el poeta merovingio Venancio Fortunato escribe el *Dei Verbum patris*, que recoge el primer himno conocido a Santiago como supuesto predicador de la península Ibérica³¹⁰. Pérez de Urbel y Evaristo Casariego atribuyen su autoría a Beato de Liébana (701- 798)³¹¹. Finalmente destaca *Comentarios al Apocalipsis* (h. 776- 786), atribuido a este mismo autor.

Aunque estos documentos no se refieren explícitamente a las peregrinaciones, es cierto que «desde finales del siglo VIII se van creando sistemáticamente las condiciones

Ibérica». *El culto a las reliquias. Interpretación, difusión y ritos*. ALFARO PÉREZ, Francisco José y NAYA FRANCO, Carolina (eds.). Zaragoza: Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza, pp. 80-90.

³⁰⁴ Desconocemos la fecha exacta de su redacción, no obstante, la mayoría de expertos afirman que datan de entre el 65 d.C. al 100 d.C. aunque algunos señalan que fue anteriormente.

³⁰⁵ Mt, 27-56. GOOSEN, Louis, (2008). *De Andrés a Zaqueo: Temas de Nuevo Testamento y la literatura apócrifa en la religión y las artes*. Barbara Zitman (trad.), Madrid: Akal, p.290.

³⁰⁶ Rom 15, 20-24: «teniendo así, como punto de honra, no anunciar el Evangelio, sino allí donde el nombre de cristo no era aún conocido, para no construir sobre cimientos ya puestos por otros [...] ahora, no teniendo ya campo de acción en estas regiones, y deseando vivamente desde hace muchos años ir donde vosotros, cuando me dirija a España, espero verlos al pasar». Citado en CARVAJAL GONZÁLEZ, Helena, (2015). «Santiago Peregrino». *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 7/14, p. 67.

³⁰⁷ «Hic [Iacobus] Spaniae et occidentalibus locis praedica» (este Santiago predica en España y lugares occidentales). *Ib.*, p. 68.

³⁰⁸ DÍAZ y DÍAZ, Manuel Cecilio, (1993). «Santiago el Mayor a través de los textos». *Santiago, camino de Europa: culto y cultura en la peregrinación a Compostela: Monasterio de San Martín Pinario*, MORALEJO ÁLVAREZ, Serafín (ed.). Santiago: Fundación Caja Madrid, pp. 3-15.

³⁰⁹ DÍAZ Y DÍAZ, Manuel Cecilio (2010). *Escritos Jacobeos*, Santiago de Compostela: Consorcio de Santiago, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, pp.17 y 18.

³¹⁰ «Oh verdaderamente digno y más santo apóstol, / que refulges como cabeza áurea de España, [Hispania]/ nuestro protector y patrono nacional, / aleja toda enfermedad calamidad y crimen». Citado en CARVAJAL GONZÁLEZ, Helena, (2015). *Op. Cit.*, p.68.

³¹¹ BODELÓN, Serafín, (2013-2014). «Venancio Fortunato y las letras en el Medievo y el Humanismo». *Tiempo y sociedad*, 13, p. 28.

culturales, religiosas y políticas que hicieron posible que la noticia del hallazgo del cuerpo de Santiago por Teodomiro fuese creída —o al menos no discutida por nadie—, y sobre ella se generase un movimiento de peregrinaje que proyectó sobre todo el occidente una influencia transcendental que no cabe negar bajo ningún punto de vista³¹²». Considerando estas dataciones, y siguiendo la línea de pensamiento de Antonio y Agustín Ubieto, parece razonable pensar que en efecto el camino de peregrinación tuvo un origen prematuro, a pesar de que fue en torno al siglo XI cuando comenzó a gozar de cierta importancia³¹³. Se cree que la *Concordia de Antealtares*, redactada hacia el 1077, constituye el primer documento que hace referencia al descubrimiento de los restos del apóstol cerca de Iria Flavia. Al parecer, un ermitaño llamado Pelayo encontró los restos y el obispo Teodorimo trasladó la noticia a Alfonso II (760-842) que decidió construir una pequeña capilla en el lugar.

De cualquier modo, es preciso señalar que existen serias controversias historiográficas en torno a la datación e incluso la autenticidad de algunas de estas fuentes, de las que se cree además que a menudo han sufrido manipulaciones con el objeto de legitimar el poder cristiano frente al islam. En este sentido debemos tomar con cautela estas referencias que requieren nuevas investigaciones sobre el tema. Estas ambigüedades y manipulaciones sobre las que no podemos extendernos son quizás las razones que llevan a Américo Castro a negar que pueda determinarse si Santiago pudo o no haber evangelizado Hispania. Lo interesante es, sin embargo, determinar hasta qué punto el mito del apóstol Santiago sirvió como elemento aglutinador de los cristianos peninsulares contra los sarracenos, sobre todo en el contexto de radicalización islámica de las invasiones Almorávides y Almohades proyectado en la figura de Santiago Matamoros. Pero, dado que el mito parece ser anterior a esta fecha, cabe preguntarse si surgió en respuesta a la expansión del islam con el objeto de legitimar un territorio desde la perspectiva cristiana. Las referencias a la evangelización de Hispania previamente al 711 parecen invalidar esta hipótesis, aunque no puede negarse el incremento de estas desde la presencia musulmana en el escenario ibérico.

En definitiva, se hace preciso un exhaustivo revisionismo del tema que ubique cronológicamente estas fuentes y esclarezca su autoría porque el hecho de que algunas de ellas como el *Brevarium Apostolarum* se atribuyan a un bizantino no es una cuestión menor, ya que estos se habían enfrentado ya a los árabes y habían visto el expansionismo del islam desde la península Arábiga, evidentemente mucho antes de que las tropas de Tariq y Musa alcanzaran la península Ibérica en el 711.

³¹² BARREIRO RIVAS, José Luis (1993). *La función política de los caminos de peregrinación en la Europa Medieval*, Cortarelo García, Ramón (Dir.) Madrid: Departamento de Ciencia Política y de la Administración, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, p. 235.

³¹³ Vid. UBIETO ARTETA, Antonio (1993) *Los caminos de Santiago en Aragón* CABANES PECOURT, María Desamparados; FALCÓN PÉREZ, María Isabel (eds.): Zaragoza: Departamento de Cultura y Educación; UBIETO ARTETA, Agustín (2016). *Caminos peregrinos de Aragón*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

Sí se conocen con bastante más precisión las falsificaciones realizadas en la Edad Moderna. Tal y como expone la profesora García Arenal³¹⁴, tras la Conquista de Granada no parecían existir señales de vida cristiana tras la larga ocupación sarracena, por lo que fue en este contexto cuando comenzaron a aparecer las falsas reliquias y cronicones. En 1588, durante la construcción de la nueva Catedral de Granada, y al derribar la antigua torre de Turpiana ubicada en el mismo emplazamiento, encontraron un manuscrito con apariencia de antiguo, escrito en latín, árabe y castellano, que databa de los tiempos del emperador romano Nerón. Poco después se encontraron en el mismo lugar lo que fueron consideradas como las reliquias de San Cecilio, obispo de la ciudad romana de Iliberri. Apareció además un pañuelo que fue asociado a la virgen María.

En 1592 fueron encontrándose en las cuevas del Valparaíso (Granada) —conocido hoy en día como el Sacromonte— unas planchas de plomo circulares con una escritura considerada «salomónica». Poco a poco fueron encontrándose nuevos vestigios hasta alcanzar un número de 223 que constituían un total de 21 libros: los famosos *Libros Plúmbeos del Sacromonte*. Las nuevas láminas aclaraban que las reliquias encontradas pertenecían a unos mártires paleocristianos árabes que habían llegado a España con Santiago y habían sido evangelizados por él antes de morir en Granada. De esta forma se forjaba un relato donde los primeros pobladores de Granada serían árabes cristianos. Los hallazgos, que fueron interpretados como el quinto evangelio de la virgen María incluían algunos escritos como «os digo que los árabes [...] serán de los más hermoso entre las gentes, y su lengua una de las más bellas»³¹⁵. A través de este fraude, se pretendía establecer una relación entre cristianos y musulmanes, o más bien recuperar aquella tradición del Antiguo Testamento que los unía. De esta forma se dejaba constancia de la supremacía del cristianismo, pero sin rechazar los orígenes árabes, legitimando así la cultura, la arquitectura y a partir de ese momento también la historia, por supuesto si hubiera cuajado. Es en este contexto donde surge la obra de Jerónimo Román de la Higuera, el *Chronicón omniomnimodae historiae* (1594), que se presenta como un fragmento de una crónica cristiana que ya circulaba por la sociedad toledana de finales del siglo XVI y que hacía referencia a «los primeros reyes de España»³¹⁶. Este se presentaba como una crónica cristiana que comprendería desde la creación del mundo a la época contemporánea del autor. Tal y como expone el profesor Yelo Templado, el texto se presentaba como nuevo y tenía como objetivo «confirmar la tesis objeto de su composición: el origen apostólico y dignidad eminente de la iglesia de Toledo»³¹⁷.

Cabe en este sentido referirse brevemente a las afirmaciones de la profesora Mercedes García Arenal, que a través de una carta del padre Mariana, escrita el 26 de junio de 1597 y dirigida al azobispo Castro en la que el jesuita afirma «y yo en particular

³¹⁴ GARCÍA ARENAL, Mercedes (2006). «Orígenes de lo sagrado y memoria del islam: el caso de Granada». *Europa, América y el mundo: Tiempos históricos*, Roger CHARTIER, Roger, y Antonio Feros (eds.), Madrid: Marcial Pons, p. 43.

³¹⁵ *Ib.*, pp. 43, 44 y 45.

³¹⁶ YELO TEMPLADO, Antonio, (1985). «El Cronicón del pseudo-Dextro». *Anales de la Universidad de Murcia. Letras*. Murcia: Universidad de Murcia, p. 106.

³¹⁷ *Ib.*, p. 107.

tendré por mejor y más acertado lo que V.S. en negocio tan gaue resolviere³¹⁸». Mariana escribe al obispo para ofrecerle sus servicios como historiador «a sueldo», para dar fe o no del hayazgo en función de los intereses de la iglesia. Definitivamente se acuerda negar la veracidad de los hallazgos. Surge el interrogante de si el rechazo se produjo por un interés económico que pudiera entrar en contradicción con los intereses de la iglesia romana como lo fue el camino de peregrinación en un primer momento en relación con las romerías. Sin poder adentrarnos en ello, es preciso señalar que ya desde los Austrias Menores se dio un fuerte debate sobre el patronato de Santiago o Santa Teresa. Según ha señalado Eliseo Serrano «no puede entenderse la historia política y religiosa de la España moderna sin las polémicas en torno al apóstol Santiago, tampoco pueden comprenderse las del reino de Aragón sin la tradición de la venida de la Virgen del Pilar a Zaragoza³¹⁹». Junto a Juan de Ferreras (1652-1735), uno de los críticos más destacables del siglo XVIII fue Gregorio Mayans. Este último, según Antonio Mestre «estaba convencido de que la venida de Santiago a la península no tenía argumentos históricos suficientes para ser aceptada³²⁰».

En cualquier caso, el mito constituyó una poderosa herramienta de cohesión social, desde unos cristianos medievales contra los sarracenos —que vencieron en la batalla de Coímbra, Simancas y Clavijo gracias a la intervención de Santiago Matamoros en batalla; tal y cómo narran el IV libro del *Codex Calixtinus*, el «Libro de los Milagros»; *La vida de San Millán* de Gonzalo de Berceo y la *Crónica de Alfonso X el Sabio* respectivamente³²¹— hasta unos españoles decimonónicos que contaban con la ayuda del apóstol en su «cruzada» contra el francés.

3.4. Nuevos mitos fundacionales

3.4.1. La Guerra de la Independencia

Junto a la Reconquista, el mito de la Guerra de la Independencia constituye una de las grandes gestas de imaginario colectivo español. Como señalábamos al introducir el presente trabajo, la complejidad del conflicto impide catalogarlo, al menos únicamente y en su inicio, como un suceso de carácter nacional. Tal y cómo apunta Álvarez Junco en *La invención de la Guerra de la Independencia* (1994) «la guerra que comenzó en mayo de 1808 no fue, pues, una guerra de independencia puesto que no se trataba de liberar a un territorio sojuzgado por un poder imperial³²²», al menos en términos absolutos, teniendo en cuenta el expansionismo del imperio napoleónico. En este sentido la complejidad del conflicto acaecido entre 1808 y 1814 debe interpretarse sin tomar al pie de la letra las *Historias Nacionales*, ya que las fuentes rara vez pueden erigirse como

³¹⁸ GARCÍA ARENAL, Mercedes (2006). *Op. Cit.* p. 54.

³¹⁹ SERRANO MARTÍN, Eliseo (2014). «'Silentium facite' el fin de la polémica y el discurso en torno a la Virgen del Pilar en la Edad Moderna». En *Hispania: Revista española de historia*. Vol. 74, N.º 248, p. 691.

³²⁰ *Ib.*, p. 696.

³²¹ CASTRO, Américo, (1971). [Ed. Original. 1954]. *Op. Cit.*, pp. 331, 332, 351 y 352.

³²² ÁLVAREZ JUNCO, José, (1994). *Op. Cit.*, p. 79.

«argumentos directos del pasado³²³». La labor propia del historiador crítico pone de manifiesto que el conflicto posee al menos cinco dimensiones: una dimensión externa de carácter «internacional»; una interna, entendiendo el conflicto como una guerra civil que posee de trasfondo la pugna entre dos modelos estructurales; una de carácter xenófobo basada al rechazo al otro; otra de carácter personalista en torno a las figuras de Godoy, Carlos IV y el príncipe Fernando; y finalmente una dimensión de carácter revolucionario. Atendamos estas cuestiones brevemente por separado.

En primer lugar, la «internacionalidad» del conflicto es un elemento que se aprecia en el marco del enfrentamiento entre las dos grandes potencias europeas del momento: Inglaterra y Francia. A pesar de que la historiografía nacionalista del último siglo señalaba estas relaciones como dos conflictos independientes —es decir, por un lado el imperio francés y español, y el inglés y portugués por el otro— lo cierto es que la presencia francesa hizo que España pasara a formar parte del bloque anglo-portugués. La percepción de Guerra de Independencia es exclusiva de la historiografía española, un hecho que puede corroborarse en las referencias al conflicto desde la historiografía anglosajona y francesa que se refieren al suceso como *Peninsular War* o la *Guerre d'Espagne*. Además, la mayor parte de las batallas que tuvieron lugar fueron entre un ejército compuesto en su mayoría por ingleses al mando de un general inglés, (siendo destacable la figura de Wellington) contra un ejército francés. La excepción fue la batalla de Bailén que casualmente ocupa un sustancial hueco en el imaginario colectivo del relato de la nación española.

En segundo lugar, en una carta a Mazarredo, Jovellanos se refería al conflicto como una guerra civil. La cuestión que permite esta catalogación es la evidente división entre las élites en apoyo a una u otra dinastía: los leales a Fernando VII y los denominados afrancesados que se mostraban fieles a la recién instaurada monarquía de José Bonaparte. Teniendo en cuenta que ambas monarquías eran de origen francés, cabe preguntarse si tras esta idea no existía una disputa en cuanto a la forma de Estado: viejas o nuevas estructuras.

En tercer lugar, el conflicto debe ser considerado como protesta, como una reacción xenófoba de rechazo al francés alimentado por un siglo marcado por la influencia francesa con la nueva dinastía borbónica que se había erigido tras la Guerra de Sucesión. Llama la atención que a pesar del origen francés del príncipe Fernando, no parece verse afectado por el ideal anti-francés. Finalmente, es necesario precisar que el principio de otredad basado en el rechazo al francés establecía exclusiones y fronteras. Este último aspecto, el de las fronteras y el territorio, es fundamental para hablar de nacionalismo por lo que Álvarez Junco determina que podemos denominar al conflicto ya desde sus inicios como una guerra de carácter pre-nacional³²⁴. Tras lo acaecido en el dos de mayo se multiplicaron las agresiones a los franceses, que se mantuvieron además a lo largo de todo el siglo XIX.

³²³ BARTON, Keith. C., (2005). «Primary Sources in History: Breaking Through the Myths». *Teaching History*, 86/10, pp. 745-753.

³²⁴ ÁLVAREZ JUNCO, José, (1994). *Op. Cit.*, p. 80.

En cuanto al factor personalista del conflicto, existía un fuerte rechazo sobre la figura de Godoy, valido de Carlos IV. La acumulación de desastres como hambrunas, guerras y epidemias, pero sobre todo el impacto de la «humillante derrota de Trafalgar», contribuyeron a esta visión negativa de Godoy, al que además se le acusaba de tener estrechas relaciones con la reina. La pérfida imagen de Godoy contrastaba con la imagen del «sufrido» príncipe Fernando, que terminó por convertirse a su regreso en «el Deseado», y en artífice de la ominosa restitución del Antiguo Régimen que se extendió a lo largo de una década.

Finalmente, la última de las dimensiones respecto al conflicto de 1808-1814 es la de su carácter revolucionario, es decir, el rechazo a las viejas estructuras del Antiguo Régimen, una guerra de carácter antiabsolutista. Esta idea fue rechazada por la historiografía liberal que incidía en que la sublevación se produjo en defensa de la fe católica frente al «ateísmo» de los revolucionarios franceses contra la monarquía de José I. Tal y como afirma Álvarez Junco, no se puede negar que una parte de la población al menos, defendían la religión y la monarquía tradicional frente al reformismo de corte liberal. La defensa de la religión es un hecho que puede corroborarse en la aparición de referencias al apóstol Santiago o a la virgen del Pilar. Esta última dio lugar a los tan sonados versos: *La virgen del pilar dice/ que no quiere ser francesa/ quiere se capitana/ de la tropa aragonesa*³²⁵. Álvarez Junco desarrolla más el tema en el *Mater Dolorosa* en comparación con su artículo publicado siete años antes, de forma que añade una sexta dimensión de la guerra: su aspecto de cruzada.

La percepción de la Guerra de 1808 como cruzada planta sus bases en los ya citados paralelismos con la reconquista, que como se ha expresado ha sido interpretada bajo los términos de la Guerra Santa y la lucha de la hegemonía cristiana frente a la expansión del islam en el territorio de la península Ibérica. El componente contrarrevolucionario puede apreciarse en obras como *Despertador Cristiano-Político* de Simón López, que calificaba la guerra de 1793-1795 como «la coligación de los impíos, incrédulos, deístas, ateístas, herejes, apóstatas de la Francia y de la Europa toda» y que amenazaban con «arruinar el trono y el altar». Como señalábamos unas líneas atrás, esta idea ha sido muy discutida por los liberales conservadores que expresaban haberse proclamado críticos con las viejas estructuras. En un contexto de recuperación de mitos y leyendas medievales la sociedad decimonónica creía encontrarse en el final de la doctrina milenarista, una idea que fue apoyada por la propaganda eclesiástica que presentaba a Napoleón como el anticristo y a Fernando VII como el salvador. Cabe señalar en este sentido la lucha armada de muchos clérigos, tal y como relatan las fuentes francesas³²⁶.

Para terminar con las dimensiones, también en el *Mater Dolorosa* se dedica mayor atención a la cuestión del patriotismo local, una idea que a pesar de estar encaminada a desenmascarar el carácter nacional del conflicto —al menos en sus primeros momentos— y no tanto a refutar su carácter de independencia, permite catalogarlo como una séptima

³²⁵ *Ib.*, pp. 79, 80 y 81; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001). *Op. Cit.*, pp. 119-122.

³²⁶ *Ib.*, pp. 123 y 124.

dimensión. El patriotismo local del conflicto supone contradecir el relato tradicional que afirmaba que la guerra fue producto del levantamiento de unos españoles unidos por vínculos históricos, y cuya independencia y unidad había sido arrebatada por el invasor francés. Lo cierto es que, tal y como afirma Álvarez Junco a través de lo dispuesto por John Tone, «parece lógico pensar que los individuos insertos en aquellas redes de patronazgo y poder comunitario se moverían a incitación de sus notables locales, que invocarían identidades de muy reducido ámbito³²⁷». Este hecho puede corroborarse en el carácter local de las juntas que surgieron desde mediados de 1808. No puede negarse sin embargo que esas juntas terminaron por congregarse en la Suprema Junta Central y en las Cortes de Cádiz de 1812, donde, como hemos visto, resulta innegable la percepción de unidad y el carácter esencial de la nación. Parece ser pues que al comienzo de la guerra la situación de los centros de poder era dispersa y poco a poco fue conglomerándose. En este sentido «más que de ‘nacionalismo’ o de sentimiento de identidad española, habría que hablar, pues, de vinculación comunitaria o de patriotismo local³²⁸».

A razón de la complejidad dimensional del conflicto, una de las cuestiones que llevan a Álvarez Junco a rechazar el concepto de guerra de la independencia a través de la denuncia de su componente mitológico es la inexistencia de referencias al conflicto con dicha denominación, y que según este autor, sería una denominación realizada a posteriori aunque, como veremos unas líneas más adelante, la idea ha sido criticada por algunos autores como García Cárcel, que defienden el uso del término desde prácticamente los inicios del conflicto. Según la visión de Álvarez Junco las primeras referencias lo calificaban, por influencia de lo acaecido en Francia, como una revolución. Ejemplo de ello es la *Colección de documentos para la historia de la revolución de España* compilada ya en 1809. Un año más tarde Flórez Estrada publicaba *Introducción para la historia de la revolución de España* y en 1811 veía la luz otra *Colección de documentos para la historia política de nuestra revolución* firmada por «Un Miembro del Pueblo». Finalmente, durante el propio desarrollo de los acontecimientos destacan *Resumen histórico de la revolución en España* de Maestro Salmón y *Memoria histórica sobre la revolución de Valencia* de Juan Rico. Terminada la guerra —afirma Álvarez Junco— continúan las referencias a «revolución» en lugar de «independencia». Ejemplo de ello es la *Historia razonada de los principales sucesos de la gloriosa revolución de España* de José Clemente, *La revolución actual de España* de Martínez de la Rosa o *Memorias para la historia de la Revolución Española* de Juan Antonio Llorente. También pueden encontrarse algunos ejemplos en escritores franceses e italianos como son *Mémoire historique sur la révolution d’Espagne* de Dominique de Pradt o *Storia della Rivoluzione de Spagna, tradotte dall’ inglese* de George Elliot. Durante la restauración del absolutismo fernandino —que trató de cortar con su pasado inmediato— son comunes las referencias la «guerra de España contra Napoleón», o la «dominación del gobierno intruso»³²⁹.

³²⁷ *Ib.*, p. 125.

³²⁸ *Cit. Supra.*

³²⁹ ÁLVAREZ JUNCO, José, (1994). *Op. Cit.*, pp. 81 y 82.

Tras el periodo revolucionario de 1820-1823, el término revolución para referirse a lo acaecido entre 1808 y 1814 comenzó a quedar desfasado, aunque algunos autores enlazaban ambos procesos refiriéndose a la revolución de 1808-1823 o en plural, las revoluciones. Esta situación, junto a la nueva realidad del continente americano y los procesos de independencia coloniales con respecto a los antiguos imperios europeos —que, por cierto, se refirieron a menudo al proceso como revolución (sobre todo al principio)— el término comenzó a utilizarse también para lo acaecido en España. Fue en 1833, según Álvarez Junco, la primera vez que apareció el concepto. Destacan *La Guerra de la Independencia, o sea, triunfos de la heroica España contra Francia en Cataluña* de Cecilio López e *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte, de 1808 a 1814*. El hecho de tener que aclarar qué se enciende por guerra de la independencia parece apoyar la teoría de Álvarez Junco. Más ilustrativo al respecto es, si cabe, la crítica realizada por Alcalá Galiano a una de las obras más representativas del momento: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* del conde de Toreno. Aunque Alcalá Galiano comienza su artículo refiriéndose al suceso como Guerra de la Independencia, no vuelve a hacer uso de la expresión, atendiendo a conceptos como «la guerra de la Península» e incluso «la guerra y revolución de España». La ambigüedad de Alcalá Galiano respecto al uso de los conceptos se muestra latente en otras de sus producciones como *Indole de la revolución de España en 1808*. En la década de los años cuarenta todavía algunos autores como E. de Tapia, E. de Kosca Vayo y J. Díaz de Baeza muestran reticencias hacia la nueva concepción del término. Pero poco a poco iban apareciendo obras que hablaban ya del suceso como *La guerra de la Independencia* (1844) de Miguel Agustín Príncipe o *Historia de la Guerra de la Independencia* (1868) de Gómez Arteché. El concepto terminó de acuñarse sin duda con la aparición en 1860 del tomo XXIII de la *Historia General de España* de Modesto Lafuente, cuya tercera parte luce como título *La Guerra de la Independencia de España*. Fue con la obra de Lafuente cuando definitivamente se generalizó y se adhirió definitivamente al imaginario nacional dando lugar a unos de los grandes mitos de la historia de España³³⁰.

Como señalábamos unas líneas atrás, la idea de la aparición del concepto de la independencia ha sido duramente criticado por García Cárcel en una obra que no puede pasar desapercibida en un análisis del mito de la Guerra de la Independencia: *El sueño de la nación indomable. Mitos de la Guerra de la Independencia* (2019), y en particular la edición ampliada y actualizada que tenemos entre las manos y en la que se incluyen algunas mejoras con respecto a la edición de 2007 sobre las que no es posible incidir aquí. Interesa subrayar sin embargo que el autor afirma la existencia del concepto «independencia» al menos desde 1815, con la obra *Historia de las operaciones del Ejército en Cataluña en la guerra de la Usurpación, ó sea de la Independencia* de Francesc Xavier Cabanes. Además, García Cárcel afirma que la tesis de Álvarez Junco ha sido criticada duramente por Antonio Elorza, que afirma que en junio de 1808 la Junta Suprema de Sevilla exigió a Napoleón que «respete los derechos sagrados de la nación, a la que ha violado su integridad e independencia». Además, tal y cómo resume García

³³⁰ *Ib.*, pp. 84,85 y 86; ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001a). *Op. Cit.*, p. 127.

Cárcel, Elorza afirma que en 1808 el *Semanario Patriótico* publicó que «las diferentes denominaciones de los reinos y provincias desaparecieron y sólo quedó España». En este sentido Elorza concluye que no fue la revolución la que hizo a la nación sino a la inversa, es decir, que no fue el conflicto de 1808-1814 lo que definió a la nación como expone Álvarez Junco desde sus posturas historicistas sino a la inversa. Bajo la perspectiva de Elorza existía por tanto una nación antes de 1808 y la guerra fue producto de la violación de los intereses nacionales de una comunidad previamente unida³³¹.

García Cárcel se refiere también a la obra de Capmany, al que ya en 1808-1809 le obsesionaba la unidad de la nación apelando a la sangre, la tierra o los antepasados, la imagen de la madre o el amor a la patria, lo que lleva al autor a concluir que «el concepto de la guerra nacional o de la independencia no es un producto derivado de las Cortes de Cádiz y creado intelectualmente por los liberales cuando escriben en los años treinta del siglo XIX acerca del conflicto». En contraposición a Álvarez Junco García Cárcel se muestra rotundo en este aspecto: «No, [sentencia], fueron muchos los que vivieron la guerra desde 1808 con una conciencia nacional de beligerante independencia frente al invasor [...]»³³².

Parece razonable pensar que las primitivas referencias al concepto de independencia presentaban un carácter de identidad etnopatriótica, y que esta reclamación de independencia se realizó en los mismos términos que pudieron reclamar los cristianos frente a los sarracenos tres siglos antes. Por otra parte, Álvarez Junco también reconoce la importancia del otro como elemento constructor de las identidades (nacionales y no nacionales) por lo que se evidencia una vez más la complejidad de estas cuestiones. Limitándonos a atender lo expuesto por ambos expertos en la materia, a pesar de que existiera el concepto de independencia desde 1808, parece que son muchas más las obras que no hacen uso del mismo. De hecho, la citada obra de Cabanes tiene que aclarar a qué se refiere con Guerra de Independencia o Usurpación. En este sentido parece mostrarse en los mismos términos de las primeras referencias a las que se refería Álvarez Junco como las de la crítica de Alcalá Galiano a Toreno. Con todo, se hace preciso concluir que la magnitud del problema, junto con la falta de acuerdo entre ambos autores impide ir más allá de la exposición de ambas perspectivas sin realizar una investigación más exhaustiva. Sí pensamos, sin embargo, que la existencia de referencias prematuras al concepto de «independencia» no invalidan el resto de dimensiones del conflicto. Creemos también que las fuentes primarias, en este caso la obra de Cabanes, no pueden interpretarse únicamente como argumentos del pasado. Se hace preciso en este sentido un diálogo entre la empatía histórica desarrollada a partir de su estudio y la perspectiva que ha de adquirir el historiador crítico alejado en el tiempo.

³³¹ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, (2019). *El sueño de la nación indomable. Mitos de la Guerra de la Independencia*. Barcelona: Ariel, pp. 6 y 224.

³³² *Ib.*, pp. 226 y 230.

4. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD COLECTIVA ESPAÑOLA

4.1. Los intelectuales y la institucionalización de la cultura

Como se ha señalado, la institucionalización de la *cultura nacional* planta sus bases en el origen del Estado Liberal, aunque, tal y como afirma Peiró, este se consolidó durante la primera Restauración Canovista. El sistema de las reales academias proporcionó «un escenario simbólico e institucional de organización de saberes creado a partir de cinco reales academias con sede en Madrid (la Española, la de la Historia, la de Bellas Artes de San Fernando, la de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales, y, por último, la de Ciencias Morales y Políticas». La Ley de Propiedad Intelectual de 1879 y el Código de Comercio de 1885 propiciaron el surgimiento de empresas editoriales y un mercado, sobre todo a partir de dos revistas que se crearon en la década de los setenta como la *Revista de España*, la *Revista Europea* o la *Revista Contemporánea* en las que destacaron colaboradores como Cánovas, Valera, Castelar, Menéndez Pelayo, Galdós o Clarín³³³.

La explosión cultural fomentó el desarrollo de redes de sociabilización no solo entre las reales academias, sino entre los distintos casinos, liceos, ateneos y todo tipo de asociaciones. Fundado en 1835, no es posible pasar por alto al Ateneo de Madrid, cuyo objeto era, según señala Inman Fox, «ofrecer un punto de reunión a todos los hombres instruidos, para contribuir a facilitarles la mutua comunicación de sus ideas y a ponerles —por medio de los periódicos y de obras extranjeras— al nivel de los progresos que se hacían en otros países». Muy explícitos al respecto son sus estatutos, donde se habla de que la finalidad de la asociación era «discutir tranquila y amistosamente cuestiones de legislación, de política, de economía y, en general, de toda materia que se reconociera de pública utilidad, a fin de rectificar sus ideas los individuos que lo componen». Las actividades del Ateneo se organizaban en *Cátedras* que entre 1835 y 1868 fueron controladas por los moderados y a menudo terminaban poniéndose al servicio de la iglesia o la monarquía. Esta situación propició que en 1843 el progresista Gómez de la Serna creara una cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad Central, que trajo las ideas del filósofo alemán Krause cuya importancia radica en la influencia del krausismo en el pensamiento progresista frente al nacional-catolicismo menéndezpelayiano como evolución del pensamiento moderado en el siglo XIX, y como uno de los pilares de la dictadura franquista en el XX. Hacia 1895 la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo los krausistas como Francisco Giner de los Ríos y sus discípulos Joaquín Costa y Rafael Altamira ejercieron una fuerte influencia y contribuyeron enormemente a la creación y difusión de la cultura nacional. En 1884 el presidente del Ateneo Antonio Cánovas del Castillo aprovechó su discurso para ensalzar las doctrinas de Pacheco, Alcalá Galiano y Donoso Cortés. A partir de ese momento los actos inaugurales comenzaron a politizarse³³⁴.

³³³ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, p. 21.

³³⁴ INMAN FOX, Edward, (1997). *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Cátedra, pp. 28-31.

Una cuestión que no solo resulta de extremada elocuencia, sino que goza además de una gran atracción intelectual es el origen de estas asociaciones culturales que plantan sus bases en las tertulias, sociedades literarias y sociedades secretas del romanticismo europeo —como las *Reales Sociedades Económicas de Amigos del País* de origen ilustrado, que politizaban las polémicas surgidas en torno a las ciencias y el arte— pero sobre todo en el mundo de los cafés literarios³³⁵. Tal y cómo resume Peiró a través de lo dispuesto por Walter Benjamin, la importancia de los cafés literarios radica en que se trataba de «lugares de encuentro cotidiano de los escritores y los artistas, escaparate de tertulianos y mercado en la formación de la opinión pública y la difusión de las ideas». En 1907 Antonio Machado afirmaba en la revista *La República de las letras* que los cafés «asombran por la cantidad de vida que contienen». Pero este ambiente no debe *imaginarse* con un aire barroco de peluca empolvada y arpa de fondo —entiéndase la metáfora— sino lugares a menudo decadentes donde —según describió en 1907 el periodista de las caricaturas y los retratos Julio Camba— «los vagos, los filósofos y los conspiradores» se reunían «para fumar y conversar». Cabe destacar la magnífica obra de Valle Inclán, *Lucas de Bohemia*: publicada en la revista *España* entre Julio y octubre de 1920, donde describía los escenarios de las calles de un Madrid decadente y donde los cafetistas compartían mucho más que sus ideas.

Es necesario advertir que la *República de las letras, las artes y las ciencias* fue un mundo, en letra de Peiró, «biológicamente organizado e inequívocamente masculino». Las mujeres interesadas por las letras a menudo eran caricaturizadas. Rosario Falcó y Orosio, por ejemplo, que había editado los *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba* fue calificada de «muy mona y simpática». «Y pretenden que la elijan académica de la Historia, a pesar de no ser androgynas las Academias», afirmaba Valera en *Las Mujeres y las Academias. Cuestión social inocente* (1891), bajo el seudónimo de Eleuterio Fylogino. Lo cierto es que, a pesar de las afirmaciones de Valera, existieron grandes escritoras; abogadas; historiadoras y científicas como Emilia Pardo Bazán, Fernán Caballero, Carolina Cornado, o la pionera feminista Concepción Arenal, de la que Valera afirmaba «es de las pocas sabias que en el mundo han sido». La primera mujer que pudo acceder a una academia fue Mercedes Gaibrois de Ballesteros, que ingreso en la Real Academia de la Historia en 1935³³⁶.

Finalmente, junto al papel de los intelectuales, y las instituciones y asociaciones promovidas por estos en la creación de una identidad nacional, es necesario referirse a lo que Peiró denomina como la «industria de la conmemoración». Con la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos en 1776, y por influencia de Rousseau comenzó a surgir el concepto de *religión civil americana* que Peiró define como un «conjunto de creencias comunes, símbolos y rituales que pusieron en marcha la constitución de la identidad colectiva de la nación surgida en los comienzos de la modernidad contemporánea». La conexión entre la conciencia nacional y los espacios simbólico-rituales dio lugar a una *sacralización de la política*. Desde comienzos del siglo XIX

³³⁵ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, p. 18.

³³⁶ *Ib.*, pp. 24 y 25.

comenzó un ciclo de conmemoraciones que se extiende hasta la actualidad. En el año 2001 Ruiz Torres ya alertó sobre la ingente politización de la industria conmemorativa al que se había dado paso con la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América (1992), del Tratado de Tordesillas (1994) y una serie de conmemoraciones en torno a Carlos V y Felipe II a partir de 1998. Parafraseando a Peiró, los dos partidos que se turnaban en el gobierno crearon una Sociedad Estatal para las Conmemoraciones Culturales, lo que originó nuevas conmemoraciones en torno a los Reyes Católicos como el quingentésimo centenario de la boda de Fernando con Germana de Foix (2006), los bicentenarios de la Guerra de la Independencia (2008) y de la Constitución de Cádiz (2012) entre otros, como El Compromiso de Caspe o la anexión de Navarra a Castilla, siempre, evidentemente, los importantes para mostrar la antigüedad, unidad y grandeza de la «nación» como elementos característicos en la construcción de la identidad nacional. Pero la industria de la conmemoración no es exclusiva de la creación de calendarios laicos y liturgias conmemorativas —que como veremos permitieron hacer también de la diversión una creadora de identidad—, sino que originó toda una explosión cultural donde todos los elementos se mezclaban. Se crearon monumentos estatuarios y edificios públicos que a menudo se ornamentaron con frescos que concursaban en las exposiciones nacionales. Los intelectuales, organizados en las citadas academias, también conmemoraban la nación, ya fuera recopilando o creando obras de carácter histórico o literario, esculpiendo o pintando, siempre con un alto contenido apologético. Estas producciones, pero también los festejos y el ornato público, terminaron por convertirse en los auténticos *altares de la patria* y por tanto a poetas, escultores, dramaturgos, pintores, novelistas, arquitectos, filósofos, políticos e historiadores como los verdaderos artífices de la construcción de la identidad nacional española³³⁷.

4.2. Historia y literatura: dos poderosas herramientas en la forja de la conciencia nacional

Galardonada con el Premio Nacional de Ensayo, en *Mater Dolorosa* —obra a la que tanto debe la historiografía más reciente, y, como un intento de sintetizar la misma, al propio trabajo que tenemos entre las manos— Álvarez Junco se refiere a la similitud entre ambas disciplinas. Citando el premio Nobel de Literatura concedido al historiador alemán Theodor Mommsen, el autor afirma que tan solo unas décadas más tarde algunos historiadores se hubieran ofendido por «lo sofisticado de sus técnicas o la racionalidad de sus esquemas interpretativos [...] se habrían referido al carácter ‘positivo’ de los datos en los que se basa su trabajo, es decir al anclaje de la obra histórica en pruebas documentales fidedignas³³⁸». Collinwood (1956), ya se refirió al componente imaginativo que implica el proceso de reconstrucción de la realidad histórica. A pesar de que en un primer momento las ideas de Collinwood fueron muy criticadas —ya que fue acusado de querer someter la historia a una metodología intuitiva— Levésque (2011) afirma que una aproximación más cercana a la obra de Collinwood pone de manifiesto que el componente

³³⁷ *Ib.*, pp. 5, 6 y 7.

³³⁸ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001). *Op. Cit.*, p. 227.

imaginativo que posee la historia no es aleatorio, sino que debe sustentarse sobre la evidencia. Para ello el autor compara el oficio del novelista con el del historiador. El novelista simplemente debe construir una imagen coherente; el historiador, sin embargo, debe construir una imagen coherente del pasado, pero a diferencia del novelista no es libre en su creación, debe recrear las visiones, acontecimientos o hechos históricos apoyándose en las evidencias halladas en las fuentes³³⁹. Ambos deben ser sin embargo buenos conocedores del lenguaje.

Cuando Álvarez Junco se refiere a las relaciones entre literatura e historia es preciso diferenciar dos percepciones sobre qué entendemos por literatura. En primer lugar, que ambas disciplinas parecen entremezclarse cuando en una obra, tratando de ser histórica, su autor se deja imbuir de forma inconsciente o deliberada por las pasiones ideológicas de su presente, ya sea el providencialismo etnopatriótico de Isidoro o Mariana, o la exaltación nacional de Lafuente. *Laudes e Historias Nacionales* plagadas de mitos, cuyos autores —como señaló Álvarez Junco en uno de sus artículos publicados en *El País*— cuesta no entrecomillar al definirlos como historiadores³⁴⁰. De hecho, la separación definitiva entre literatura e historia todavía no se había producido en pleno siglo XIX. No significa esto que debamos emitir un juicio negativo al respecto, ni menospreciar las aportaciones de determinados autores en diversos campos de la historia. Tampoco significa que debamos desecharlas como no debemos desechar las crónicas medievales, sino estudiarlas desde una perspectiva crítica y adaptada a su contexto. Identificar su componente literario como se hace al utilizar como fuentes el *Romancero* o la poesía épica, como el *Cantar del Mío Cid* o la *Chansón de Roldán* por ejemplo, que constituyen una valiosa fuente para la investigación histórica medieval si se atienden desde una perspectiva crítica. Esto mismo es lo que propone Santos Juliá a la hora de estudiar los discursos de los políticos del siglo XIX —que como se ha señalado a menudo sus redactores alternaban la academia con la política—, leer «entre líneas» e identificar la retórica utilizada para persuadir a las masas a través de la evocación de determinados lugares, imágenes o metáforas³⁴¹.

Pero existe, en segundo lugar, otra visión de la literatura, el significado que poseía antes del siglo XIX y que era mucho más amplio al no referirse exclusivamente a la creación de ficción novelesca o teatral sino como «todos aquellos conocimientos que tenían expresión escrita», es decir, «la totalidad de los saberes humanísticos». Los intelectuales ilustrados se preocuparon ya en el siglo XVIII de recopilar las historias de cultura en general que poco a poco fueron construyendo el concepto de «literatura española». La «exhumación de textos literarios» dio lugar a numerosas ediciones que terminaron definiendo los autores considerados como «Clásicos Españoles». José Antonio Maravall se encargó de recopilar algunas de estas ediciones. Azara por ejemplo publicó a Garcilaso, Gregorio Mayáns a Vives, Llaguno las crónicas medievales...

³³⁹ LÉVESQUE, Stéphane, (2009). *Op. Cit.*, pp. 144-148. *Vid.* PALACIOS MAYORAL, David, (2019). *Op. Cit.*, *Loc. Cit.*

³⁴⁰ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2014). «Historia y mito». En *El País*. [Recuperado de]>[https://elpais.com/elpais/2014/02/27/opinion/1393518755_571082.html]> [Consulta de 29/10/2020].

³⁴¹ JULIÁ DÍAZ, Santos (2004). *Op. Cit.*, p. 17.

También se crearon grandes colecciones como la el *Parnaso español* de Juan José López Sedano o *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* de Tomás Antonio Sánchez que trataba de formar «una escogida serie de los mejores autores de nuestra nación» que incluía obras tales como el *Poema de Mío Cid*, composiciones de Berceo o el *Libro del Buen Amor* del Arcipreste de Hita. También Agustín Durán, ya en el siglo XIX, se dedicó a la edición del romancero. Desde 1815 y sobre todo a partir de la fundación de la Biblioteca de Autores Españoles comenzaron a lanzarse colecciones de clásicos como la de Aribau y Ribadeneyra en 1846. También comenzaron a redactarse algunas historias de la literatura como la de Antonio Gil y Zárate en 1844 y José Amador de los Ríos en 1861³⁴².

Algunos de los mejores literatos dedicaron sus obras a exaltar las grandes hazañas «españolas» siendo el teatro uno de los géneros preferidos, un hecho que se pone de manifiesto en la gran cantidad de obras publicadas a partir de mediados de siglo como por ejemplo *Numancia destruida* de Ignacio López de Ayala, *Ataúlfo* de Montiano, *Guzmán el Bueno* de Nicolás Moratín, *Don Sancho García* de Cadalso o los *Pelayos* de Jovellanos y Quintana³⁴³. Muy esclarecedor respecto al interés de promover la literatura sobre temas históricos «nacionales» —a menudo medievales— es la afirmación de Antonio de Capmany en su *Centinela contra los franceses* que invitaba a los poetas a

ejercitar su talento en letrillas y romances populares que despertasen ideas de honor y patriotismo, refiriendo proezas de esforzados capitanes y soldados en ambos mundos, ya contra indios, ya contra infieles, ya contra enemigos de España en África, Italia y Flandes, pues hartas ofrece la historia. Y con estos cantares, repetidos en bailes, en plazas, fiestas y teatros, se daría sabroso pasto al pueblo, y se despertaría de su actitud de indolencia³⁴⁴.

Un gran icono en la poesía con sentimiento patriótico fue Manuel José Quintana, a quien se deben poemas como *A España, después de la revolución de marzo*; *A Padilla*; *A la batalla de Trafalgar* o *Vidas de Españoles Célebres* que incluía al Cid, Pizarro o el Gran Capitán³⁴⁵. Como se ha señalado, la guerra contra el francés fue un tema muy recurrente entre los literatos. Juan Nicasio Gallego, por ejemplo, escribió *Al Dos de Mayo* y el duque de Rivas a la batalla de Bailén o al general Castaños. La propia Suprema Junta Central apostaba por la literatura como arma movilizadora e incluso se convocó un concurso poético con motivo del primer aniversario de los Sitos de Zaragoza, donde, entre otros, participó Martínez de la Rosa³⁴⁶. También es destacable la figura de Larra, que aun habiendo sido señalado como afrancesado llama la atención el lamento y la angustia con la que se refiere a España, su defensa de la patria y su rechazo al extranjero en *Aquí yace media España; murió de la otra media*. Pero la angustia de estos primeros autores no es comparable a la de finales de siglo, ni tampoco es romántica en su sentido estricto, entendiendo romanticismo como el predominio de las emociones sobre la razón como

³⁴² ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001). *Op. Cit.* pp. 230, 240 y 241.

³⁴³ *Ib.*, p. 231.

³⁴⁴ DE CAPMANY, Antonio, (1988). *Centinela contra los franceses*. ETIENVRE, François, (ed.). Londres: Tamesis Books, pp. 44 y 117. Citado en *Ib.*, p. 232.

³⁴⁵ *Cit. Supra.*

³⁴⁶ *Ib.*, p. 233.

puede apreciarse en las obras de Donoso Cortés, Estébanez Calderón, Alcalá Galiano o Echegaray. El romanticismo se apreció a partir de la segunda mitad se siglo con Bécquer o Rosalía de Castro, aunque según señala Álvarez Junco no fueron autores directamente políticos como los que aparecieron con la generación del 98 con Valle Inclán o Baroja. Destacaron también los romances sobre temas españoles como los de Espronceda, Zorrilla o el duque de Rivas, que versaban sobre todo de la época imperial y la Edad Media³⁴⁷. Finalmente, una de las mayores aportaciones de la literatura decimonónica en la construcción de la identidad española es sin lugar a dudas la obra de Benito Pérez Galdós y en particular sus *Episodios Nacionales*.

Es necesario incidir en la importancia del papel del teatro como creador de identidad ya que suponía «el comportamiento mimético de los públicos de la aristocracia, las clases altas y las acomodadas (las burguesías medias y bajas), principales consumidores del teatro». Surgieron también géneros teatrales de carácter popular como teatros de marionetas y títeres o la zarzuela y el género chico en las que los personajes transmitían valores como la familia, el honor, el trabajo o el patriotismo. Los tres grandes grupos temáticos de la zarzuela eran, según rezaba en los libretos: históricas, escenas «españolas» de carácter regional y comedia. Entre las primeras destaca *Cádiz* (1886) de Federico García Chueca, *El tambor de Granaderos* (1894) de Ruperto Chapí o *La viejecita* (1897) de Miguel Echegaray y Fernández Caballero. Entre las comedias regionales destaca *La alegría de la huerta* (1900) de Chapí sobre murcianos, *La tempranica* (1900) de Julián Romea y Jerónimo Giménez y *Gigantes y cabezudos* (1898) que trataba de aportar una imagen de unos aragoneses «virtuosos, recios y heroicos que vivían las peripecias del tiempo presente de la política española del 98». Finalmente, entre las zarzuelas cómicas cabe señalar *La marcha de Cádiz* de Joaquín Valverde como representación del patriotismo popular que «pasó del escenario de Apolo a las bandas de todos los regimientos españoles y a los pianos de todos los cafés³⁴⁸».

Pero la verdadera institucionalización de la cultura literaria fue llevada a cabo, —según apunta el profesor Edward Inman Fox en *La invención de España: literatura y nacionalismo*— ya en el siglo XX; concretamente en la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos. Dicha sección contaba con la colaboración de investigadores y profesores como el director del CEH Menéndez Pidal cuyos estudios se centraron en el romancero, la poesía popular y el *Cantar del Mío Cid*; Américo Castro, centrado en el concepto de honor de los siglos XVI y XVII, Lope de Vega, Erasmo de Rotterdam y Cervantes; Federico de Onís sobre Fray Luis de León etc. Colaboraron también Dámaso Alonso, Montesinos, Pedro Salinas, Vicente Llorens... En 1910 se creó una colección de «Clásicos de la Lectura» —que luego pasó a denominarse como «Clásicos Castellanos»— y se establecieron precios populares para su difusión. Resulta interesante subrayar que la mayor parte de los integrantes colaboraban en una importante revista: *La Lectura. Revista de Ciencias y de Artes* dedicada a la cultura y la crítica literaria. También vinculada al Centro de Estudios Históricos en 1914 se fundó la *Revista de Filología*

³⁴⁷ *Ib.*, p. 241.

³⁴⁸ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, pp. 43, 44 y 45.

Española que se centró en temas medievales y de los siglos XVI y XVII tratando de adaptar los textos a un público más amplio³⁴⁹.

Es preciso destacar el político, matemático y dramaturgo nacional José de Echegaray, que en un discurso pronunciado en la Real Academia Española pronunciado el 20 de mayo de 1894 bajo el título *De la legalidad común en materias literarias* y que según señala Peiró

proponía una especie de trasposición del orden establecido por la ‘política como negociación’ al campo artístico y literario, dentro del cual vivan y se desarrollen pacíficamente todas las escuelas y todas las energías, sin anatemas ni excomuniones desde arriba, sin odios ni enemigas desde abajo³⁵⁰.

Echegaray recibió el Premio Nobel de Literatura compartido con el poeta provenzal Frédéric Mistral, al que se opusieron a través de una protesta firmada por autores «obsesionados por los signos de identificación generacionales» como Unamuno, Azorín, Maeztu, Rubén Darío, Valle-Inclán, Baroja o los hermanos Machado³⁵¹.

Para terminar, no es posible finalizar este breve bosquejo sobre el papel de la literatura en la construcción identitaria de los españoles sin dedicar al menos unas líneas a dos figuras clave: Miguel de Unamuno y José Martínez Ruiz, más conocido como Azorín. Resulta imprescindible señalar del primero *En torno al casticismo*. La obra de Unamuno se caracteriza por mezclar idealismo y realismo y la búsqueda del espíritu histórico castellano en la lengua y la literatura, sobre todo en los místicos como Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León. Rechazaba además el Santo Oficio y culpaba de la decadencia al fanatismo religioso y el absolutismo de los Habsburgo en armonía con el discurso liberal progresista³⁵². Respecto a Azorín, su temática se presenta de forma muy similar a Unamuno de forma que también trata de indagar en el eterno ser español a través de la literatura castellana y señala a los Habsburgo y el fanatismo inquisitorial como principales causas de la decadencia española. Destacan sus obras *El alma castellana* (1900), *Lecturas españolas* (1912), *Clásicos y modernos* (1913) *Al margen de los clásicos* (1915), *Rivas y Larra* (1916) o *De Granada a Castellar* (1922)³⁵³. Aunque no es posible referirse aquí a todos los autores que conformaron la generación del 98, estas características también pueden apreciarse en Ortega y Gasset, Machado, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez o Pedro Salinas y cuya tarea es la de construir la historia cultural y literaria del país.

En cuanto al relato histórico decimonónico, la historia de España actual se presenta como «la suma de relatos contruidos a través de la pluralidad de memorias desarrolladas a lo largo del tiempo, con sus hipotecas respecto a los poderes establecidos en cada momento (Iglesia, Estado, poderes locales...)»³⁵⁴. Dos visiones de España dos

³⁴⁹ INMAN FOX, Edward, (1997). *Op. Cit., Passim*.

³⁵⁰ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, p. 22.

³⁵¹ *Ib.*, pp. 23 y 24.

³⁵² INMAN FOX, Edward, (1998) *Op. Cit.*, pp. 9 y 10.

³⁵³ *Ib.*, pp. 11 y 12.

³⁵⁴ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2011). *Op. Cit., Passim*.

relatos. Para ambas la Edad Media fue un periodo de prosperidad que culminó con el reinado de los Reyes Católicos y que proporcionó la tan ansiada unidad con la conquista de Granada (1492) poniendo fin a ochocientos años de ocupación. En 1811 Flórez Estrada afirmaba que

las cortes de Cádiz no han hecho otra cosa que restablecer alguna parte de nuestra antigua Constitución, que en mejores días formaban el paladín de nuestra libertad y cuya mayor parte estaba destruida por [...] el fraude y la violencia durante los reinados de Fernando V, Carlos I y Felipe II [una idea que repetiría Arguelles al presentar la constitución]³⁵⁵.

Tanto para los conservadores como para los progresistas el catolicismo era un elemento de la identidad española ya que, como la propia constitución gaditana señala, el Estado era aconfesional con simpatía hacia el catolicismo. El *Compendio de Historia de España* de Antonio Cavanilles, *Reflexiones sobre la España* de Francisco Belmar o la *Historia de la Literatura española* de Amador de los Ríos reelaboraron la historia en el periodo Isabelino³⁵⁶. Por parte de los progresistas, una cosa era rechazar la vinculación iglesia-Estado y otra muy distinta negar el carácter católico del ser español. La principal diferencia entre ambas perspectivas histórico-identitarias era que en la visión nacional-católica el esplendor medieval se extendió al reinado de los Austrias. El imperio que heredó el Emperador Carlos de Habsburgo y posteriormente su hijo Felipe era para los moderados motivo de gloria pasada. El liberalismo progresista, sin embargo, consideraba a Felipe II sobre todo como el causante de todos los males de la patria y como origen de la Leyenda Negra en torno a la crueldad y fanatismo religioso de los españoles. Es curioso porque la Inquisición se creó durante el reinado de los Reyes Católicos, pero esto no supone un problema para que los progresistas miraran con buenos ojos el matrimonio católico, de lo contrario supondría refutar la ansiada unidad perdida desde la Hispania visigoda. Cadalso, por ejemplo, en la tercera de sus *Cartas Marruecas* se refería al matrimonio católico como «príncipes que serán inmortales entre cuantos sepan lo que es gobierno³⁵⁷».

Además, para el relato liberal progresista, el absolutismo de los Austrias era la causa de la decadencia española, por lo que la revolución hallaba en ello su legitimación. Para los moderados la causa de la decadencia de España era el paulatino afrancesamiento que se había extendido por España desde que el reino cayó en manos de una monarquía extranjera: los Borbones. El progresismo consideraba el reinado de los Borbones como una época de esplendor cultural. En definitiva, dos visiones que se enmarcan el ya citado esquema de paraísos caídas y redenciones y aunque con distintos culpables respecto a las miserias presentes, existía un elemento indiscutible en ambos relatos que es el renacer de la patria ante sus enemigos históricos, internos o externos.

Constituida finalmente en 1738, la Real Academia de la Historia se involucró enormemente en la construcción de una Historia de España. La institución planta sus orígenes en la corporación del abogado Julián de Hermosillas que reunía a un selecto

³⁵⁵ ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001a). *Op. Cit.*, p. 219.

³⁵⁶ *Ib.*, p. 417.

³⁵⁷ *Ib.*, p. 221.

grupo de intelectuales que pidieron a Felipe V apoyo real para fundar la academia. Su motivación era dotar a la historia de un espíritu crítico y despojarla de muchos de sus mitos. De hecho, el primer estatuto reclamaba «purificar y limpiar [la historia] de nuestra España de las fábulas que la deslucen, e ilustrarla de las noticias que parezcan más provechosas³⁵⁸». Propuesto por Agustín Montiano, uno de los primeros proyectos fue el *Diccionario Histórico-Crítico Universal de España*, cuyo principal objetivo era eliminar los falsos cricones y que trataba de continuar la tarea ya iniciada por el marqués de Mondéjar, Nicolás Antonio y Juan Lucas Cortés. El interés por parte del Estado hizo que se encargaran multiplicidad de traducciones y ediciones como *Historias de Carlos V* y la *Historia del Descubrimiento del Nuevo Mundo* de Juan Ginés de Sepúlveda. Se encargó la traducción de la obra de Robertson *The History of América* (1777) dado que incluía documentos sobre la correspondencia entre Hernán Cortés y Carlos V. También se pusieron en marcha obras como el *Diccionario geográfico-histórico de España* por iniciativa de Campomanes, y se estableció la figura del cronista real que «debía ajustar la historia a los intereses políticos de la nación y derechos de la Corona» y la de los censores, que entre 1769 y 1792 revisaron más de ochocientas obras bajo el criterio de Campomanes³⁵⁹.

La reforma institucional llevada a cabo en 1847 marcó la trayectoria que habría de seguir la Real Academia de la Historia, que bajo la dirección de Cánovas se convirtió en un elemento de institucionalización de la historia oficial y cuyo objeto era «ser el taller donde cristalizaran todas las ideologías y el canon que debía marcar el norte de la historia³⁶⁰». El proyecto fracasó. Durante estos años se promovió una importante labor editorial de forma que se editaron obras como *La España Sagrada* del padre Enrique Flórez, las *Actas de las Cortes de Castilla y de los antiguos Reinos de Aragón, Valencia y Principado de Cataluña*, el *Memorial Histórico Español* y *La colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*³⁶¹. Desde los primeros momentos de la Real Academia de la Historia es importante señalar la función de los manuales de historia que se divulgaron por toda Europa bajo el modelo de enseñanza de Buffier que estaba aplicando un nuevo método para aprender historia a través de versos. La traducción realizada en 1734 por Manuel Juan de la Parra del *Abrégé de l'Histoire d'Espagne par demandes e par responses* (1704) de Buffier —en cuyo prólogo señalaba haberse inspirado por Mariana— dio lugar al primer *Compendio de Historia General de España* que llegaba hasta el año 1704³⁶².

Los primeros académicos nacidos durante el reinado de Carlos III desempeñaron su labor entre 1808 y 1814. Encontramos autores como Félix Torres Amat, Alberto Lista, Francisco Martínez Marina, Diego Clemencín, Ceán Bermúdez, Joaquín Lorenzo Villanueva o Sebastián Miñano. El relevo generacional fue representado por los que

³⁵⁸ GARCÍA HERNÁN, Enrique, (2004). *Construcción de las historias de España en los siglos XVII y XVIII*. En García Cárcel, Ricardo (Coord.) *Op. Cit.*, 170.

³⁵⁹ *Ib.*, pp. 167-170.

³⁶⁰ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2011). *Op. Cit.*, p. 419.

³⁶¹ *Cit. Supra*.

³⁶² GARCÍA HERNÁN, Enrique, (2004). *Op. Cit.*, p. 171.

nacieron entre 1788 y 1808 donde se encuentran personajes de importancia como Martínez de la Rosa, Antonio Alcalá Galiano, el duque de Rivas, Salustiano Olózaga o Modesto Lafuente. Pero no fue hasta la década de 1830 cuando comenzaron a integrarse a la academia grandes currículos políticos, aunque la procedencia de los miembros era muy variada (militares y eclesiásticos, por ejemplo). Destacan figuras como Manuel Colmeiro, Cayetano Rosell, Eduardo Savaedra, Manuel Oliver Hurtado, José Moreno Niceto, José Amador de los Ríos, Antonio Cavanilles o Marcelino Menéndez Pelayo que entró a la academia con veintiséis años³⁶³.

Según señala García Cárcel, «hay que desmontar, por demasiado simplista, la imagen del académico como siervo del partido al que pertenece». En su discurso de 1886 Balaguer afirmaba que «la fuerza de este Instituto está precisamente en su rectitud y justicia», lo que muestra la intención de los académicos de presentar diferentes perspectivas y contrastes. Lo cierto es que muchos académicos como Cavanilles, Amador de los Ríos o Cánovas se caracterizaron por patrocinar candidaturas. Existía en cualquier caso una intención «centrista» de forma que Danvila escribió sobre las Germanías y Pidal trataba de armonizar las tesis liberales con una visión favorable de Felipe II, tratando de situarse en un punto medio. El eje del discurso era en cualquier caso la nación española. En torno al 70% de los discursos de presentación eran relativos a los siglos medievales y modernos prestando gran interés a las instituciones medievales tanto castellanas como aragonesas, al periodo de los Reyes Católicos y de los Austrias³⁶⁴. En cualquier caso, tal y cómo apunta Peiró, el nacional-catolicismo pronto abandonó el «pensamiento crítico» para someter la ciencia española a los intereses ideológicos y morales. Entre 1880 y 1882 se publicó la monumental obra *Historia de los Heterodoxos Españoles*, bajo la dirección de Menéndez Pelayo, en la que «a través de la alianza establecida entre la fe católica y las ciencias [...] demostraron de forma positiva que los iberos eran el primer pueblo español que logró la ‘Unidad Ibérica Hispánica’»³⁶⁵.

Aunque no es posible adentrarnos en estas cuestiones, el nacional-catolicismo fue potenciado durante el franquismo por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) fundado con la idea de adaptar al régimen franquista la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) inspirada en la Institución Libre de Enseñanza³⁶⁶. Cobraron gran importancia en este sentido los estudios medievales en torno a la reconquista, vista desde una perspectiva de supremacía cristiana y de recuperación de territorio en términos religiosos. Fundada en 1907, la JAE tenía el objeto de poner en común las ideas de los intelectuales extranjeros en el contexto del regeneracionismo noventayochista y el pesimismo arrastrado desde el siglo XVII. A través de un programa de pensiones se formaron nuevos investigadores que eran enviados a estudiar a otras universidades. En principio cualquiera podía solicitar la beca, de forma que se dirigían a «cualquier persona que pudiera alegar competencia especial en las materias que se

³⁶³ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (2011). *Op. Cit.*, pp. 420 y 421.

³⁶⁴ *Ib.*, 121, 122 y 423.

³⁶⁵ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, p. 31

³⁶⁶ Para mayor profundidad *Vid.* PASAMAR, Gonzalo, (2010). *Op. Cit.*, pp. 114- 145.

proponía estudiar³⁶⁷». En la petición debía expresarse el objeto de la investigación, a qué ciudad le gustaría ir al interesado e incluso cuánto creía que necesitaría de pensión. A pesar de ello el criterio para la adjudicación de las becas fueron las recomendaciones de «personas competentes» que en la praxis supuso un sistema clientelar. Esta fue quizás una de sus principales críticas, pero a pesar de ello el proyecto gozó de cierto éxito hasta que fue interrumpido por la Guerra Civil³⁶⁸.

Una vez finalizada la guerra, la JAE fue eliminada y se fundó El CSIC. Aunque como la JAE, el CSIC estaba destinado a la investigación de la historia de España con especial atención a la Historia Medieval, la diferencia era que mientras la JAE se basaba en el racionalismo ilustrado, el CSIC fue un mecanismo creado como «buque de insignia de la ciencia de la dictadura³⁶⁹» de forma que se produjo «una apuesta decidida por la visión providencialista de la historia, como un proceso determinado por la voluntad de Dios y tendente a la salvación de las almas³⁷⁰». En contraste, ya se ha señalado en este sentido el carácter plural del academicismo durante la Restauración canovista a pesar de que el proyecto político se centró en los valores tradicionales. Resulta muy ilustrativo al respecto el discurso inaugural del primer presidente del CSIC José Ibáñez Martín donde se aprecia un claro lenguaje militar y religioso:

Aquí tenéis, Señor, formado en línea, distribuido por las falanges y centurias de sus Patronatos e Institutos, el nuevo ejército de la ciencia española, apercebido ya para la gran batalla de la cultura, ávido de cumplir el programa de la restauración y renacimiento científico nacional, enrolado en la disciplina del Estado y animado de un espíritu unitario de servicio a la Patria. Lo forman hombres de todas las edades, profesiones y jerarquías. Lo integran representantes de todas las ciencias y ramas del saber que se agrupan en torno a vuestra egregia figura de Caudillo de España, con juramento de luchar denodadamente por su prosperidad, por su grandeza y por su libertad. Todos han acudido con ardimiento a vuestra orden de leva y de recluta [...] ¡Glorioso San Isidoro, Patrono del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, esforzado paladín de empresas del espíritu! Desde el trono de tu inmortalidad mira a esta España que llamaste «la más hermosa de todas las tierras» y «la madre bendita y feliz de muchos pueblos» y envíanos tu luz para que nuestra ciencia sea para la verdad y para el bien, para que siempre aspire hacia Dios hasta que en él descanse, para que se conserve una y nos traiga la felicidad y el engrandecimiento nacional [...]³⁷¹.

Para terminar, y muy a grandes rasgos, es preciso referirse a la historiografía durante la dictadura que según ponen de manifiesto Julio Escalona, Cristina Jular e Isabel Alonso en *El medievalismo, lo medieval y el CSIC en el primer franquismo* (2016) pueden dividirse en cuatro grupos: exiliados y purgados, exiliados en el interior, los que continuaron y los que aprovecharon para alcanzar la academia. En el grupo de exiliados y purgados se encuentran Américo Castro y Claudio Sánchez-Albornoz. Llama la atención de este último que fue un liberal conservador regeneracionista, nacionalista y

³⁶⁷ ESCALONA, Julio *Et. Al.*, (2016). *Op. Cit.*, p. 164.

³⁶⁸ *Ib.*, p. 167.

³⁶⁹ *Ib.*, p. 160.

³⁷⁰ *Ib.*, p. 172.

³⁷¹ *Ib.*, p. 175.

católico, pero sirvió a la Segunda República como ministro de Azaña³⁷². En segundo lugar, el exilio interior, consistía en que muchos intelectuales previos al franquismo fueron relevados de sus puestos, muchas veces viéndose obligados a ejercer otra profesión o a adoptar un papel discreto y marginal. Ejemplo de ello fue el discípulo de Sánchez-Albornoz, Luis García de Valdeavellano. Muchas investigadoras vinculadas a la JAE como María Brey, Carmen Camaño, Consuelo Gutiérrez del Arrollo, Concepción Muedra, Felipa Niño o Carmela Pescador que representaron una temprana presencia femenina de las letras pasaron a ocupar puestos secundarios como archiveras o bibliotecarias, negándose su acceso a las cátedras. En otras ocasiones se vieron obligadas a retornar al ámbito doméstico³⁷³. Respecto a los que continuaron, el más destacable es Menéndez Pidal. Aunque en un principio fue obligado a dimitir de la Real Academia y pasó un tiempo en una posición relativamente marginal, finalmente fue considerado rehabilitado, dado que su discurso histórico era compatible con el franquismo, a pesar de algunas críticas al régimen y su apoyo explícito a Juan Carlos de Borbón. Una rehabilitación más temprana tuvo José María Lacarra «que abrazó decididamente el régimen». Otros intelectuales que se adaptaron y continuaron fueron Elías Tormo, Antonio Ballesteros y Ángel Ferrari³⁷⁴. Finalmente, el número y perfil específico de «nuevos intelectuales» afines al régimen han hecho que pase a denominarse como la generación de 1948. Destaca Julio Martínez Santa-Olalla y su estudio sobre unas supuestas necrópolis visigodas o Fray Justo Pérez de Urbel, primer Abad del monasterio del Valle de los Caídos. Perteneciente a la Falange y director espiritual de la Sección Femenina y de su jefa Pilar Primo de Rivera, a pesar de los conocimientos de Pérez de Urbel sobre manuscritos fruto de la vida monástica, no tenía currículum académico, por lo que se creó uno a su medida de forma que en 1945 fue nombrado bachiller, en 1946 licenciado, doctor en 1948 y en 1950 catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Madrid.

Con el fin de la dictadura *Los orígenes de la nación española y España, un enigma histórico* (1957) de Sánchez-Albornoz se convirtieron en las obras de máxima referencia para el estudio de la Historia Medieval en el periodo «constitucional», y que solo se vieron desafiadas por *La Formación del Feudalismo en la Península Ibérica* (1978) de Abilio Barbero y Marcelo Vigil. El éxito de la obra de Sánchez-Albornoz permitió la difusión del ideal español tradicionalista y ultracatólico basado en el castellanocentrismo. La educación en este sentido continúa siendo una importante herramienta para la formación del «espíritu nacional»³⁷⁵.

³⁷² *Ib.*, pp. 176 y 177.

³⁷³ *Ib.*, pp. 177 y 178.

³⁷⁴ *Ib.*, pp. 179 y 180.

³⁷⁵ *Ib.*, pp. 186 y 187.

4.3. La construcción de una imagen común: el arte pictórico al servicio del nacionalismo

Tal y como afirma la profesora Ana Isabel Lapeña, «desde hace ya tiempo se viene demandando que la investigación histórica no se limite a la búsqueda de documentos y su posterior estudio [...]. Las fuentes iconográficas tienen la misma importancia que las fuentes escritas³⁷⁶». Lo fundamental de la historia del arte no solo radica en la importancia de comprender los procesos artísticos, los estilos pictóricos o arquitectónicos de un determinado periodo. La comprensión y estudio de la historia del arte es sumamente importante como dimensión para el estudio humanista, en ocasiones como «suplemento» de las fuentes escritas en la aprehensión del pasado³⁷⁷. Otras veces la obra constituye la fuente misma por excelencia, por lo que no debe caerse en el error de entender el arte pictórico como un mero acompañante ilustrativo. En la pintura de historia decimonónica, muchos cuadros fueron considerados como auténticas imágenes reales de los acontecimientos. Como con las fuentes escritas, la mirada crítica del historiador debe diferenciar entre la realidad histórica de los sucesos representados a la que tratamos de aproximarnos, y la propia visión de los autores decimonónicos.

Para aproximarnos a la pintura de historia del siglo XIX resulta imprescindible señalar el estudio realizado por el profesor Tomás Pérez Vejo. En su obra *España Imaginada* (2015) el autor realiza un recorrido a lo largo de toda la pintura de historia del siglo XIX, ya que, según afirma «el pintor decimonónico se convirtió [...] en un creador de realidad, modelador de opiniones y casi en un profeta social»³⁷⁸. En este sentido el autor incide en «el enorme esfuerzo propagandístico de una pintura de la historia cuyo principal, sino único objetivo fue mostrara la nación³⁷⁹». También Álvarez Junco (2001) y Peiró (2017) dedican una parte de sus obras a la importancia no solo de la pintura, sino del arte en general atendiendo a aspectos como la música, los monumentos públicos y en el caso de Peiró incluso de los espacios urbanos como los jardines, las calles o los edificios.

Las Exposiciones Nacionales constituyeron un papel central en la creación de la identidad española. El Estado era el principal mecenas, de forma que el éxito de los pintores estaba a menudo supeditado a la «fidelidad» con la que representaban el pasado histórico más que en la calidad o el estilo artístico. Esto suponía en la práctica «un importante mecanismo de control ideológico y artístico³⁸⁰». El público que asistía a las exposiciones nacionales era bastante heterogéneo. Cabe sin embargo preguntarse la posibilidad que pudieron tener las clases más bajas de la población para acceder a estas exposiciones. No parece razonable pensar que la mayor parte de la población pudiera

³⁷⁶ LAPEÑA PAUL, Ana Isabel, (2008). «Aspectos materiales y espirituales en la vida aragonesa medieval». *Arte y vida cotidiana en época medieval*. LACARRA DUCAY, María del Carmen., (Coord.). Zaragoza: Institución Fernando el Católico, p. 234.

³⁷⁷ En el caso de la pintura decimonónica, por ejemplo, donde los pintores realizaban sus obras documentándose con las obras de los historiadores.

³⁷⁸ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, p. 21.

³⁷⁹ *Ib.*, pp. 15 y 16.

³⁸⁰ *Ib.*, p. 43.

tener acceso a las exposiciones. Aceptando esta premisa la pintura de la historia sería un elemento para crear una identidad de élites. Pero el Estado Liberal ya era consciente de la necesidad de hacer extensible las imágenes de la nación a las masas, por lo que se habilitaron días especiales de entrada gratuita cuyo éxito se evidenció en la necesidad de prolongar los horarios de apertura. Tal y como expone una descripción titulada *Visita a la Exposición de Bellas Artes* recogida en *La Época*; «no son ya las clases aristocráticas y acomodadas las únicas que frecuentan las exposiciones, sino el pueblo mismo, al cual [...] se le ve invadir en tropel y llenar las espaciosas salas³⁸¹». Pero lo cierto es que el número de personas que visitaron las exposiciones nacionales fue muy limitado, empezado por que dichas exposiciones se celebraban en Madrid por lo que la mayor parte de las clases medias del país no llegaron a ver los cuadros. En este sentido resulta fundamental señalar la importancia de la crítica como transmisora de las imágenes de las exposiciones.

Existen según Pérez Vejo diferentes formas de catalogar la pintura de historia: según su periodización artística, según el relato de la nación y según su temática. Atendiendo a los periodos artísticos, podemos diferenciar cinco. El primero, que va desde la guerra de la Independencia a la muerte de Fernando VII. Este periodo viene marcado por las casi contemporáneas obras de Goya y Madrazo en un primer momento, y un segundo momento, donde la protagonista volvió a ser la monarquía durante la vuelta de Fernando VII. Un segundo periodo que va desde la muerte de «el Deseado» hasta el triunfo de la revolución de 1854 donde no existen cuadros de pintura de historia hasta la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1856. Ésta inició un tercer periodo que se extendió hasta 1867 y que se caracterizó por la consagración de los temas más recurrentes de la mitología y el relato nacional. Un cuarto periodo entre 1868 y 1874 marcado por la crisis económica y política y finalmente un quinto periodo entre 1868 y 1898 en la que la pintura de historia se vio marcada por el relato de la Restauración³⁸².

Es posible también catalogar la pintura de la historia en función del punto de vista del relato de la nación, ya que, como se ha señalado, existieron dos visiones del pasado histórico. Las fuentes de las que se sirvieron los pintores decimonónicos fueron en su mayor parte obras de historiadores donde, como resulta evidente, la obra de Lafuente desempeñó un papel fundamental que influyó cuadros tan trascendentales como *Los Comuneros Padilla, Bravo y Maldonado*³⁸³. Según Pérez Vejo el segundo historiador más citado por los pintores de historia fue William H. Prescott, siendo imprescindible señalar su influencia en *Doña Isabel la Católica dictando su testamento*³⁸⁴ de Eduardo Rosales. Para temas aragoneses fue la obra de Jerónimo Zurita. También el *Romancero* constituyó una fuente muy recurrente para temas medievales³⁸⁵.

Una de las cuestiones clave a tener en cuenta a la hora de analizar la influencia de la pintura de la historia en la construcción de la identidad colectiva española es su tasa de

³⁸¹ *Ib.*, pp. 44 y 45.

³⁸² *Ib.*, p. 25, 26 y 27.

³⁸³ *Vid.* Figura 1.

³⁸⁴ *Vid.* Figura 2.

³⁸⁵ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.* pp. 32-34.

correlación, es decir, el resultado de dividir el porcentaje de cuadros dedicados a un tema histórico concreto dividido por el porcentaje real de tiempo histórico que representa. De esta forma según el análisis realizado por Pérez Vejo existen en la pintura histórica del siglo XIX algunos periodos sobrerrepresentados y otros subrepresentados. Los primeros son los que poseen una tasa de correlación superior a uno y los segundos inferior. A través de este análisis es posible determinar qué episodios constituyen un mayor interés para el relato nacional. Debemos tomar sin embargo con cautela estos datos, ya que, como se ha señalado, la importancia de determinados acontecimientos oscilaba entre las visiones de las dos Españas por lo que quien ostenta el poder ha de ser una variable a tener en cuenta a la hora de interpretar los datos del índice de correlación. Otra cuestión a tener en cuenta es que el éxito de algunas composiciones fue tal que terminaron en convertirse en imágenes reales del suceso. En este sentido ningún otro pintor se atrevió a volver a pintar sobre ese tema en concreto. Es importante tener en cuenta esta cuestión porque la baja producción pictórica no es en este sentido señal de desinterés por parte del Estado en lo que a la construcción identitaria se refiere. Con todo, la tasa de correlación supone un buen indicador, de forma que la importancia del reinado de los Reyes Católicos presenta una tasa superior a cinco. La época de los Austrias que sembró las ya citadas diferencias fruto del austracismo entre las dos versiones histórico identitarias presenta una tasa de correlación en torno a tres. La escasa importancia otorgada al siglo XVIII se pone de manifiesto en una tasa de correlación que no alcanza el 0,4 para finalmente dispararse en el siglo XIX con la guerra de la Independencia, donde encontramos de nuevo cifras que oscilan en torno al cinco³⁸⁶.

Hasta once cuadros encontramos sobre la antigüedad inspirados en la historia de Roma como *Séneca, después de abrirse las venas se mete en un baño y sus amigos poseídos por el dolor, juran odio eterno a Nerón, que decretó la muerte de su maestro* de Manuel Domínguez Sánchez y *Muerte de Lucrecia* de Eduardo Rosales. Es cierto que estos cuadros son los celebrados justo después de la revolución de 1868 y su objetivo era denunciar el poder despótico de los reyes. Numancia y Sagunto dieron lugar a algunos cuadros destacables como *Destrucción de Numancia* de Vicente Jimeno expuesto en la Exposición de la Academia de 1842. Pero destaca sobre todo *El último día de Numancia*, de Ramón Martí Alsina de la Exposición Nacional de 1858. Algo más tarde, en la en la Exposición Nacional de 1881, destaca una de las imágenes decimonónicas más trascendentales sobre el mito numantino: *Último día de Numancia* de Alejo Vera³⁸⁷. En la obra aparece representada la autoinmolación colectiva de los numantinos y que según Pérez Vejo tiene «una clara voluntad de representar lo ocurrido como un acto colectivo, sin héroes individuales». Finalmente, no podía faltar la figura de Viriato que dio lugar a algunos cuadros como *La muerte de Viriato, jefe de los lusitanos* pintado en 1808 por José Madrazo. Cabe destacar que en dicha obra el pintor establece relaciones entre los invasores franceses y los romanos³⁸⁸.

³⁸⁶ *Ib.*, p. 50.

³⁸⁷ *Vid.* Figura 3.

³⁸⁸ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp. 54, 55, 66 y 67.

Respecto a la aparición de los visigodos en la pintura de la historia, a diferencia de los escritos su presencia es mucho menor, ya que posee una de las tasas de correlación más bajas. El primero de ellos es el de *Wamba renunciando a la corona* de Juan Antonio de Ribera, pintado hacia 1819 por encargo de Fernando VII. Pero el gran cuadro estrella de época visigoda fue *Conversión de Recaredo* de Antonio Muñoz Degrain³⁸⁹, que vio la luz en 1888 y cuya importancia radica en que, como se ha expresado, el nacional-catolicismo señalaba este momento como la unidad religiosa característica del ser español. También aparece representado en el techo del Salón de Sesiones del Congreso junto a Isidoro de Híspalis como reforzamiento de la idea de unidad religiosa y de la herencia del derecho visigodo³⁹⁰.

En cuanto a las representaciones de época medieval, llama la atención la escasez de obras en una sociedad tan «filomedieval» como la decimonónica. La razón es que tanto en pintura como en historia se obvian los conflictos entre los diferentes reinos cristianos prestando atención a aquellos elementos considerados importantes para la unidad en el relato nacional. En este sentido se presta atención a cuestiones como el Compromiso de Caspe o la batalla de las Navas de Tolosa. Destaca en primer lugar *El Compromiso de Caspe* de Dióscoro Teófilo de la Puebla, adquirido por el Congreso de los Diputados³⁹¹. Se trata de una rigurosa reconstrucción de lo relatado por las actas de la reunión guardadas en el Archivo de la Corona de Aragón. En el cuadro se representa el momento en el que San Vicente nombra al elegido infante de Antequera, mientras que es interrumpido por el clamor universal que gritaba «viva, viva nostre rey el señor don Fernando». Otro cuadro destacable sobre el Compromiso de Caspe es el de Andrés Parladé Heredia: *Última sesión secreta del compromiso de Caspe* donde nuevamente se presenta a San Vicente como protagonista, aunque esta vez en una de las sesiones previas al compromiso. Sobre la batalla de las Navas de Tolosa resulta elocuente mencionar *La batalla de las Navas de Tolosa* de Van Halen³⁹², *El triunfo de la Santa Cruz en la batalla de las Navas* de Marceliano Santa María Sedano o *Alfonso VIII arengando a sus tropas antes de la batalla de las Navas* de Antonio Casanova y Estorach. La reconquista del valle del Guadalquivir por Fernando III el Santo dio origen a cuatro cuadros, entre ellos cabe mencionar *El rey moro de Sevilla entregando a San Fernando las llaves de la ciudad* de José María Rodríguez Losada y *Alhamar, rey de Granada, rindiendo vasallaje a Fernando III el Santo* de Pedro González Bolívar. Estas obras de menor éxito versan sobre la batalla de Clavijo o la del Salado «que sin llegar a formar ciclos contribuyeron junto con los anteriores a fijar la imagen de la Edad Media castellana como época de la Reconquista³⁹³». *Don Pelayo en Covadonga* de Luis de Madrazo³⁹⁴ (Exposición Nacional de 1856) y *Don Pelayo en Covadonga* de Ramón García Espínola (Exposición Nacional de 1871) resultan muy ilustrativos al respecto. También el Cid como modelo del «hombre español» gozó de cierto éxito pictórico con obras como *La jura de Santa Gadea* de Marcos Hiráldez

³⁸⁹ Vid. Figura 4.

³⁹⁰ *Ib.*, p. 74 y 75.

³⁹¹ Vid. Figura 5.

³⁹² Vid. Figura 6.

³⁹³ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, p. 92.

³⁹⁴ Vid. Figura 7.

Acosta y *La primera hazaña del Cid* de Juan Vicens Cots y *Las hijas del Cid* de Dióscoro Teófilo de la Puebla. Además, se incluyó una representación suya en el ya citado fresco del techo del Salón de Sesiones del Congreso³⁹⁵.

Notablemente inferiores en número son las representaciones de la historia de Aragón, que no empezaron a aparecer hasta pasada la revolución de 1868. Ejemplos de ello son *La campana de Huesca* de José Casado del Alisal (1882), *Últimos momentos del rey Jaime I el Conquistador* de Ignacio Pinazo Camarlench (1881)³⁹⁶, y *Los Amantes de Teruel* de Antonio Muñoz Degrain (1884)³⁹⁷. La aparición de estas obras constituye, tal y cómo apunta Pérez Vejo «reflejo, sin duda, del intento de configurar una identidad nacional menos sesgadamente castellanista³⁹⁸». Jaime I fue muy representado dando lugar a otros cuadros como *La Entrada Triunfal en Valencia del rey don Jaime el Conquistador* de Fernando Richart, *Los últimos momentos del rey Jaime I el Conquistador* de Pinazo Camarlench o *El traslado del cadáver de don Jaime el conquistador al monasterio de Poblet* de Alejandro Grau³⁹⁹.

Respecto al Reinado de los Reyes Católicos, más de la mitad de la pintura de historia sobre su reinado se articulan en torno al descubrimiento de América y la conquista de Granada. La tasa de correlación de cuadros sobre el descubrimiento de América y la conquista de Granada es una de las más altas de la pintura de historia decimonónica. Destaca *Cristóbal Colón en el Convento de la Rábida* de Eduardo Cano de la Peña en que aparece representado el descubierta en el puerto de palos señalando con el dedo mientras habla con Marchena y algunos pilotos sobre la idea del camino más corto para ir a la India. Es importante también el *Primer desembarco de Colón en América* de Dióscoro Teófilo de la Puebla Tolín⁴⁰⁰, que según Pérez Vejo «fijó la imagen del Descubrimiento como empresa civilizadora, una gesta cristiana para una nación cristiana, obra de civilización y no de conquista». Cabe señalar también *Reposición de Colón* de Francisco Jover Casanova que se basaba en la reconciliación de los Reyes Católicos y Colón. Se inspiró en *Historia de Fernando e Isabel* de William H. Prescott. Otros cuadros de Colón con menor público son *Colón pidiendo hospitalidad en el Convento de la Rábida* de Benito Mercadé y Fábregas; *Muerte de Cristóbal Colón* de Francisco Ortego o *Colón recibido por los Reyes Católicos en Barcelona* de Francisco García Ibáñez⁴⁰¹.

Respecto al otro gran momento representado, la conquista de Granada, representaba «la quintaesencia del refinamiento oriental, caballeresco y decadente como un romance fronterizo⁴⁰²». El gran cuadro sobre la conquista del reino nazarí fue *La Rendición de Granada* de Francisco Pradilla y Ortiz (1881)⁴⁰³, que terminó por definir la

³⁹⁵ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp. 78, 91, 92, 93, 95 y 112.

³⁹⁶ *Vid.* Figura 8.

³⁹⁷ *Vid.* Figura 9.

³⁹⁸ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, p. 108.

³⁹⁹ *Ib.*, p. 110.

⁴⁰⁰ *Vid.* Figura 10.

⁴⁰¹ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp. 126,127, 128 y 131.

⁴⁰² *Ib.*, p. 129.

⁴⁰³ *Vid.* Figura 11.

imagen por excelencia de uno de los acontecimientos históricos de mayor repercusión en torno al discurso de la unidad nacional.

El ejército cristiano forma desplegado [...] en medio [...] los caballeros, teniendo o guardando [...] a las damas de la Reina; ésta, el Rey y sus dos hijos mayores están situados delante [...]. El Rey Chico avanza por la carretera a caballo hasta la presencia de los Reyes, haciendo además de apearse [...]. El Rey Fernando le contiene. Con Boabdil vienen a pie [...] los caballeros de su casa [...] entre Boabdil y el rey cristiano [...] un alero de la Mezquita, los chopos que indican el curso del Genil [...], las Torres Bermejas y de la Vela, que [...] es lo único que se divisa de la Alhambra desde este punto⁴⁰⁴.

Otros episodios también muy representados, aunque en menor medida que las anteriores, son las campañas militares en Italia ejemplificado en la figura del Gran Capitán como *El Gran Capitán en Italia* de Joaquín Fernández Cruzado, aunque el de mayor éxito fue el de *Los dos Caudillos (El Gran Capitán y el duque de Nemours)* de José Casado Alisal. También la expulsión de los judíos se convierte en algo marginal mientras que la expulsión de los musulmanes fue un elemento central. La expulsión de los judíos y el radicalismo de la inquisición era visto como algo vergonzoso por lo que se culpaba a Torquemada y no a los Reyes Católicos. Solo existe un único cuadro adquirido por el Estado: *La expulsión de los judíos de España (año de 1492)* de Emilio Sala Francés, que según Pérez Vejo refleja una imagen negativa del inquisidor presentado como un energúmeno. El éxito de este cuadro fue mayor en el extranjero ya que manifestaba el viejo estereotipo de la Leyenda Negra⁴⁰⁵.

La época de los Austrias es un elemento central en el imaginario decimonónico con un índice de correlación de los más altos, solo por detrás del reinado de los Reyes Católicos. Los cuadros sobre los Austrias reflejan las contradicciones de moderados y progresistas. Los ciclos temáticos que monopolizan el periodo de los Austrias son: vida de Carlos V, conquista de América, vida de Felipe II, vida de Cervantes y episodios del Quijote. Los cuadros de América en época de los Austrias destaca *Presentación a Hernán Cortés de Guatimocín por el capitán García de Holguín* de Fernández Cruzado en la Exposición de la Academia de 1842; *Prisión de Guatimocín, último emperador de los mejicanos, por las tropas de Hernán Cortés y su presentación a éste en la plaza de Méjico* de Carlos María Esquivé; *Hernán Cortés entrando en el aposento de Moctezuma* de Antonio Gómez y Cros⁴⁰⁶; *Hernán Cortés quemando las naves* de Francisco Sans Cabot; y *La batalla de Otumba* de Manuel Ramírez Ibáñez. Solo después de la conquista de México, la de Perú adquiere cierta importancia con cinco cuadros, todos ellos de la época de la Restauración. El único cuadro sobre Pizarro fue *Muerte de Pizarro, conquistador del Perú* de Manuel Ramírez Ibáñez. Destacan también como tema preferido de las guerras con Francia *Entrevista de Francisco I y su prometida, doña Leonor de Austria* de

⁴⁰⁴ «Carta de Pradilla al marqués de Barzanallana», Roma, 13 de junio de 1882. Citado en AVILÉS, Ángel, *Catálogo de las obras de arte existentes en el Palacio del Senado*, Madrid, Fortanet, 1917, pp. 39-42. Citado en PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp. p. 130.

⁴⁰⁵ *Ib.*, p. 133, 140 y 141.

⁴⁰⁶ *Vid.* Figura 12.

Antonio Gilsbert y *Rescate de Francisco I de Francia y entrega en rehenes de sus hijos* de Juan García Martínez⁴⁰⁷.

Otro tema recurrente para mostrar la «hegemonía española» fueron las Guerras entre Carlos V y Francisco I de Francia donde se construyó un imaginario en torno a la batalla de Pavía. Destaca en este sentido *La batalla de Pavía* de Antonio Gómez Cros que representa el momento donde Juan de Urbietta clava la espada en el pecho de Francisco I. Finalmente como es costumbre se dan algunos episodios de los últimos años, muerte y retiro del emperador. Destacan *Entrada de Carlos V en el Monasterio de Yuste* de Joaquín Agrasot, y *Llegada de Carlos V al monasterio de Yuste* de José Alarcón y Córcoles⁴⁰⁸.

Pero el gran suceso fue sin duda las comunidades de Castilla. A pesar de la gran trascendencia de la guerra de las Comunidades en el relato liberal progresista, este no fue demasiado representado. Probablemente por ser bandera del liberalismo más radical se explica esta ausencia. Uno de los cuadros más trascendentales de toda la pintura de historia española es sin embargo *Los comuneros Padilla, Bravo y Maldonado en el Patíbulo* de Antonio Gilsbert expuesto en la Exposición Nacional de 1860, momento en el que comienzan las primeras fisuras en el modelo ideológico. Se inspiró evidentemente en Lafuente:

Como en la carrera fuese gritando el pregonero: Esta es la justicia que mandó hacer S.M. [...] a estos caballeros, mandándoles degollar por traidores. -*Mientes tú, y aún quien te lo mandó decir*, exclamó altiva y fieramente Juan Bravo; *traidores no, mas celosos del bien público, y defensores de la libertad del reino*. A lo cual contestó con noble entereza Padilla: *Sr. Juan Bravo, ayer fue día de pelear como caballeros, hoy lo es de morir como cristianos*. El capitán segoviano guardó silencio, y así llegaron a la plaza. *Degüéllame a mi primero*, le dijo al verdugo, *porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla*; y la cuchilla segó una garganta. Llegose al cadalso Padilla, vio el cadáver de Juan Bravo [...] levantó los ojos al cielo, pronunció el *Domine, non scundum peccata nostra facia nobis*, e instantáneamente le fue cortada el habla y la vida [...].⁴⁰⁹

Desde fechas tempranas se dedicaron algunos escritos como el del duque de Rivas: *Lanuza* (1822). Lanuza se convirtió en símbolo del ajusticiamiento de las libertades aragonesas frente al absolutismo. Era el equivalente a las Comunidades de Castilla. Las imágenes de mayor eco público de estos sucesos fueron *El presidente del Consejo de Castilla, Rodrigo Vázquez, visitando en la cárcel a la familia de Antonio Pérez* de Víctor Manzano; *Antonio Pérez recibiendo a su familia después del tormento* de Vicente Borrás y Mompó que denuncia la arbitrariedad real y se inspira también en Modesto Lafuente y con este mismo motivo *Antonio Pérez libertado de la cárcel de los Manifestados, por el pueblo de Zaragoza en 1591* de Manuel Ferrán y *Prisión de Lanuza* de Carlos Larraz. Expuestos en 1871, destacan sobre esta temática *Don Juan de Lanuza, en el momento de*

⁴⁰⁷ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp. 142-149.

⁴⁰⁸ *Ib.*, pp. 148 y 150.

⁴⁰⁹ LAFUENTE, Modesto, (1850-1867). *Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*. Madrid, Establecimiento tipográfico de Mellado, tomo XI, p. 221. Citado en *Ib.*, p. 152.

partir para el cadalso, protesta ante el gobernador de Zaragoza contra el calificativo de traidor de Ramón Elorriaga y *La sentencia de Lanuza* de Nicasio Serret Comín⁴¹⁰.

Tratando de representar la crueldad y el fanatismo religioso, cabe mencionar *Primer auto de fe del reinado de Felipe II en Valladolid* de Rogelio Eusquiza y *Felipe II presidiendo un Auto de Fe* de Domingo Valdivieso Henarejos⁴¹¹. Finalmente, también se representan los últimos momentos en cuadros como *Últimos momentos de Felipe II* de Francisco Jover Casanova y *Últimos momentos de Felipe II* de Antonio Casanova y Estorach⁴¹².

El hecho de que se considerara la época de los Austrias menores como un tiempo decadente hizo que se prestara mayor atención a los hechos culturales que a los políticos para la construcción nacional. Esta situación contribuyó a forjar el mito del siglo XVII como el siglo de oro de la cultura española. Miguel de Cervantes y sus obras fueron muy representados. Destacan *Cervantes preso, imaginando el Quijote* de Mariano de la Roca⁴¹³, basado en un párrafo de la *Vida de Cervantes* de Juan Antonio Pellicer, *Apoteosis de Cervantes* de Manuel Ferrán, *Cervantes, en sus últimos días, escribiendo la dedicatoria al conde de Lemos* de Eugenio Oliva y Rodrigo y *Cervantes y sus personajes* de Ángel Lizcano. Pero más numerosos son sin duda los cuadros inspirados en pasajes del *Quijote*. *Entierro del pastor Crisóstomo* de Manuel García Hiapaleta, *Don Quijote pronunciando el discurso de la edad de oro delante de los cabreros* de Antonio Pérez Rubio, *Presentación de Dorotea a Don Quijote* de Pedro González Bolívar y *Don Quijote en casa de los duques* de Enrique Recio Gil son ejemplos de ello. También se realizaron cuadros sobre las *Novelas ejemplares*, aunque en menor número que los anteriores. Destacan en este sentido *Rinconete y Cortadillo* de Manuel Rodríguez de Guzmán; *Una escena de La tía fingida* de Ignacio Suárez Llanos y *Rinconete y Cortadillo* de Arturo Moreno.⁴¹⁴

También se representaron vida y obra de otros autores. Sobre la vida de Quevedo destaca *Don Francisco de Quevedo en San Marcos de León* de Mariano de la Roca y Delgado en la Exposición Nacional de 1860 y sobre su obra *Lutero; asunto tomado del Sueño del Infierno de Quevedo* de Francisco Sans Cabot, inspirado en un capítulo de *Los sueños*. Sobre Lope de Vega cabe señalar *Sor Marcela de San Félix viendo pasar el entierro de Lope de Vega* de Ignacio Suárez Llanos. También puede encontrarse algún cuadro de Calderón de la Barca y Tirso de Molina. Finalmente, tratando de representar la cultura nacional son numerosos los cuadros inspirados en la vida de Velázquez, que junto con Murillo son considerados los dos grandes pintores españoles para la pintura de la historia decimonónica. Destaca *Velázquez premiado por Felipe IV* de Benito Mercadé y Fábregas, exhibido en la Exposición Nacional de 1860⁴¹⁵.

⁴¹⁰ *Ib.* pp. 155 y 156.

⁴¹¹ *Vid.* Figura 13.

⁴¹² PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp. 158 y 159.

⁴¹³ *Vid.* Figura 14.

⁴¹⁴ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp. 161, 162 y 163.

⁴¹⁵ *Ib.*, pp. 164 y 165.

Dada la escasez de pintura de historia decimonónica sobre el siglo XVIII —solo se encuentra un cuadro de relativo éxito: *El motín de Esquilache* de José Martí y Monsó— pasaremos a hablar de las obras contemporáneas. Los dos primeros cuadros sobre el tema fueron *El dos de Mayo de 1808 en Madrid: La lucha con los mamelucos*⁴¹⁶ y *El Tres de Mayo de 1808 en Madrid: Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío*⁴¹⁷, ambos de Goya, son prácticamente coetáneos de los hechos. Fueron realizados por encargo del Consejo de Regencia que pretendía «perpetuar por medio del pincel las más notables y heroicas escenas de nuestra insurrección contra el tirano de Europa». Tal y cómo ha interpretado Pérez Vejo «necesitaba disipar cualquier duda sobre su más que ambigua actitud respecto al reconocimiento de José I Bonaparte como rey de España», del que por cierto también recibió un ofrecimiento como pintor a través de una Orden Real conocida popularmente como «la berenjena». En cualquier caso, en ambos cuadros se ve representada la oposición entre franceses y españoles, ejército y pueblo, y el pueblo de Madrid como protagonista de un levantamiento nacional contra los extranjeros⁴¹⁸.

Otros cuadros destacables sobre estos primeros momentos son *El hambre de Madrid* pintado por José Aparicio e Iglada (1818) en el contexto del regreso de Fernando VII y *Daoíz en el Parque de Artillería* de Leonardo Alenza (Exposición de la Academia de 1836). Finalmente, del 2 de mayo son que según Pérez Vejo se suceden una exposición nacional tras otra, destacan *Los héroes de la Independencia española (Velatorio de Daoíz y Velarde)* de José Nin y Tudó, *Dos de Mayo* de Joaquín Sorolla y *Malasaña y su hija se baten contra los franceses en una de las calles que bajan del Parque a la de San Bernardo* de Eugenio Álvarez Dumont. También los juicios y fusilamientos del 3 de mayo, además del de Goya darán lugar a otros cuadros como *La madrugada del 3 de mayo de 1808* de José Marcelo Contreras. Finalmente, visto como «redención» previa al renacer nacional iniciado en 1808 y «sellado» en 1812 y como representación del valor y la muerte con honor destaca Trafalgar con cuadros como *Episodio de Trafalgar* de Francisco Sans Cabot y *Combate Naval de Trafalgar* de Justo Ruiz Luna. El primero es una defensa a la derrota con honor, al valor y la lealtad de los marineros. El segundo representa el final de un imperio. También destaca *Muerte de Churruca en Trafalgar* de Eugenio Álvarez Dumont⁴¹⁹.

Los sitios de Zaragoza y Gerona cobran gran importancia en el imaginario de la pintura de historia decimonónica. Sobre Zaragoza el primer cuadro es de 1858: *El Capitán Romeo muere rechazando a los franceses en la batería de la Puerta del Carmen* de Juan José Martínez de Espinosa⁴²⁰. Entre los de mayor éxito destacan *Primer Sitio de Zaragoza* de Alejandro Ferrant y Fischermans, *Heroica de la torre de San Agustín, en Zaragoza, en la guerra de la Independencia* de César Álvarez Dumont, *El Pilar no se rinde (episodio del primer sitio)* de Federico Jiménez Nicanor, *La defensa del púlpito de San Agustín en Zaragoza* de César Álvarez Dumont y *Defensa de Zaragoza en 1809* de Nicolás Mejía

⁴¹⁶ Vid. Figura 15.

⁴¹⁷ Vid. Figura 16.

⁴¹⁸ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp. 170, 177 y 178.

⁴¹⁹ *Ib.*, pp. 179-185.

⁴²⁰ Vid. Figura 17.

Márquez. En cuanto a Gerona destacan *El cadáver de Álvarez de Castro* de Tomás Muñoz Lucena, *Presentación del cadáver de Álvarez de Castro ante el pueblo de Figueras* de Vicente Nicolau Cotanda, y *Gran día de Gerona* de César Álvarez Dumont⁴²¹.

Un tema de gran importancia y que sorprende por la escasez de pintura de historia en comparación con el enorme alcance en el imaginario colectivo es la batalla de Bailén. Quizá porque el cuadro de más éxito, *La rendición de Bailén* de Casado Alisal⁴²², terminó convirtiéndose en imagen real. La primera propuesta de cuadro se realizó de forma temprana, en 1824 por el Ayuntamiento de Madrid a José Aparicio, aunque no se realizó por oposición de Fernando VII. La razón es que todo lo considerado de la guerra de la Independencia se asociaba a la revolución. El cuadro representa el momento en que el jefe de las tropas francesas se rinde al general Castaños. Otro cuadro sobre el tema que por estar alejado de la retórica de la pintura decimonónica pasó desapercibido fue *Episodios de la batalla de Bailén* de Ricardo Balaca⁴²³.

Es importante señalar el éxito de dos obras fundamentales para la construcción de la imagen de España. Por encargo del Congreso, el de mayor éxito fue *El juramento de las cortes de Cádiz en 1810* de José Casado Alisal⁴²⁴ que apareció expuesto fuera del concurso en la Exposición Nacional de 1862. Dado que este pintor era «poco menos que el pintor oficial de los moderados» la imagen que aparece de la representación de las Cortes de Cádiz es la visión que tenía en moderantismo isabelino. El otro cuadro sobre las cortes fue *Libertad e Independencia. Cádiz 1812* de Francisco Sans Cabot. La crítica coincide en señalarlo como una imagen integradora y de unión frente al enemigo exterior. Aparecen en el centro del cuadro tres figuras que representan el clero, la nobleza y el pueblo como los tres elementos clave para el levantamiento⁴²⁵.

Hay que subrayar la importancia de *El fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga* de Antonio Gilsbert⁴²⁶ una de las imágenes más representativas de la guerra bajo la perspectiva del liberalismo progresista. Representa la revolución y no la guerra entre hermanos y las distintas guerras civiles. Fue encargado el 21 de enero de 1886 a través de un Real Decreto firmado por el ministro de Fomento Eugenio Montero. No dejan indiferentes las afirmaciones de Pérez Vejo respecto a la visión de las dos Españas a través de la obra. Si hubieran consultado fuentes de otros autores, afirma, verían que «no sólo hubo dos Españas sino también dos Italías, dos Francias, dos Alemanias..., y a nosotros no tener que soportar tanta basura pseudohistórica a propósito de asuntos como la guerra civil española». La imagen fratricida de las dos Españas corresponde a las guerras carlistas, de presencia de relativa frecuencia en la Restauración, de forma que previamente solo encontramos *La Reina Doña María Cristina pasando revista a las tropas* de Mariano Fortuny. Las representaciones de mayor éxito fueron como *La muerte*

⁴²¹ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, p.180.

⁴²² *Vid.* Figura 18.

⁴²³ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, p. 184.

⁴²⁴ *Vid.* Figura 19.

⁴²⁵ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp.183 y 184.

⁴²⁶ *Vid.* Figura 20.

del Marqués del Duero (Montemuro 27 de Junio de 1874) de Joaquín Agrasot y *Por la patria* de Juan Antonio Benlliure⁴²⁷.

Para terminar, cabe referirse a lo mártires por el liberalismo tras la restitución del absolutismo por Fernando VII, siendo destacables tres cuadros dedicados a Mariana Pineda: *Doña Mariana Pineda en el momento de despedirse de las beatas de Santa María Egipciaca, en cuyo beaterio estaba presa para ir a la capilla* de Isidoro Lozano, *Doña Mariana Pineda en el momento de ir al patíbulo* de Juan Antonio Vera y *Lectura de la petición fiscal a doña Mariana Pineda* de José Ponce y Puente. Goza también de relevancia *El Empecinado sufriendo insultos y vejámenes* de José Parada en honor a Juan Martín Díez como figura clave en el rechazo al absolutismo fernandino. Finalmente llama la atención *Muerte del cura de Tamajón* de José Parada y Santín como víctima de los liberales⁴²⁸.

A modo de balance, podemos concluir por tanto esta breve aproximación a la pintura de la historia decimonónica afirmando que, como en la historia y la literatura, cobraron gran importancia algunos elementos muy cotizados para la construcción del imaginario de la nación, una cuestión lógica atendiendo al uso de historiadores, novelistas, poetas y dramaturgos como fuente o inspiración para la pintura de la historia decimonónica. Como hemos podido observar, dicho proceso se produce seleccionando y distorsionando las «imágenes históricas» a su antojo, para ensalzar valores como y la heroicidad y valentía en batalla, la cultura, pero sobre todo la unidad nacional primigenia continuamente arrebatada y recuperada. Ejemplo de ello son, como hemos visto las presentaciones de Sagunto y Numancia; las de los visigodos, la reconquista y los Reyes Católicos; o el conflicto de 1808-1814.

4.4. El espacio público y los monumentos como representación nacional

Tal y como señala Peiró en su obra *En los Altares de la patria: la construcción de la cultura nacional* española, y en concreto en el tercer capítulo elocuentemente titulado «En los altares de piedra. Las figuras de la nación», el arte urbano y los monumentos estatuarios cobraron también una enorme importancia en el proceso de construcción de la identidad nacional española. La importancia de la iconografía que ya había quedado latente en la multiplicidad de representaciones pictóricas hizo que en 1876 se creara la primera Junta de Iconografía Nacional impulsada por Alfonso XII, germen del Museo Iconográfico Nacional. A lo largo del siglo XIX se inauguraron 255 monumentos públicos de los cuales 226 se construyeron entre 1875 y 1914 lo que pone de manifiesto que la mayor parte de las construcciones monumentales se produjeron en la Restauración. Estas conclusiones son obtenidas por Peiró en un gráfico de la ya citada obra donde se aprecia con mayor claridad esta idea, de forma que tan solo se inauguró un monumento durante el Trienio Liberal, tres durante el reinado del Fernando VII, cifra que se repite durante la regencia. Durante el reinado de Isabel II se erigieron dieciséis monumentos y

⁴²⁷ PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *Op. Cit.*, pp 190 y 191.

⁴²⁸ *Ib.*, pp. 192 y 193.

finalmente seis en el Sexenio Democrático. No se tienen aquí en cuenta la enorme cantidad de monumentos que se habían proyectado pero que no llegaron a construirse, las pequeñas representaciones o el arte funerario en iglesias y cementerios⁴²⁹. Además, la «descanonización» o readaptación de los monumentos de los gobiernos sucesivos gobiernos que los eliminaban o modificaban en función de sus propios intereses políticos, y el «vandalismo» político, junto con la elaboración de altares menores o elaborados con materiales de baja calidad dificultan mucho su estudio y cuantificación, aunque no impide apreciar su magnitud⁴³⁰.

Aprovechando el escaparate de la Exposición Universal de 1888, Cataluña fue una de las primeras en rendir homenaje a Colón (209) y terminó por convertirse en el epicentro de escultores, arquitectos y técnicos especializados en monumentos conmemorativos, muchos de ellos solicitados en las distintas ciudades españolas, pero también en los países sudamericanos. Destacan figuras como Agustín Querol, Mariano Benlliure, Aniceto Marias, Manuel Fuxá, Eusebi Arnau y Josep Llimona entre los artistas de mayor éxito en los concursos de las exposiciones nacionales. Pero no solo se construyeron monumentos nuevos de carácter estatuario, sino que, como con la literatura, se puso en marcha un programa de catalogación de grandes monumentos a cargo de las comisiones provinciales. En 1844 se crearon las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos. En 1878 Cánovas creó el Museo de Reproducciones que junto a la labor del Museo Arqueológico Nacional (1867) y el Archivo Histórico Nacional (1866) y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando se propusieron crear el *Catálogo Monumental de España*⁴³¹ impulsado por Juan Facundo Riano y Eduardo Saavedra. Para el caso aragonés resulta interesante atender a lo expuesto por Álex Garrís Fernández en *La tutela del patrimonio aragonés: la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Zaragoza (1835-1957)* en el que se atienden, entre otras cuestiones, aspectos relacionados con el estudio y catalogación del Monasterio de Veruela o el Monasterio de Rueda, la Catedral de Tarazona, Santa Engracia o la Aljafería entre otros.

Sin poder realizar aquí aproximarnos siquiera a una catalogación completa de los monumentos estatuarios más representativos, nos limitaremos a mencionar algunos de los ejemplos considerados fundamentales por Peiró. En este sentido cabe señalar el monumento al *Justiciazo* que fue inaugurado en 1904 en la Plaza Aragón del Paseo de la Independencia de la ciudad de Zaragoza. La confección de dicho monumento fue lanzada a concurso por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando que concedió el primer premio a José Alcoverro y Amorós. La concesión oficial para la conmemoración del Centenario de los Sitios impulsó la creación de nuevas estatuas como la de *Agustina de Aragón*, *Los sitios de Zaragoza*, *Los defensores del reduto del Pilar* o *Los Mártires de la religión y de la Patria*⁴³².

⁴²⁹ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, pp. 208 y 213.

⁴³⁰ *Ib.*, p. 209.

⁴³¹ *Ib.*, pp. 51, 52, 209 y 210.

⁴³² *Ib.*, pp. 215 y 216.

Es importante señalar también la importancia de los lugares de la memoria⁴³³. «Los edificios oficiales (civiles y militares cumplieron su función ideológica al actuar como portadores simbólicos cuya eficacia residía [...] en su capacidad de evocar sentimientos y dotar de significados a una serie de ideas que trascendían el objeto que simbolizaban⁴³⁴». Se crearon en este sentido grandes avenidas como espacios para conmemorar las grandes gestas como la plaza del dos de mayo. Se dio nombre a calles que representaban hitos importantes para la construcción del imaginario nacional como Numancia, Sagunto, Covadonga, Padilla, Bravo, Maldonado y Lanuza⁴³⁵.

En definitiva, la «monumentomanía» o «estatuomanía», pero también el espacio público conformado por las calles, edificios o jardines que se desarrolló una fuente no solo de expresión, sino de creación de ideas, dirigidas principalmente hacia propietarios, funcionarios estatales o municipales, pero también hacia las clases bajas, permitiendo así al pueblo «mirar desde abajo y hacerse público» hizo posible «la integración de las clases bajas en la *religión civil española* y la cultura de la fiesta contemporánea»⁴³⁶.

4.5. La mercantilización de la cultura de la fiesta: espectáculos y festejos

Respecto a las celebraciones y festejos, según señala Peiró a través de lo dispuesto por la socióloga Natalie Zemon Davis, las corridas de toros fueron grandes portadoras de los elementos simbólicos de la cultura nacional española y que junto al teatro y el género chico contribuyeron a la extensión de la cultura nacional a las masas. El auge de la tauromaquia, sobre todo a partir de las primeras décadas del siglo XX, puede apreciarse en el hecho de que existían cerca de un centenar de empresas de lidia en 1867 que a finales de siglo superaban las ochocientas. construcción o remodelación de grandes plazas de toros en los últimos años del liberalismo como la de *Maestranza* de Sevilla en 1914, la *Monumental* de Barcelona ese mismo año y *Las Ventas* de Madrid en 1931⁴³⁷.

Para los escritores nacionalistas el toreo era algo propio del ser español, reflejo de su bravura y valentía, de su desprecio a la muerte, una idea tallada a través de mitos como el citado de Numancia y Sagunto o la Reconquista. La lidia de los toros es un elemento simbólico fuertemente arraigado a la identidad nacional española y su recorrido histórico-lingüístico es muy similar al de otros mitos que se han tratado de deconstruir aquí. La cuestión fue brevemente atendida por Américo Castro que afirma que en el *Caballero de Olmedo* Lope de Vega ya se refirió a lo noble y caballeresco de lidiar con toros, y que posteriormente, en el siglo XVIII, la lidia sería vista como «de gente baja que por dinero se daba al espectáculo». Citando a Ortega y Gasset, Castro afirma que

se alega también la continuidad de la tauromaquia, como si quien hoy va a contemplar la lidia de ganado bravo prestara a ésta la significación sacra que tenía hace milenios [...]

⁴³³ *Ib.*, p.192.

⁴³⁴ *Ib.*, p. 193.

⁴³⁵ *Ib.*, p. 202.

⁴³⁶ *Ib.*, pp. 194-197.

⁴³⁷ *Ib.*, pp. 41, 52, 45 y 46.

«La ‘realidad’ de la lidia de toros en la prehistoria y en la vida española no es la misma, como no es tampoco la misma en la vida de quienes gustan de ese espectáculo en el sur de Francia. Las supervivencias tradicionales (trillar, por ejemplo, como en el Antiguo Egipto, según se ha hecho en ciertos lugares de España hasta el siglo actual) no implican que el labriego sea celtíbero o egipcio [...]. Lidiar contra toros, o contra moros, lo mismo daba⁴³⁸.

Tal y como apunta Peiró, a partir de 1910 el mundo de los toros comenzó a atraer a unos intelectuales cuyas reflexiones se movían a menudo «entre el repudio moral y las oscuras connivencias con la violencia, las convicciones políticas de representar lo más rahez de la vida española y los gozos personales por las distintas suertes del espectáculo». Joaquín Costa, por ejemplo, atribuía la fiesta a «la perversión del sentimiento público». Producciones como las de Antonio Machado, Blasco Ibáñez, Gómez de la Serna, Rubén Darío, García Lorca o Rafael Alberti sirvieron para exaltar la tauromaquia y convertir en auténticos héroes a los toreros, siendo Joselito el Gallo y Juan Belmonte algunos de los más citados. Como en todo el proceso de construcción cultural de la nación, no solo se escribieron poemas y narraciones de diferente índole, sino que también se pintaron cuadros e incluso se dedicaron zarzuelas como *Pan y Toros* (1864). Avalado por Ortega y Gasset, en 1934 José María de Cossío fue nombrado director de la gran enciclopedia de *Los Toros* y en 1943 vio la luz el primero de los cuatro tomos de la colección⁴³⁹.

Pero el mundo del toreo traía consigo aparejadas otras actividades festivas como por ejemplo bailes de máscaras, globos aerostáticos, equitación; pero también mítines políticos, disturbios o protestas, una cuestión que pone de manifiesto «la creciente mercantilización de la industria del entretenimiento nacional». Las fiestas locales llenaron las calles de música con bandas, murgas y charangas. Además de los espectáculos taurinos celebraban circos, cabarés, comidas populares, conciertos, teatros de títeres etc. Otro de los grandes espectáculos fue el ya citado género chico y la Zarzuela⁴⁴⁰. Cabe señalar la cultura desarrollada en torno al flamenco que según José-Carlos Mainer se produjo a comienzos del siglo XX la «invención estética de una *España flamenca*». Pero «la consagración musical del fenómeno» tuvo lugar en la primavera de 1915 con el estreno en Madrid de *El amor Brujo. Escenas gitanas de Andalucía. Baile en un acto* del músico gaditano Manuel de Falla. En 1922, junto a Lorca y Zuloaga convocaron un concurso de «cante jondo» en Granada y que inspiraría el famoso libro *Poema del cante jondo*⁴⁴¹.

Para terminar, otra de las cuestiones a tener en cuenta en la importancia de la diversión como elemento nacionalizador es el deporte y particularmente el fútbol. Según ha señalado el hispanista Henry Kamen en su reciente publicación *La invención de España. Leyendas e ilusiones que han construido la realidad española* (2020) «el cambio cultural más importante que se incorporó fue el deporte popular. Que creó un foco de entretenimiento que trascendía las barreras regionales y sociales en toda la Península⁴⁴²».

⁴³⁸ CASTRO, Américo, (1971). [Ed. Original. 1954]. *Op. Cit.*, pp. 16 y 17.

⁴³⁹ PEIRÓ, Ignacio, (2017). *Op. Cit.*, p. 46 y 47.

⁴⁴⁰ *Ib.*, p. 41, 42 y 43.

⁴⁴¹ *Ib.*, p. 46

⁴⁴² KAMEN, Henry, (2020). *Op. Cit.*, pp. 446 y 447.

El fútbol llegó a España por influencia británica y la primera vez que se jugó fue en 1870 en el País Vasco. El primer club de fútbol se fundó en Huelva en 1889. En 1913 —apunta Kamen— se creó una asociación de fútbol que en 1924 fue reconocida por el Comité Olímpico Internacional. En 1928 comenzaron los primeros partidos de liga. El papel de integración de los regionalismos en la liga estuvo estrechamente relacionado con el desarrollo de los medios de comunicación como la radio, las carreteras o el automóvil⁴⁴³.

⁴⁴³ *Cit. Supra.*

5. CONCLUSIÓN

De la amalgama discursiva plagada de inevitables teorizaciones que caracterizan el estudio de las naciones y los nacionalismos, al menos una cosa es clara: existe un alto grado de politización en torno al tema. Como se ha señalado, en el caso español esa politización viene dada por los dos relatos nacionales decimonónicos; el nacional-católico y el liberal progresista. Ambos comenten el mismo error de autopercepción histórico-identitaria: considerar la nación española como un elemento natural y eterno. Asumido el carácter inventivo de la tradición, el debate ahora parece haber incrementado esa politización en torno a dos polos derivados de esos dos relatos. Ambos, derecha e izquierda, siguen aferrándose a algunos de estos mitos. La izquierda se ha centrado en el elemento de ruptura decimonónica con el pasado de Antiguo Régimen propio del relato liberal-progresista, y busca ahora unos orígenes muy cercanos, en algunas ocasiones rechazando la existencia de elementos culturales preexistentes, aunque como se ha señalado, el modernismo historiográfico de impronta marxista tenía en cuenta esta variable en el caso de las monarquías europeas, al menos de tras las matizaciones de Hugh Seton-Watson y John Armstrong. Parece que todavía hoy en día la supuesta antigüedad de una nación continúa siendo un elemento que aporta grandeza y legitimidad a la identidad colectiva. En este sentido gran parte de la derecha española continúa haciendo gala del nacionalismo decimonónico refiriéndose a la histórica antigüedad de España, y que parte de la izquierda actual observa con recelo, en parte debido al ultranacionalismo de extrema derecha de la dictadura franquista que llevó al extremo muchos de estos símbolos y mitos.

Por otra parte, muchos mitos progresistas de carácter revolucionario han trascendido también a la educación elemental, de forma que se ha generado una conciencia antiabsolutista y anticlerical en muchas generaciones de estudiantes. También la idea de la Leyenda Negra proyectada desde el exterior y la visión de los españoles en la Edad Moderna como auténticos bárbaros goza de buena salud en los tiempos que corren, como se pone de manifiesto en las múltiples protestas y derribo de monumentos de los conquistadores en países latinoamericanos con el objeto de romper con un pasado que consideran opresor. La respuesta conservadora de los teóricos españoles ha sido la publicación de obras de carácter desmitificador en torno a la Leyenda Negra y la Inquisición con el objeto de depurar la imagen de los españoles. El objeto no es por tanto aportar la tan necesaria perspectiva crítica que requiere el tema, es decir, tratar de demostrar que la realidad de la Edad Moderna es diferente y que no existe una continuidad entre estos y los españoles de la Edad Contemporánea.

La falsa sensación de continuidad, como se ha expresado, vendría de la mano del proyecto cultural desempeñado por los intelectuales decimonónicos. El objeto de las réplicas es pues depurar la imagen de los españoles a través de una lectura sesgada de las fuentes y la creación de nuevos mitos, que continúan sin desprenderse de la nación como sujeto de la acción histórica al indagar el pasado previo a la modernidad tardía o la contemporaneidad. Ejemplo de ello es la reciente publicación *Imperiofobia y leyenda*.

Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio Español (2016) de María Elvira Roca Barea, y que el propio García Cárcel, autor de *El demonio del sur*, ha criticado duramente. El problema es que a día de hoy continúan triunfando las ediciones que realizan apologías a la nación. Como diría Álvarez Junco, uno puede «hacerse rico» mucho más fácilmente si se dedica a construir mitos que a derribarlos. La emoción sigue primando a la razón en un amplio público, de forma que el éxito de la pseudohistoria o las historias apologéticas a menudo eclipsa en ventas al criticismo, sobre todo en el ámbito de la divulgación.

Respecto al uso de la mitología nacionalista por parte de nacionalismos secesionistas —los de izquierdas y los de derechas—, y unitarios —ya sea en este caso el reciente uso político de la historia por parte de la extrema derecha o el nacionalismo más moderado— nos mostramos de acuerdo con García San Juan y sus críticas a García Cárcel. Este último denuncia en múltiples ocasiones que se haya prestado mayor atención a deconstruir los mitos del nacionalismo español, y no los del nacionalismo catalán o vasco. En concreto afirma que a día de hoy «los grandes mitos de la historia nacional española, de Santiago a los Reyes Católicos, han sido puestos en solfa; mientras, parece haber habido una curiosa permisividad hacia los fabricados en las canteras de los nacionalismos sin Estado⁴⁴⁴». Según García San Juan, el enorme arraigo de los mitos del nacionalismo español es evidente, por citar un ejemplo de los más evidentes, en la definición de reconquista, todavía fuertemente arraigada en el imaginario de la sociedad española, fruto de haber sido impartido el relato canónico durante años⁴⁴⁵.

Creemos saber sin embargo a lo que García Cárcel se refiere, y es que, sin haber realizado una catalogación y basándonos en algunas de las afirmaciones de los estudiosos que han ido apareciendo el aparato crítico del presente trabajo, recientemente parece haber muchos más títulos tratando de desmitificar el nacionalismo español. Sin embargo, la percepción personal al respecto del que escribe es que muchas de esas obras lucen títulos que transportan a la corriente modernista, (la predominante, como se ha señalado), y parece que paulatinamente traten de invertir poco a poco la idea. Cabe preguntarse si se trata de una «estrategia de marketing» para atraer al lector e invertir la balanza. Hablamos evidentemente de un ámbito de rigurosidad y seriedad historiográfica, dado que en el mundo de la divulgación las perspectivas esencialistas van «de frente», como es por ejemplo la *Historia de España desde Atapuerca al Estatut* de García de Cortázar. Otras veces se han notado serios esfuerzos en desmitificar mitos nacionalistas a través de algunas afirmaciones, tratando de hacer ver, por ejemplo, el apego a «España» que pudiera tener un «catalán» en época medieval y moderna. Estamos de acuerdo en desmitificar también estas cuestiones, pero pensamos que en ocasiones da aun aspecto algo pretencioso. Como cuando una madre o un padre pill a su hijo haciendo una trastada y el pequeño automáticamente exclama «¡fulanito también!». Este ejemplo es aplicable a un programa de radio en el que, ante la exposición de la idea de invención de España el locutor «calmando al público» afirma que la invención de la tradición a la que se están refiriendo es algo que todas las naciones han llevado a cabo. Otras veces hemos notado

⁴⁴⁴ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (2011). *Op. Cit.*, p. 40.

⁴⁴⁵ GARCÍA SANJUAN, Alejandro, (2016). «La persistencia del discurso nacionalcatólico sobre el Medievo peninsular en la historiografía española actual». *Historiografías*, 12, pp. 150 y 151.

silencios. Silencios en el sentido de que un relato que no falta a la verdad, absolutamente, omite sin embargo precisiones o datos que se esperarían de una visión crítica de la historia, y creemos que en muchas ocasiones permiten mantener al lector la visión mítica previamente preconcebida. La pregunta es si se realizan o no de forma deliberada.

No nos gustaría concluir sin incidir en la enorme complejidad que supone el estudio del problema nacional. Enfrentarse a unos mitos asentados durante tiempo y que a menudo constituyen poderosas herramientas de cohesión y movilización social, cuando no fuertes ingresos como sería el caso de las peregrinaciones a la ciudad de Compostela, no es tarea sencilla. Se requiere en primer lugar una férrea base de conocimiento transversal de todas las épocas. Unos conocimientos que deben alternar el saber histórico con el historiográfico, de forma que se hace preciso no solo conocer un determinado periodo de la historia, sino cómo ese mismo periodo ha sido interpretado por los historiadores de cada momento histórico. Esto supone una complejidad añadida que en ocasiones puede resultar abrumadora, y que, según García Cárcel, ha provocado el desinterés de los estudiantes universitarios sobre el tema. Compartimos en este sentido la opinión de García Cárcel, aunque cabe precisar que no es aplicable al que aquí escribe, que considera apasionante tratar de dibujar el telón teórico que eclipsa el estudio sobre el origen de España. Pero es por esta misma razón, la magnitud del tema, por la que han quedado en el tintero aspectos relevantes para la aprehensión del proceso de construcción de la identidad colectiva española, como por ejemplo las visiones externas de los españoles o un soporte comparativo de mayor envergadura, cuya elaboración implicaría además conocer relativamente bien otros procesos de construcción nacional con sus propios mitos y deformaciones.

Queda también pendiente hacer extensible la idea de «paraísos, caídas y redenciones» del relato a la transición democrática, ya que, tal y cómo señala Sophie Baby en *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*, se trata de «un mito fundacional de la democracia cuyo relato intocable se impuso durante años en la esfera pública, es ahora el blanco privilegiado de las voces contestatarias que quieren desprenderse de la leyenda y reformar un sistema cuyas deficiencias se imputan a dicha transición⁴⁴⁶». La pervivencia de algunas de las viejas estructuras y el interés por demostrar una ruptura con el pasado presenta grandes paralelismos con la «revolución liberal» en España que han de ser analizados con detenimiento.

Para terminar, consideramos oportuno cerrar nuestro trabajo incidiendo en tres ideas fundamentales en las que puede resumirse nuestro trabajo. En primer lugar, la enorme influencia de las sagradas escrituras a la hora de elaborar identidades colectivas nacionales y etnopatrióticas en un ciclo constante que refleja el nacimiento y resurrección del Nuevo Testamento. En segundo lugar, que el fenómeno no es exclusivamente español, sino que se produjeron procesos similares en el resto de Estados decimonónicos, aunque existe una diferencia notable entre aquellos que habían desarrollado monarquías imperiales previamente como es el caso del nacionalismo español. Por último y no por

⁴⁴⁶ BABY, Sophie (2018). *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*. Madrid: Akal, p. 5.

ello menos importante, que son los nacionalismos los que crean a las naciones y no a la inversa, de forma que resulta innegable que las identidades colectivas desarrolladas en un espacio relativamente amplio como son las naciones no pueden sino ser creaciones humanas llevadas a cabo a través de programas culturales como el definido en el cuarto apartado de nuestro trabajo. En este sentido, se ha insistido en la importancia del arte, la literatura y la historia como elementos creadores de la identidad nacional cuya característica fundamental es la extensión del sentimiento identitario a las masas frente a la identidad etnopatriótica de los siglos precedentes, y que solo fue posible a través del ornato público, el avance de las comunicaciones, el establecimiento de un sistema educativo común y la mercantilización de la fiesta.

En definitiva, definir los orígenes de España y su identidad colectiva pasa necesariamente por el ejercicio de despojarse de los sentimientos emocionales frente al razonamiento histórico. En este sentido no creemos que las historias nacionales deban desecharse o desaparecer, pero sí pasar a catalogarse como fuentes primarias —una catalogación que debería realizarse en función del motivo de la investigación (aunque eso es ya otro tema)— cuya utilidad sea realizar una lectura crítica que conduzca a esclarecer y depurar la visión nacionalista de la historia en relación con la verdadera realidad histórica de España. Un ejercicio que necesariamente requiere, como se ha señalado, adoptar sujetos históricos cambiantes.

6. ANEXO: IMÁGENES⁴⁴⁷

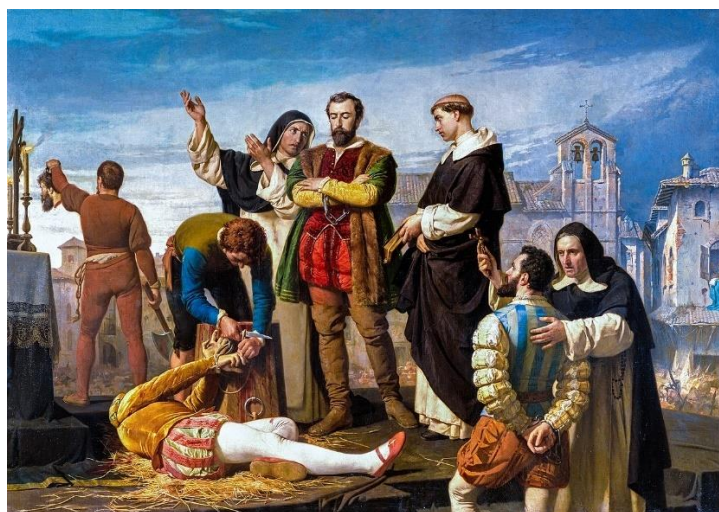


Figura 1: Antonio Gilsbert Pérez. *Los Comuneros Padilla, Bravo y Maldonado*. Madrid, Palacio de las Cortes, 1860.



Figura 2: Eduardo Rosales. *Doña Isabel la Católica dictando su testamento*. Madrid, Museo del Prado, 1864.

⁴⁴⁷Imágenes recuperadas de *Archivo Digital del Museo del Prado*.
<<https://www.museodelprado.es/aprende/archivo/digital>> y *Fondo Histórico del Senado*.
<<https://www.senado.es/web/conocersenado/arteypatrimonio/obrapictorica/fondohistorico/index.html>>.



Figura 3: Alejo Vera. *Último día de Numancia*. Madrid, Museo del Prado, 1881.



Figura 4: Antonio Muñoz Degraín. *La conversión de Recaredo*. Madrid, Edificio del Senado, 1888.

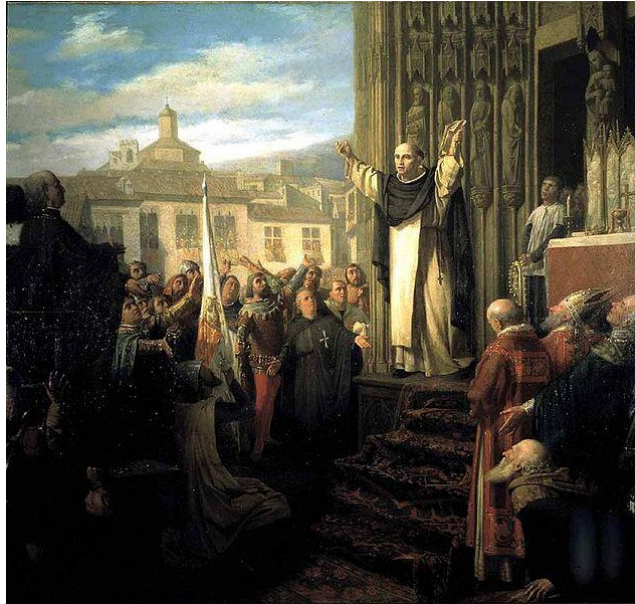


Figura 5: Dióscoro Puebla. *El Compromiso de Caspe*. Madrid, Palacio de las Cortes, 1867.



Figura 6. Francisco de Paula Van Halen y Gil. *Batalla de las Navas de Tolosa o de Alacab, ganada contra los moros, en las inmediaciones de Sierra Morena, por don Alfonso VIII de Castilla, ayudado por los reyes de Aragón y Navarra, el día 16 de julio de 1212*. Madrid, Museo del Prado, 1864.



Figura 7: Luis de Madrazo y Kuntz. *Don Pelayo en Covadonga*. Madrid, Museo de la Trinidad, 1855.



Figura 8: Ignacio Pinazo Camarlench, *Últimos momentos del rey Jaime I el Conquistador*. Madrid, Museo Nacional del Prado (No expuesto), 1881.



Figura 9: Antonio Muñoz Degraín, *Los Amantes de Teruel*. Madrid, Museo Nacional del Prado, 1884.



Figura 10. Dióscoro Teófilo de la Puebla Tolín, *Primer desembarco de Colón en América*. Madrid, Museo Español de Arte Contemporáneo, 1862.



Figura 11. Francisco Pradilla y Ortiz. *La rendición de Granada*, Madrid, Palacio del Senado, 1882.



Figura 12: Dióscoro Teófilo de la Puebla Tolín, *Hernán Cortés, el célebre conquistador de Méjico*, entra con la intérprete doña Marina y tres o cuatro de sus capitanes en el aposento de Moctezuma, y con imperio y resolución le manda poner unos grillos Madrid, Museo de la Trinidad, 1858.



Figura 13: Domingo Valdivieso Henarejos. *Felipe II presidiendo un Auto de Fe*. Madrid Museo Nacional del Prado, 1871.



Figura 14. Mariano de la Roca y Delgado, *Miguel de Cervantes imaginando El Quijote*. Madrid, Museo Nacional del Prado (no expuesto), 1858.



Figura 15: Francisco de Goya y Lucientes, *El 2 de mayo de 1808 en Madrid o «La lucha con los mamelucos»*, Madrid, Museo Nacional de Prado, 1814.



Figura 16: Francisco de Goya y Lucientes, *El 3 de mayo en Madrid o «Los fusilamientos»* Madrid, Museo Nacional de Prado, 1814.



Figura 17: Juan José Martínez de Espinosa, *El capitán Romeo muere rechazando a los franceses en la batería de la Puerta del Carmen. Episodio del primer sitio de Zaragoza.* Madrid, Museo Nacional del Prado (no expuesto), 1858.



Figura 18: José Casado Alisal, *La rendición de Bailén.* Madrid, Museo Nacional del Prado, 1864.



Figura 19: José Casado Alisal, *Juramento de la Cortes de Cádiz en 1810*. Madrid, Congreso de los Diputados, 1863.



Figura 20: Antonio Gilsbert Pérez, *Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga*. Madrid, Museo Nacional del Prado, 1888.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ JUNCO, José, (1994). «La invención de la Guerra de la independencia», *Studia Historica-Historia Contemporánea*, 12, pp. 75-99.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, (1996). «Hobsbawm sobre el nacionalismo». *Historia Social*, 25, pp. 179-187.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001a). *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, (2011). «Historia y mitos. Saber sobre el pasado o cultivo de identidades». *Lección Inaugural Curso Académico 2011/2012*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (Coord.), (2013). «Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad». *Historia de España*, 12, FONTANA, Josep y VILLARES, Ramón (Dir.), Barcelona: Crítica-Marcial Pons.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, (2015). «Los nacionalismos en la España contemporánea». *Catharum. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. YANES, Alba y GARCÍA, María (trans.). Tenerife: Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, 14, pp. 3-12.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, (2017). *Dioses útiles: naciones y nacionalismos*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.
- ANDERSON, Benedict, (1993) [Ed. Original: 1983]. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. SUÁREZ, Eduardo. L., (Trad.), México: Fondo de Cultura Económica.
- BABY, Sophie (2018). *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*. Madrid: Akal.
- BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2009). «Sobre la génesis de una identidad nacional: ‘España’ en los siglos XVI y XVII». *Revista de Estudios Políticos*, 14, pp. 149-178.
- BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, (2010). *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665). Discursos, símbolos y mitos*. Madrid: Anaya.
- BARREIRO RIVAS, José Luis (1993). *La función política de los caminos de peregrinación en la Europa Medieval*, CORTARELO GARCÍA, Ramón (Dir.). Madrid: Departamento de Ciencia Política y de la Administración, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid.
- BARTON, Keith. C., (2005). «Primary Sources in History: Breaking Through the Myths». *Teaching History*, 86/10, pp. 745-753.
- BETTETINI, María; BIANCHI, Luca; MARMO, Constantino; PORRO, Pasquale, (2004). *Filosofía medieval*. Milán: Raffaello Cortina.

- BODELÓN, Serafín, (2013-2014). «Venancio Fortunato y las letras en el Medievo y el Humanismo». *Tiempo y sociedad*, 13, pp. 98-160.
- BRONISCH, Alexander Pierre, (2006). *Reconquista y Guerra Santa: La concepción de la guerra en la España cristiana desde los visigodos hasta comienzos del siglo XII*. Granada: Universidad de Granada.
- CARVAJAL GONZÁLEZ, Helena, (2015). «Santiago Peregrino». *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 7/14, pp. 63-75.
- CASTILLO, María José (2018). «Sagunto y Numancia como *exempla* históricos en la oratoria parlamentaria de la España liberal (1868-1939)». *Revista de historiografía*, 28, pp. 277-300.
- CASTRO, Américo, (1983) [Ed. original: 1948]. *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Barcelona: Crítica.
- CASTRO, Américo, (1971) [Ed. Original: 1954]. *La realidad histórica de España*. México, Porrúa.
- CORRAL LAFUENTE, José Luis, (1998). «La Reconquista del Valle del Ebro». *Militaria, Revista de Cultura Militar*, 13, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, pp. 49-65.
- CUNCHILLOS, Jesús-Luis, (2000). «Nueva etimología de la palabra Hispania». *Actas del IV Congreso internacional de estudios fenicios y púnicos*, Cádiz: Universidad, 1, pp. 217-225.
- DÍAZ y DÍAZ, Manuel Cecilio, (1993). «Santiago el Mayor a través de los textos». *Santiago, camino de Europa: culto y cultura en la peregrinación a Compostela: Monasterio de San Martín Pinario*, MORALEJO ÁLVAREZ, Serafín (ed.). Santiago: Fundación Caja Madrid, pp. 3-15.
- DÍAZ y DÍAZ, Manuel Cecilio, (2010). *Escritos Jacobeos*, Santiago de Compostela: Consorcio de Santiago, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico.
- DUPLÁ ANSUÁTEGUI, Antonio (1998). «El franquismo y el mundo antiguo, una revisión historiográfica». *Lecturas de la historia: nueve reflexiones sobre historia de la historiografía*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 167-190.
- ELLIOT, John H., (1990). *El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*. Barcelona: Crítica.
- ESCALONA, Julio; JULAR PÉREZ-ALFARO, Cristina; ALFONSO ANTÓN, Isabel; (2016). «El medievalismo, lo medieval y el CSIC en el primer franquismo». *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*. MORENO MARTÍN, Francisco, (ed.). Madrid: Pablo Iglesias, pp. 159-188.
- FORCADELL, Carlos y CARRERAS, Juan José (Coord.) (2002). *Usos públicos de la historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias.

- FORMENT, Eudaldo, (2004). *Historia de la filosofía II. Filosofía Medieval*. Madrid: Ediciones Palabra.
- GARCÍA ARENAL, Mercedes (2006). «Orígenes de lo sagrado y memoria del islam: el caso de Granada». *Europa, América y el mundo: Tiempos históricos*, CHARTIER, Roger y FEROS, Antonio, (Ed.), Madrid: Marcial Pons, pp. 42-66.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, (coord.), (2004). *La construcción de las Historias de España*. Madrid: Ambos Mundos.
- GARCÍA CÁRCEL (2011). *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- GARCÍA CÁRCEL (2019). *El sueño de la nación Indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*. Barcelona: Ariel.
- GARCÍA FITZ, Francisco, (2009). «La Reconquista: un estado de la cuestión». *Clío & Crimen*, 6, pp. 144-145.
- GARCÍA FITZ, Francisco, (2010). *La Reconquista*. Granada: Universidad de Granada.
- GARCÍA SANJUAN, Alejandro, (2016). «La persistencia del discurso nacionalcatólico sobre el medievo peninsular en la historiografía española actual». *Historiografías*, 12, pp. 132-153.
- GELLNER, Ernest, (1983) [Ed. Original:1988]. *Naciones y Nacionalismo*. SETO, Javier (trad.). Madrid: Alianza.
- GONZÁLEZ WAGNER, Carlos, (2014). *Tartessos entre el mito y la historia*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- GOOSEN, Louis, (2008). *De Andrés a Zaqueo: Temas de Nuevo Testamento y la literatura apócrifa en la religión y las artes*. Barbara Zitman (trad.), Madrid: Akal,
- HAYES, Carlton J. H., (1960). *Nationalism: a religion*. New York: The Macmillan Company.
- HOBBSAWM, Eric, (1991). [Ed. Original 1991]. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. BELTRÁN, Jordi (trad.). Barcelona: Crítica.
- HOBBSAWM, Eric, y RANGER, Terence, (2002) [Ed. Original 1983]. *La invención de la tradición*. RODRÍGUEZ, Omar, (trad.). Barcelona: Crítica.
- INMAN FOX, Edward, (1997). *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Cátedra.
- INMAN FOX, Edward, (1997). «Azorín y la invención de la cultura nacional». *Anales azorinianos*, 6, pp. 97-108.
- INMAN FOX, Edward, (1998). «La invención de España: literatura y nacionalismo». FLITTER, Derek (coord.). *Del Romanticismo a la Guerra Civil. Actas del XII Congreso de la 58 Asociación Internacional de Hispanistas (21-26 de agosto de 1995 Birmingham)*. Birmingham: University of Birmingham, Department of Hispanic Studies, 4, pp. 1-16.
- JULIÁ DÍAZ, Santos (2004). *Historia de las dos Españas*. Madrid: Santillana.

- KAMEN, Henry, (2020). *La invención de España. Leyendas e ilusiones que han construido la realidad española*. Barcelona: Espasa.
- KEDOURIE, Elie, (2015) [Ed. Original 1960]. *Nacionalismo*. Madrid: Alianza.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel (1988). *Granada después de la conquista. Repobladores y mudéjares*, Granada: Diputación provincial de Granada.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel (1989). *Granada, Historia de un país islámico (1232-1571)*, Cremos: Madrid.
- LAPEÑA PAUL. Ana Isabel, (2008). «Aspectos materiales y espirituales en la vida aragonesa medieval». *Arte y vida cotidiana en época medieval*. LACARRA DUCAY, María del Carmen., (coord.), Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- LÉVESQUE, Stephane, (2009). *Thinking Historically: Educating Students for the Twenty-First Century*. Canadá: Toronto Búfalo London.
- MANZANO MORENO, Eduardo, (1999). «Las fuentes árabes sobre la conquista de al-Andalus: una nueva interpretación», *Hispania*, 59/2, 202, pp. 389-432.
- MANZANO MORENO, Eduardo, (2011). «Algunas reflexiones sobre el 711». *Awraq*, 3, pp. 3-20.
- MANZANO MORENO, Eduardo, (2014). «De cómo los árabes realmente invadieron Hispania». *Al-Qantara*, 35/1, pp. 311-319.
- MARAVALL, José Antonio, (2013) [Ed. Original: 1954]. *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- MARÍN, Manuela (coord.) (2009). *Al-Andalus/España. Historiografías en contraste. Siglos XVII-XXI*. Madrid: Casa de Velázquez.
- MATESANZ GASCÓN, Roberto (2005). *Omeyas, bizantinos y mozárabes. Entorno a la 'prehistoria fabulosa de España' de Ahmad al-Razi*, Valladolid: Universidad de Valladolid.
- MOLINA, Luis, (1998). «Un relato de la conquista de al-Andalus», *Al-Qantara*, 19, pp. 39-65.
- MOLINA, Luis, (1999). «Los itinerarios de la conquista: el relato de ʿArīb», *Al-Qantara*, 20, pp. 27-45.
- MONTERO GUADILLA, José Luis, (1990). *La Reconquista que nunca existió*. Madrid: Bruño.
- PALACIOS MAYORAL, David, (2017). *Arquitectura de una nación. La construcción de la identidad colectiva española* (Trabajo Fin de Grado). RODRIGO-ESTEVAN, María Luz (Dir.). Zaragoza: Universidad de Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras.
- PALACIOS MAYORAL, David, (2018). «Guerra Santa y peregrinación. La imagen del apóstol Santiago como elemento de cohesión social durante la expansión de los reinos cristianos en la península Ibérica». *El culto a las reliquias. Interpretación, difusión y ritos*. ALFARO PÉREZ, Francisco José y NAYA FRANCO, Carolina (eds.). Zaragoza: Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza, pp. 80-90.

- PALACIOS MAYORAL, David, (2019). *Trabajar con fuentes escritas para el desarrollo del pensamiento histórico* (Trabajo Fin de Máster). PARICIO ROYO, Javier (Dir.). Zaragoza: Universidad de Zaragoza, Facultad de Educación.
- PASAMAR, Gonzalo, (2010). *Apologia and Criticism: Historians and the History of Spain*. Germany: Peter Lang.
- PEIRÓ, Ignacio, (2017). *En los altares de la patria*. Madrid: Akal.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, (2001). «Los mitos fundacionales y el tiempo de la unidad imaginada del nacionalismo español». *Historia Social*, 40, pp. 7-28.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, (2005). «Memoria, historia y poder. La construcción de la identidad colectiva española». *Relatos de la Nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.) Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- PÉREZ VEJO, Tomás, (2009). «La Guerra de la Independencia imaginada: Invención de una leyenda». *1808-1812: los emblemas de la libertad*. RAMOS SANTANA, Alberto y ROMERO FERRER, Alberto, (Coord.). Cádiz: Universidad de Cádiz.
- PÉREZ VEJO, Tomás, (2015). *España imaginada: Historia de la invención de una nación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- POUTRIN, Isabelle, (2010). «Los derechos de los vencidos: las capitulaciones de Granada (1491)». *Sharq al-Andalus*, 19, pp. 12-13.
- RUIZ ZAPATERO, Gonzalo, (1995-1997). «El poder de ‘los celtas’: de la Academia a la Política». *O Arqueólogo Português*, Serie IV, 13/15, pp. 211-232.
- SERRANO MARTÍN, Eliseo (2014). «‘Silentium facite’ el fin de la polémica y el discurso en torno a la Virgen del Pilar en la Edad Moderna». *Hispania: Revista española de historia*. 74/248, pp. 687-714.
- UBIETO ARTETA, Antonio (1993). *Los caminos de Santiago en Aragón* CABANES PECOURT, María Desamparados; FALCÓN PÉREZ, María Isabel (eds.), Zaragoza: Departamento de Cultura y Educación.
- UBIETO ARTETA, Agustín (2016). *Caminos peregrinos de Aragón*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.).
- VALDEÓN BARUQUE, Julio (2006). *La Reconquista. El concepto de España: unidad y diversidad*. Madrid: Espasa-Calpe.
- YELO TEMPLADO, Antonio, (1985). «El Cronicón del pseudo- Dextro». *Anales de la Universidad de Murcia. Letras*, Murcia: Universidad de Murcia.

Obras editadas

- ALFONSO X EL SABIO ([1280], 1994), *General Estoria. Tercera Parte. Libros de Salomón: Cantar de los cantares, Proverbios, Sabiduría y Eclesiastés*. SÁNCHEZ-PRIETO, Pedro, HORCAJADA DIEZMA, Bautista (eds.) Madrid: Gredos.

- CONDE DUQUE DE OLIVARES, ([1624], 2011). *El gran memorial. Copia de papeles que ha dado a Su Majestad el Conde Duque, gran canciller, sobre diferentes materias de gobierno de España*. PÉREZ SARRIÓN, Guillermo (ed.). [Recuperado de]>[www.guillermoperezsarrion.es]> [consulta de 07/01/2020].
- FERNÁNDEZ DE HEREDIA, Juan, ([1376-1396], 2003). *Traducción de la Historia contra paganos, de Orosio*. CACHO BLECU, Juan Manuel, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- IBN IDARÍ, ([1312], 1993). «Kitab albayán almugrib fi ajbar muluk alandalus walmagrib». *La caída del califato de Córdoba y los reyes de taifas*, MAÍLLO SALGADO, Felipe (trad.), Salamanca.
- LAFUENTE, Modesto, ([1850], 2002). *Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Discurso preliminar*. PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (ed.). Pamplona: Uargoiti.
- MARIANA, JUAN DE ([1592;1601], 1848-1851). «Historia general de España». *Historia general de España. La compuesta, por el enmendada y añadida por el padre Mariana con la continuación de Miniana*. CHAO, Eduardo. (ed.) Madrid: Gaspar y Roif.
- RIBERA, Julián. *Orígenes del Justicia de Aragón, Zaragoza*, ([1897], 2008)., REDONDO VEINTEMILLAS, Guillermo y SARASA SÁNCHEZ, Esteban. (eds.), Zaragoza: El Justicia de Aragón, pp. 496-511.
- SÁNCHEZ DE ARÉVALO, Rodrigo, ([1454-1457], 1959). *Suma de la política*. PENNA, Mario, (Ed.) Madrid: Atlas.

Otras referencias: artículos de prensa y material audiovisual

- ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001b). «Las Ciencias sociales ante el fenómeno nacional». *La formación de la identidad Española*, (Ciclo de conferencias Aula abierta I). Fundación Juan March. [Recuperado de]> [<https://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.aspx?p1=2534>]>[Consulta de 28/03/2020].
- ÁLVAREZ JUNCO, José, (2001c). «De Hispania a España». *La formación de la identidad Española. Ciclo de conferencias Aula Abierta II*. Fundación Juan March. [Recuperado de]> [<https://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.aspx?p1=2535>].
- ÁLVAREZ JUNCO, José, (2014). «Historia y mito». *El País*. [Recuperado de]>[https://elpais.com/elpais/2014/02/27/opinion/1393518755_571082.html]> [Consulta de 29/10/2020].
- ÁLVAREZ JUNCO, José, (2016a) «Nación y nacionalismo en Ciencias Sociales». *Canal UNED*. Doctorado en Sociología. Departamento Sociología I. [Recuperado de]>[<https://canal.uned.es/video/5a6f6c3bb1111f284d8b456f>].

- ÁLVAREZ JUNCO, José, (2016b). *Mito e Historia. El caso español*. Colegio Libre de Eméritos. [Recuperado de]>[<https://www.youtube.com/watch?v=3nr6P6TmfV4>]>[Consulta de 29/09/2020].
- BLANCO, Patricia R., «‘El fraude’ que intenta tergiversar la historia de Al Ándalus». *El País*, [Recuperado de]> [https://www.elpais.com/elpais/2018/04/06/hechos/1523043230_705992.html]> [consulta de 11-5-2020].
- DE AYALA, Carlos, (2020). «¿Reconquista?». *La Historia de Cada Día*. [Recuperado de]>[<https://www.rtve.es/alacarta/audios/la-historia-de-cada-dia/historia-cada-dia-reconquista-18-01-20/5486126/>]>[Consulta de 10/06/2020].
- FUSI, Juan Pablo y ÁLVAREZ JUNCO, José, (2019) «¿Mitos o Historia?». *La cuestión Palpitante*, Alfonso, Íñigo, (coord.). Fundación Juan March. [Recuperado de]> [https://www.march.es/videos/?p0=11735]> [Consulta de 20/09/2020].
- GARCÍA CÁRCEL (2008) «Los mitos y la historia de España». *Ciclo de conferencias la Guerra de la Independencia. La construcción del imaginario*, GARCÍA CÁRCEL. Ricardo. (Coord.). Fundación Juan March. [Recuperado de]>[https://www.march.es/actos/22478/]> [Consulta de 03/09/2020].
- PICOS, Javier (2018). «José Álvarez Junco advierte del riesgo de ‘deformar’ el pasado por parte de los nacionalismos». *Cursos de Verano San Lorenzo del Escorial*. [Recuperado de] [https://www.ucm.es/cursosdeverano/noticias/jose-alvarez-junco- nacionalismos]>[Consulta de 08/08/2020].

Otras referencias: Sitios web, archivos, diccionarios y bases de datos digitales

Archivo Digital del Museo del Prado.
<<https://www.museodelprado.es/aprende/archivo/digital>>.

Antiguo Testamento [Recuperado de]> [ps://media.ldscdn.org/pdf/lds-scriptures/old-testament/old-testament-83800-spa.pdf].

Capitulaciones por la entrega de Granada [Recuperado de]> [<https://www.bibliotecacervantes.es>].

Enciclopedia jacobea. <<http://www.xacopedia.com>>.

Fondo Histórico del Senado
<<https://www.senado.es/web/conocersenado/arteypatrimonio/obrapictorica/fondohistorico/index.html>>.

Real Academia Española. Banco de datos (CORDE) [en línea]. Corpus diacrónico del español. <<http://www.rae.es>>.

Real Academia Española. Banco de datos (NDHE) [en línea]. Nuevo diccionario histórico del español. <<http://www.rae.es>>.

